

**Maestría en Antropología Social
IDES/IDAES/UNSAM**

Las políticas sociales, ¿son o se hacen?

Un programa social nacional apostando una respuesta antropológica.

Autora: Alejandra Otaso

Director: Mauricio Boivin

Agradezco, profundamente, en los nombres de mis profesores Ana Rosato, Rosana Guber, Sergio Visakovsky, Santiago Álvarez y Claudia Briones, a todas las personas “de la maestría” en el IDES, por habitar tan especialmente un espacio académico; siendo, muchos de ellos tan maestros como la nostalgia de una escuela que aunque nunca fue, nos ayuda a significar valioso aquí.

Al maestro con cariño compañero. Confío rigurosamente esa nominación al querido maestro, Mauricio Boivin, porque este trabajo -sea lo que fuere, se valore como se valore-, no hubiese sido sin esa mano y voz compañera y libre.

A Arturo Escobar, generoso en clases y lazos. Y sumo el agradecimiento a profesores dedicados a sus seminarios en el IDAES, cuando pienso en Marita Carozzi y Pablo Semán.

A mis compañeros “en políticas sociales”. A los que me abrieron las puertas, me metieron en sus diálogos, me dejaron estar.

A Esther Díaz, que me enseñó más de inversiones y dudas, y de paso, que las estrellas (académicas) no existen, pero la magia es “científicamente” posible.

Festejo este trabajo con quienes -de alguna manera- lo anduvieron conmigo:

Con Agustín el mago con magia para ser hijo, con quien nos hemos acompañado amorosamente en todos nuestros sueños de aprendizaje.

Con Gabriela, mi hermana con otros padres; compañera, siempre ayudándome a confiar en mí, poniéndole nombre de capacidad y fuerza. Del mismo modo, con Candela y Cristina, puesto que de tanto apreciar mi voluntad, terminaron animándome cada vez que quise renunciar, aunque ni se hayan enterado. Por eso, también con Mirta, que un día consiguió convencerme de relajarme en la lectura, aún en la del Foucault empeñado en su ilegibilidad.

Con Cuqui, que me confiara trabajo y enseñanzas, además de cariño y respeto.

Con María del Carmen Cosentino, porque me animó a estudiar invirtiendo lo estudiado y a mirar y enseñar procurándolo.

Con Raúl, que agasajará mi retorno.

Las políticas sociales, ¿son o se hacen? Un programa social nacional apostando una respuesta antropológica.

- **Presentación general** página 5
- **Introducción. Políticas sobre rieles** página 13
 - **Políticas Sociales: *cuestión social* y ficciones del más allá.**
 - **Poblaciones e intervenciones: Estado y representaciones.**
 - ***Desarrollo social* (en)clave del desarrollo**
 - **El *desarrollo* como autor y otros autores**
- **Capítulo 1: *El Programa en un acto* (el FOPAR en obra). Estado y delegación, “gambeta” y “mangazo”.** página 28
 - ***Visita* de otras *visitas*, *visita* para *visitas***
 - **El FOPAR no siempre se ocupó de comedores: del programa.**
 - **Más del FOPAR : visitar la obra es recorrerla**
 - **Primeras preguntas al *desarrollo social* (desde la obra).**
 - **De la política de la *visita* y las obligaciones de la política**
- **Capítulo 2: Consultoría entre los pobres.** página 52
 - 1º parte
 - ***Consultores y lecciones***
 - ***Rendiciones y seguimiento: comedores a examen***
 - ***Hay alguien que los escucha***
 - 2º parte
 - ***De la misión a la nación; de la nación al comedor* (el desarrollo y el estado a la mesa)**
 - **Nombrar y hacer el mundo del desarrollo**
 - **Mismas palabras, otras cosas.**
 - **Reflexiones de alteridad: trabajar sobre el otro, trabajar para el otro (¿habrá un trabajar otro?)**
- **Capítulo 3: La obra frente al documento (entre organismos, “agonismos” y antagonismos)** página 89
 - **Del FOPAR al PNUD (*una estrategia de salida como misión*)**
 - **Una *salida* del FOPAR: salir del comedor**

- Capitalizaciones y *lecciones*: más del PNUD o más de lo mismo (más del FOPAR)
 - El comité (la co-misión, el trabajo común puesto en común)
 - Del *comité* (herramienta de gestión no declarada) y el *fortalecimiento* que fue.
 - De cómo alimentar lo *no alimentario* (más del *fortalecimiento*)
 - Preguntas con y sin retórica: ¿un organismo que agoniza?
 - *Al programa lo hicimos nosotros* (de autores colectivos)
- Final de obra, con sus autores (consultores). página 119
 - Del compromiso entre antropología y desarrollo: la respuesta dobla la apuesta.
- Bibliografía página 138
 - Otras publicaciones y documentación consultadas

Presentación general

“¿Sos o te hacés?” constituye una pregunta provocadora cuando refiere a una persona y conlleva una probable burla o intimación, en la alusión de la duplicación o desdoblamiento. Sin embargo, no pierde tal sustancia cuando la referimos a las políticas sociales; cuando nos preguntamos: “¿son o se hacen?”, la impresión frente a la primera parte del interrogante, refiere una interpelación plural, remisible -por qué no- al universo de políticas existentes. Usualmente, estas políticas se dicen en un (uni)versal, que a la vez las sentencia en conceptos, en adjetivos múltiples que nos las presentan diversas; correctas o no, buenas o malas, por caso.

Por su parte, la segunda parte del cuestionamiento, también puede leerse en la misma clave de un universal desanclado de las acciones humanas que conlleva el “se hacen” y que no omiten la pregunta por el ser.

Reificar políticas procede antropomorfizando -tal como Bourdieu (1997) lo ha señalado para la familia-, al modo en que atribuyendo a un grupo propiedades individuales, confirmamos una especie de “realidad trascendente” para sus miembros, y así aparece “un personaje transpersonal dotado de una vida y de un espíritu comunes” (pp.127), lo cual afirma una particular versión del mundo.

Mientras advertimos cómo el modelo epistémico desplegado por la modernidad occidental, discurre también en el orden discursivo del estado capitalista enunciándose naturalizado y trascendente en sus políticas, sin otros sujetos que los que enuncian la pregunta; proponemos la disputa de sentidos de la política haciendo la política: interpretaciones sobre una política social construyen la política.

Alejándonos de los tesauros técnicos o los tratados de la experticia -propia de la misma episteme donde la lógica de la planificación especializada (Escobar, 1996) aquí en “lo social” se hace protagónica-, pretendemos otra forma de presentar y representar estas “intervenciones” visibilizando los actores profesionales a los que se les delega la labor del desarrollo social desde el gobierno nacional, en un programa particular imbuido de todas las significaciones rectoras de uno de los principales autores de la invención del desarrollo para el Tercer Mundo, el Banco Mundial. Ni descripción “ilustrada”, ni crítica de “los programas” sino las apropiaciones de sentido que expresan subjetividades - individuales y colectivas- e institucionalidades en la obra pública.

Mientras que el profesionalismo y su institucionalización, permanecen avalando los comportamientos y racionalidades del desarrollo social, en la matriz del desarrollo para nuestro mundo (Escobar, 1998), la implementación de políticas públicas -en tanto ámbito sobreimpreso de reflexión y acción (Ozslak, 1980)- vuelve sobre la dicotomía “administración-política”, forzando profesionalidades como respuesta neutral, de experticia técnica redimiendo intereses políticos, parcializados en el gobierno.

Nuestro trabajo describe y analiza escenas de un programa social nacional, jugadas por actores reclutados desde sus formaciones, su saber. *El FOPAR* en actos, revela un microcampo en el campo bourdieuano de las políticas públicas.

Desplazar sus prácticas expertas en términos políticos, fue nuestra primera preocupación, sin embargo la apuesta a “un solo lado” no cancelaría la complejidad y probablemente nos ubicara en los mismos riesgos de entender desde las mismas dicotomías.

¿Habrán retórica y discursos que constituyan un uso, una interpretación universal de reglas y políticas?, ¿concederemos al lineamiento o “manual del programa” la potencia de anticipación total de las acciones en el *FOPAR*, cuando lo ponemos en actos, contingencias, actores? ¿Podemos -enclavados en las posiciones rectoras- fragmentar a los sujetos tanto como para olvidar que el pensamiento gubernamental-burocrático no se independiza del resto de los mundos de pensamiento de estos actores de la política oficial?

El campo de fuerzas en el que se produce la política es producido y es infinitamente productivo. Las luchas, independientemente de las objetivaciones posibles, ¿alcanzarán a trastocar las relaciones de poder que constituyen este campo de políticas?

Las consideraciones de ambigüedad, superficialidad, incorrección o insurrección, sesgo de los significados, no tratan meramente de una apuesta por la discusión, más bien puede/debe ser observado en el funcionamiento de estos programas a modo de puerta para un enfoque antropológico a las interpretaciones en juego.

En el microcosmos que se reserva a estos profesionales, en sus actos; la apuesta implica tanto la política pública, cuanto su subjetividad; en la cotidianeidad de la tensión que la intervención oficial de lo público expresa, allí donde las decisiones anuncian su inscripción compleja, en un marco normativo que advierte el entramado del discurso del desarrollo en la presencia del estado.

Se trata entonces de aproximarnos a esta política pública, en el modo en que las demandas del poder, y el poder de representación estatal, pueden suspenderse o desplazarse, o simplemente desvirtuarse o recrearse, en el hacer que actualiza y potencia tácticas profesionales circunscritas también en su carácter burocrático.

Un poder simbólico pretendidamente inapelable y absoluto se fractura en pequeñas hendiduras para advertirse en una particular circulación dentro de un orden discursivo cuando interpela su arbitrariedad y juega la institución -o destitución- de ficciones y doxas reguladoras de políticas de desarrollo (Bourdieu, 2000a). Atendiendo a la precaución foucoulitiana de que el poder aparece desde los límites de estas hendiduras, desde su circulación en el ejercicio -más que como posesión- para extenderse por sobre las normas, invistiéndose en instituciones, corporizándose en técnicas, el poder aparece aquí concebido como lucha que se articula en la gubernamentalidad de la biopolítica.

Un microcampo interpela los mandatos y las agencias, en un proceso que advierte inercias, márgenes, tergiversaciones deliberadas, afirmaciones, discrepancias, fintas, apuestas tácticas, en definitiva: luchas en el campo constituyendo nuevos sentidos para regir lo público en la política social hecha.

Se trata de describir las relaciones que se tejen entre actores y fuerzas de este campo, objetivándolo en una obra, viendo tal vez los efectos de las obras en las obras, dado que la ciencia de la obra “tan sólo se ejerce por mediación de los autores, cuyas pulsiones estéticas o científicas más puras se definen bajo la coerción y dentro de los límites de la posición que ocupan en la estructura de un estado muy particular de un microcosmos (...) históricamente situado y fechado” dirá Bourdieu (1997:pp.73)

Estar allí

Fue mi labor profesional, enclavado en la misma institucionalidad de estas políticas, el espacio de surgimiento, profusión, profundización de -y para- las preguntas que pusieron la investigación allí. Objetivar a quienes habitualmente objetivan -y divulgan- lo que profesan cual profesionales de la política social, obligaba al ejercicio del juego de dejar de vivirlo para pasarlo a la categoría de “objeto”; construir la “estructura objetiva” de ese microcosmos al que pertenecen (y pertenezco junto a ellos, y estudio entre ellos), pero justo ahí cuando me obligaba a extrañarme.

Una “fase reflexiva”, objetivando mi experiencia primaria, y una “fase activa” en la que la investía objetivada, me extrañaba de esa cotidianeidad y hacía al “ojo antropológico” construyéndose mirada, construyéndome investigadora.

La propia experiencia del “pasado social”, como mujer, maestra, profesora, empleada pública, consultora, militante gremial, estaba siendo movilizada en un lento y difícil trabajo, al tiempo que mi manera de concebir los objetos y la propia experiencia de conocimiento, procedía transformada en el proceso. Y mi experiencia cotidiana exotizándose, y en el extrañamiento de la realidad, la mirada antropológica construyéndose en la paradójica situación de aproximación y distanciamiento (Lins Ribeiro, 1989) jugando el juego del desdoblamiento entre el “yo miembro” y el “yo investigadora”, aún en mi sentido práctico de las políticas públicas. Una particularidad procedía, porque el distanciamiento no está tan enteramente distanciado del código nativo, y la aproximación, no necesariamente es la de la mera presencia física en los contextos irrumpiendo rutinas. Por eso, la proyección de significados operó singularmente las mutuas identidades allí. Aún así, tan próxima al nativo, nunca fui uno de ellos.

Una realidad a la cual le abstraí un fragmento, pretendiendo una postura activa y sistemática, adversus de una pasividad empirista y ratificadora de preconstrucciones del sentido común, me permitieron pensar en construir preguntas sistemáticas, procurando respuestas de igual tenor tal vez, construyendo un sistema de relaciones para este microcampo que pretendí descotidianizar: “en una búsqueda de solucionar la tensión aproximación/distanciamiento para revelar, a través de una experiencia totalizante, los elementos constitutivos de la realidad social” (Lins Ribeiro, *ibídem*; pp. 197)

La **Introducción** me ha permitido enmarcar las reflexiones. Presentar el escenario del orden significativo, también permite introducirnos en aquello que no se subsume plenamente. Las políticas en un orden, ¿pueden ser “otras”?

Desde la modernización y el progreso actuando como universales, múltiples representaciones pretenden imponerse en clave de “ficciones orientadoras” (Shumway, 1993). El discurso del desarrollo que Arturo Escobar caracterizara etnocéntrico y autojustificante, alumbró la creación sistemática de mundos, conceptos y prácticas rectoras del mismo mundo que enunciara.

El discurso del desarrollo social nacional, delineado transnacionalmente, se entrama en el saber y poder propios del gobierno; la razón de estado se constituye matriz de racionalidad desplegada en dispositivos de gubernamentalidad (Foucault, 1981). Presentar “políticas sobre rieles”, implica considerar las ideas rectoras del hacer desde el estado profesionalizado, construyendo un mundo de significados que contribuyen a la configuración de representaciones acerca del mundo que clasifican, así como la concepción misma de lo social, además de la de los sujetos del desarrollo que anuncia desde el área de gobierno ya circunscripta.

El desarrollo y el gobierno como autores de tantos destinos, nos obligan los interrogantes: ¿qué sucede cuando el trabajo es ejecutar la política social, cuando se trata de ponerla en obras cotidianas? ¿Qué clase de alquimia resulta de la delegación que procede en estos actores profesionales? ¿Cómo “sucede”, cómo acontece el ministerio de desarrollo social?

Capítulo 1 -El Programa en un acto (el FOPAR en obra). Estado y delegación, “gambeta” y “mangazo”.

El primer capítulo procura presentar al FOPAR y sus actores, metiéndose *en territorio* del programa, más que “desde los papeles”, visitándolo en sus *visitas*. Desde allí proponemos una escena de su cotidianeidad en la que la intervención de los profesionales, replica su lógica de intervención de la *visita*, cuando la *oficina central* llega a una *oficina territorial* para visitar *comedores*.

La escenificación de la delegación del programa estatal, nos sugiere un acto complejo en el que tensan las representaciones que dictan estas políticas públicas. El espacio de la cotidianeidad de sus actos, que conforman la ejecución del programa, compromete un hacer que actualiza la complejidad de las tensiones y sus disputas, para empezar a señalarnos cómo pueden propagarse ubicuas en la comunidad de sentido que conforma el programa.

En esta presentación del FOPAR, aparece la obra: desde la oficina y en el comedor. Allí sustanciamos la visita, nos permitimos ver el contenido que le imprimen los actores a sus acciones situadas, en el marco de lo pautado, componiendo y dirimiendo -entre políticas, normas, sujetos- lo que pueden hacer con “la obra del comedor”, en el comedor.

Surgen entonces las primeras preguntas al *desarrollo social* hecho, en y desde la obra, en el diálogo que establecen *programa* y *comedores*. Lejos de las expresiones universalizantes de la experticia, ¿podremos entender más de este campo en ese diálogo? Advertidos de una situación que entrama tanto la densidad de los comedores cuanto la del programa alimentario,

¿podremos pensar la relación que enreda a los actores y sus habitus, las fuerzas del campo y “se objetiva en una trayectoria y en una obra” (Bourdieu 1997; pp.71)?

La “política” de la *visita* que cumple el programa, apunta las obligaciones de la política en la interpretación de sus actores, en el diálogo con la obra. La visita constituye la ritualización de un acontecimiento (Sahlins, 1988), señalando un proceso social e histórico que disputa los sentidos de lo público, en el devenir del desarrollo social allí.

La *visita* nos provee espesor en la trama de significación del programa “en acto”, que es decir un acto en la obra toda del FOPAR, un hacer “condenado a interpretar” compone el “misterio del ministerio” (Bourdieu, 2005). Una trama relacional compleja, excede las formulaciones del gobierno dando sustancia al programa social que estudiamos, componiendo la complejidad de la delegación gubernamental.

¿Técnicos o burócratas? ¿Qué comunidad dirime la acción o el bienestar social, el desarrollo social o el humano, la promoción o la asistencia? ¿Qué comunidad se subjetiva en las cotidianas disputas de sentido, cuando los sentidos tensan con “la obra del comedor” para gambetear el juego mismo del desarrollo social oficial?

El programa en acto es pues, una posibilidad de visitar las tensiones alrededor de la representación del desarrollo y sus ficciones; en disputas del día a día. Este hacer escenifica la misma pugna “asistencia vs. promoción” que se endosa a gran escala a *las políticas sociales*; y en tal caso, “la asistencia” o “la promoción” retornan en el hacer de estos actores de las políticas sociales, afirmando o desplazando, tensionando representaciones en ese microcosmos.

Capítulo 2. Consultoría entre los pobres.

En este capítulo comenzamos exponiendo el modo en que aparecen y son tomadas demandas directas del Banco Mundial por parte de nuestros actores -los *consultores*-, a partir de un trabajo específico, pautado como parte de la documentación exigida para el *cierre del programa*: las *lecciones aprendidas*.

La gubernamentalidad foucaultiana, que ha estatalizado la urgencia del hambre, se presenta categórica en la trama de esta institucionalidad múltiple que va de *la misión a la nación* para llegar (se) hasta los comedores; disponiendo en sus dispositivos -normas, procedimientos, operatorias- el gobierno sobre todos los otros, como *misión* de salvación, recuperando hilos que tejen la genealogía del desarrollo.

Tomando las *lecciones* como una extensa introducción, pretendemos en una segunda parte, acceder a los sentidos que estos sujetos producen para los lineamientos y las operatorias

suficientemente pautadas por el gobierno y el organismo de crédito, para profundizar en la construcción que forjan para la “alquimia de representación” (Bourdieu, 2005) que les ofrece la delegación en sus obras.

El trabajo del *seguimiento* que vimos en el primero de nuestros capítulos, se dispersa en otros actores y nuevos sentidos. Asociado a las *rendiciones de cuentas*, presenta las *dos patas del programa*. La *centralidad del control* se dispersa en la geografía del FOPAR, y llega a representarse ayudando. A su vez, la *visita* se representa como *oportunidad* múltiple; proveyéndole múltiple potencialidad.

Las distancias de los políticos, *encapsulados* en el FOPAR y sus categorías técnicas, resultan definitoria para los sentidos componiendo *el programa*.

Procurando caracterizar la labor de estos sujetos, entendemos que su consultoría se distancia de la típica arengada por la *Reforma del Estado* en los '90, experticia técnica consonante con la tercerización de servicios, cohabitante de los modos de desplazar las debilidades del estado a partir de la representación dominante de la fortaleza del mercado. Sin pretender esencializar los modos de aquel proceso, entendemos que el hacer de estos actores asume -entre continuidades y rupturas también del ser del estado nacional-, un modo particular de producción y expresión de su consultoría en la delegación que el gobierno del Ministerio de Desarrollo Social (MDS) hace en ellos. Ellos, *los consultores del FOPAR*, trabajan más que “sobre otros”, con otros a propósito del hambre de otros, en los escenarios que lo patentizan: los comedores comunitarios, renombrando el hacer del estado en el mundo del desarrollo.

Capítulo 3 - La obra frente al documento (entre organismos, “agonismos” y antagonismos)

El camino que recorre este apartado toma la etapa de *cierre del FOPAR* en la apertura de un nuevo ciclo institucional para el trabajo que el MDS dirigiera a comedores barriales. Ir del *FOPAR* al *PNUD*, constituye a este último en la *estrategia de salida* que como cometido se reflejara en *el ayudamemoria* de la última *misión del banco*.

Las condiciones de existencia social que en 2002, justificaron el *FOPAR alimentario*, permanecen; *el riesgo alimentario* abre la *Justificación del Proyecto* en el texto del documento del PNUD en 2006 que aún así, expondría la pretensión de *sostener de manera decreciente los servicios alimentarios financiados*, al tiempo que la ministra propusiera *Volver a casa* como “estrategia central de salida” para su modelo de asistencia alimentaria.

El panorama abrió para interpelar la historia y preguntarnos por ejemplo: ¿A partir de qué realidad, podrían estos actores habilitar/construir el sentido del nuevo programa PNUD? ¿Qué clase de desplazamientos se producen en estas *estrategias de salida*?

Atendiendo a que en la experiencia juegan capitalizaciones simbólicas, *lecciones aprendidas*, el FOPAR hecho se recupera en sus propias voces para entender que la sustancia de las continuidades, establece posibilidad también para sus rupturas.

La *misión* de la *salida* abrió una misión con otros: el trabajo común puesto en común en el *comité de re-evaluación*, constituyó una nueva herramienta de gestión no declarada en el documento del proyecto PNUD. La solidaridad del hacer puso sobre la mesa la “consultoría al servicio de los menos pensados” para legitimar las acciones del *programa* -FOPAR/PNUD- ya indiferenciado en sus encadenamientos.

El *programa*, “desarrolla” el *desarrollo social*, dinamizando la distribución de capitales en sus confrontaciones de técnicas -de profesionales concedores del desarrollo (social) profesionalizado-, y políticas -de políticos gobernantes o no-. Una instancia que anuncia la bourdieana lucha de los habitus en el campo, renovando la tensión entre estas lógicas propias de la gubernamentalidad foucaultiana, cual forma preeminente de relaciones de poder/conocimiento en el mundo del desarrollo. La gubernamentalidad, nuevamente se despliega en sus dimensiones de institucionalidad, procedimientos, saberes y dispositivos ratificando el ser del estado; también a la manera declarada por Bourdieu, siendo que la invención del estado es inseparable de la invención de las instituciones que fundan su poder de reproducción.

¿Cómo pueden pensarse los sujetos del hacer del FOPAR en este orden discursivo? ¿Qué lugar pueden ocupar y constituir?, ¿qué sentidos construir, cuáles contrariar?

El *fortalecimiento* que fue -para todos- pone al programa hecho en un *nosotros* que obra en autores colectivos. Indeterminado se hace múltiple y fluye entre significados de eso mismo que anuncia entre sus acontecimientos -ya foucaultianos, ya sahlínianos-. La invocación del discurso privado -con Scott (2000)- para la autoría, también enuncia el desafío de su positividad en la apropiación de lo público. Un espacio cotidiano se liminaliza (Turner, 1969), tensa y autoriza los sentidos del discurso del desarrollo, en una peculiar trama relacional, y nos advierte de clivajes e hibridaciones también para unos actores concretos, para pensar el poder y los sujetos en su potencialidad generativa de realidades históricas para esta política pública.

Introducción.

Políticas sobre rieles

Mi trabajo en programas sociales desde los años '90, me ha puesto en contacto permanente con una serie de nociones rectoras para ese hacer. Por aquellos días, trabajar en la capacitación de trabajadores desocupados, implicaba ir en pos de la *empleabilidad*. Ese marco, rápidamente empezaría a demandarnos aprender, no sólo todo aquello que nos situara en “el trabajo” teniéndolo -junto al “desempleo”- como categoría teórica, sino de los denominados *planes de empleo* como política pública.

Desde aquellas épocas, en la que la profusa producción de conocimientos científicos autorizantes de las políticas públicas no ha cesado, y a sabiendas de que los intereses que motivan la acción de las personas, circulan por los carriles que trazan las ideas; el problema de la representación de estas “ideas rieles” -como las registra Camou (1997)- aparece inexcusable cuando de pensar esas políticas -hechas- se trata.

Desde aquel primer encuentro con la *empleabilidad* como cuestión que emplazara mis primeros trabajos en este espacio de la política pública, he reflexionado sobre la presencia de aquellas y otras ideas fuerza en el devenir del hacer bajo mi responsabilidad. Así, nos hemos obligado a pensar qué hacíamos cuando decíamos que hacíamos lo que hacíamos en el estado; más allá del juego que las palabras establecen en este párrafo, ¿cómo justificar el hacer?; ya con aquellas ideas rectoras impuestas científicamente, ya con las que imponían convicciones propias, asentadas/objetivadas o no en alguna científicidad legitimante. Finalmente, nos hemos preguntado cómo -desde determinadas acciones en el estado- llevamos adelante la construcción de un mundo de significados que contribuyen a la configuración de representaciones acerca del mundo.

Ese hacer estatal profesionalizado -en los órdenes discursivos que las *Reformas del Estado*¹ alumbraran e impusieran inexorables por aquellos años-, nos invita a analizarlo. Nuestra preocupación se centra en los modos en que esos mandatos discursivos de las políticas sociales -en tanto fundamentos políticos autorizados en categorías teóricas y operatorias

¹ La primera *Reforma del Estado* en Argentina comenzó hacia fines de 1989, y se extendió hasta 1996. Este proceso, enclavado en un imaginario económico financiero -que fuera apoyado en contenido, forma y financiamiento por organismos internacionales de crédito como el BID y el Banco Mundial-, incluyó decisivas medidas para limitarlo y delimitarlo.

técnicas-, se actualizan en representaciones propias del orden social cuando el trabajo es hacer la política social en alguna de las formas en las que se presenta.

Políticas Sociales: *cuestión social* y ficciones del más allá.

Reflexionando sobre los modos en que se representa nuestro estado capitalista, a través de sus políticas -acciones y omisiones-, nos encontramos en circunstancia de aproximar un análisis acerca de las prácticas bajo su representación que -amparadas en la compostura de la política pública y su eficacia en el progreso-, se instituyen en dinámicas forjadoras de sentido, modos de naturalizar los órdenes, acciones performativas de subjetividad.

Diremos con Bourdieu (1997), en síntesis durkhemiana y weberiana, que uno de los mayores poderes del estado consiste en la imposición de categorías de pensamiento; las instituciones del estado tienen modos de ejercer y distribuir el poder y relaciones de sumisión que responden a sus formalizaciones, estado de gobierno (Foucault, 1981), a su “modulación continua” (Deleuze, 1992). Este estado, elaborando ciertas representaciones con valor para la sociedad (Durkheim, 1966), se constituye en arte de gobierno “sobre todos los otros” (Foucault, 1981), artes que nombran, catalogan, fragmentan sujetos -y clasifican sujetos de gobierno-, al tiempo que definen -en una *cuestión social*- su población, objeto de políticas.

Ubicua se acuña y despliega una “matriz de pensamiento” (Argumedo, A. 2000), fundamentando proyectos históricos, difundiendo mentalidades predominantes, estructurada y estructurante de las instituciones y prácticas responsables de la intervención concreta del estado a la manera bourdieana. Los ejes sobre los que se asienta su intervención, se anclan en determinadas “ideas rieleas” -con Camou-, neolengua de “palabras clave” -como las nombra Arturo Escobar (1998) retomando el diccionario de Sachs (1996)-, e imbrican tanto la enunciación de políticas públicas, cuanto tecnicismos de aquello que en este mismo marco han denominado *gestión*.

Desde la modernización y el progreso actuando como imperativo único, enmarañado en nuestros días de neoliberalismo, categorías profesionales -a modo de reglas-, vienen a imponerse proponiendo una realidad a partir de la manera en que se entienden, por ejemplo: *exclusión, pobreza o vulnerabilidad social, participación y empoderamiento; desempleo o empleabilidad*. Nueva “Vulgata planetaria” han dicho Bourdieu y Wacquant (2000 y 2005): “extraña neolengua cuyo vocabulario -aparentemente surgido de la nada- está en todas las

bocas”; y donde los términos tajantemente anulados son “capitalismo, clase, explotación, dominación y desigualdad” (ibídem).

Las pensaremos “ficciones orientadoras” siguiendo el modo de Shumway (ob.cit), que las refiere para la construcción de nuestra nacionalidad. Ideas fuerza, que actuaron necesarias para un sentimiento de comunidad e identidad colectiva. Su modo, nos atrapa doblemente; en principio porque Shumway emplaza la ruta de estas ficciones, desde la conquista y la colonización; además, porque alude a la carencia de raíces míticas para la nacionalidad de los países de la América hispana a los que debieron imponérsela.

El despliegue de “ideas riele”, cual las “definiciones programáticas” que nada definen (Scheffler, 1970), que acompañan/signan el desarrollo social, se advierte como paráfrasis de la invención del mundo para el desarrollo que ha explicado Arturo Escobar, versión actualizada del encuentro colonial en tanto dominio de Occidente sobre el Tercer mundo nominado. Ya desde su objetivación en sus términos, cuanto desde la invención mítica y las ideologías subyacentes que Shumway expuso.

Estas ficciones, pretenden constituirse en orden de las vidas a partir de planes y programas sociales, reseña de estado de atraso y sentencia de un futuro iluminado por una fórmula biopolítica del desarrollo social. Activados desde organismos internacionales, financistas tanto de investigaciones académicas cuanto de políticas públicas, muchos conceptos vinieron para quedarse no sólo en políticas oficiales y producciones académicas, se entreveraron en nuestras representaciones colectivas de lo social como tema, problema y solución.

Por caso, la *cuestión social* ha sido teorizada -en el campo académico remitido a la política social-, de manera trivial, dice Grassi (2004) al ser asimilada a los “problemas sociales” - como la pobreza, el desempleo, la inempleabilidad, etc.- desanclados del contenido de la categoría; es decir, careciendo de la referencia “a la particular problemática social de las sociedades capitalistas modernas” concluye. En el mismo movimiento en que aparece la pretensión de acreditarle existencia en algún tipo de dimensión absoluta, se devela resultado de una disputa de poder, de significatividad social y legitimidad del sistema institucional anotamos.

Retrospectivamente, los '90 despliegan un sinnúmero de imágenes de aquello que se llamara *pobreza estructural*, *nueva pobreza* y una *nueva cuestión social* anunciada en la pérdida de la condición salarial (Castel, 1997) para la que -por estas geografías- no haría falta leer más que

la cotidianeidad. Mismo tiempo y espacio en el que fuimos constituyendo, advirtiendo -y admitiendo-, el nuevo perfil que asumiera el estado y sus políticas en la nominación/intervención para esa conflictiva. Podríamos, sin dudar, tomar como expresión de aquello, la problematización de la cuestión fiscal y la respectiva subordinación de la cuestión social (Grassi, 2003:81), con la inminencia e inmanencia de la necesidad de retracción del gasto.

La emergencia de la *nueva cuestión social*, “expresada en términos del problema del pauperismo” (Grassi, 2003:21); escenifica la problemática social en las sociedades capitalistas modernas, cancelando la respuesta de la caridad, la filantrópica; constituyéndose otra categoría de problema; reclamando para sí una “nueva institucionalidad pública”, resultado de la “modernización económica y de la *Reforma del Estado*” en Argentina, señalarían Carpio y Novacovsky (1999). Institucionalidad que -según los consultores- demandaría robustecer la autoridad social del estado respecto de la económica, puesto que “debería conducir y generar las condiciones para el *empowerment* de los sectores más vulnerables de la sociedad, facilitando la expresión de sus demandas y generando los mecanismos de transferencias de recursos que conduzcan a una distribución más equitativa de la riqueza” (ibidem: 391). La política social separada de la política económica: subordinándosele, peleándole -y no- los espacios para su intervención; contribuiría a un proceso de significación para el estado.

Los diagnósticos expertos, sobredimensionaron la ineficacia e ineficiencia del estado y sus políticas, al tiempo que esencializaron la pobreza. Mientras adjetivábamos, delimitábamos al estado, en los tecnicismos propios del proceso que instauraba esa *Reforma del Estado*, asistíamos a una activa política por su transformación, constituida mucho más allá de la dimensión económico-financiera: el estado se reducía a una existencia mínima y ello entramaba un proceso tan cultural como político.

Las políticas instrumentadas por el estado, para enfrentar los problemas contenidos en una *cuestión social* estipulada, se amparaban en principios que coadyuvaron a la redefinición de su espacio y dimensión simbólica respecto del rol a asumir en las garantías de integración de los sujetos sociales.

La autoría/ autoridad de la razón de estado, matriz de racionalidad desplegada en innumerables dispositivos legitimados en la gubernamentalidad (Foucault, 1981), imbricarían concretamente su ascendencia en el dominio simbólico que las administraciones públicas y

sus representantes encarnan, también al producir los “problemas sociales” que la ciencia social ratifica tomándolos como “problemas sociológicos” (Bourdieu, 1997).

La política social, transformada en tecnología de gestión, se erigiría tras la crítica a la asistencia social, beneficencia y similares. Los planes y programas vendrían a reducir errores; apuntalarían la *promoción del capital social*, que finalmente derrocaría la *asistencia* y sus reprochables *clientes*, en pos de la *eficacia del gasto público* en aquello que se erigiría como *nueva gestión pública* para esa “reformada” institucionalidad pública de lo social. La idea de plan y programa se instalaría, a modo de “asistencia gerenciada” en el estado, fuertemente basada en las usinas de ideas que financiaron los créditos del Banco Mundial con asistencia técnica del PNUD, tal como indica Grassi (2003)²; dos organismos protagónicos en este trabajo.

Poblaciones e intervenciones: Estado y representaciones.

Desde aquellas *reformas* estatales, y en sus formas, asistimos a la recategorización de poblaciones e intervenciones; nuevas representaciones estatales nombraron: *jefes/as de hogar* hablando del *Plan Jefes; grupos vulnerables* para anunciar el *IDH* -un índice³ convertido en nombre de un programa: “Ingreso para el Desarrollo Humano”-, que más tarde anunciara *familias*⁴ para hablar de políticas de ingresos para mujeres pobres, a cargo de sus *hogares*. La lista seguiría y resolveríamos en *abuelos (narradores)* a los *adultos mayores*; superpondríamos: *aborígenes, indígenas o pueblos originarios*; fragmentaríamos *pobres e indigentes y hasta NBI* (porque las necesidades básicas insatisfechas nombraron personas); entre *otros*. Estos “otros” pretenden insistir aquí en que efectivamente, esas categorizaciones permiten captar la dinámica que procrea/institucionaliza otredad en y desde la política pública como sistema simbólico. El sistema-estado, como conjunto de instituciones de control político y operativo, con su elite-estatal: agencias y actores de gobierno que forjan el estado, no como un objeto abstracto, sino como un todo a modo de sistema político (Abrams, 1988), asume en las políticas sociales, prácticas que dividen al sujeto, en sí mismo o respecto de los otros.

² Al respecto puede verse el Programa Nacional de Asistencia Técnica para la Administración de los Servicios Sociales (PRONATASS), que -según Estela Grassi (op.cit.)- alberga “los fundamentos técnico-ideológicos de las nuevas políticas sociales, en línea con la producción discursiva acerca del Estado y sobre estas políticas, producida desde los organismos, la que hegemonizaba la producción del campo”.

³ El IDH, índice de desarrollo humano, es un índice compuesto: esperanza de vida, logro educacional (alfabetización y matriculación) y PIB per cápita.

⁴ En 2002, el programa “Ingreso para el Desarrollo Humano” se transformaría en “Familias por la Inclusión Social”

Nociones que se erigen representaciones colectivas, hacen a “ideas normalizadas públicamente” (Douglas, M. 1996: 142); la expresión social se hace concepto, y allí, representación impersonal de alguna especie de ascendencia moral colectiva, se inventa efecto de verdad y objetividad autorizada y legítima, con la suficiente eficacia como para expresar la manera en que la sociedad representa sujetos, objetos y sucesos de la experiencia.

Así, diferenciados, suficientemente fragmentados, cada uno de ellos ha sido puesto en condición de participar de unas determinadas características con sus respectivas ponderaciones “objetivas”, clasificados y mensurados en la magia de este campo que Bourdieu (1985), nos ayuda a pensar como imposición de “esencias sociales”, donde el poder simbólico produce lo que designa.

El estado-nación capitalista que nombra/rotula/parte y compromete un proceso político-cultural (Grassi, 2003) desarrollado en las políticas sociales públicas, puede velar la condición más humana de las situaciones de los pobres, como un modo de actualización permanente de la dialéctica razón y violencia, también como monopolio de la violencia material y simbólica. Las nominaciones, clasificaciones emergentes, tan violentas simbólicamente como para concebirse “garra institucional” -incrustados ya en las políticas sociales públicas-, constituyen un “proceso cognitivo que implica personas” (Douglas, 1996: 150): el personal y medios materiales de la administración, al decir weberiano. Ello incorpora a los profesionales que el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación (MDS) recluta, en virtud de alguna especialidad profesional vinculada a la aplicación de su política, plasmada en planes o programas.

El MDS por esas épocas, los requirió especialmente desde las ciencias sociales, aunque hoy el abanico se abre más allá de los conocidos asistentes o trabajadores sociales; hay allí sociólogos, politólogos, economistas, contadores, administradores; aunque también se cuentan antropólogos, psicólogos, pedagogos, comunicadores sociales, a los que se suman algunos arquitectos e ingenieros, y como era de esperar en nuestro estado, abogados. Profesionales para el desarrollo social, reclamados en su conocimiento, para la ejecución de la política pública, aportando a su legitimidad; institución social legítima entonces.

Aquel imperativo de significar para un alguien lo que es y el modo en que debe dirigirse por la vida según se lo ha significado (Bourdieu, 1985; Douglas, 1996); gobernarse y ser gobernado, racionalidad gubernamental biopolítica finalmente (Foucault, 1981; 1997); resulta en un ejercicio de presión sobre otros individuos, también clasificados -que participan

profesionalmente del ejercicio del gobierno-, para que nombren y actúen consistentemente en esa institucionalidad.

Recordemos con Bourdieu (2000), que el poder de las palabras no radica justamente en su fuerza ilocucionaria, no hay una competencia tal que asignarles; el poder simbólico emplazado en categorías que naturalizan, que parecen efectivizar gentes y atributos, incluso en “índices” -mediciones que se imponen capaces de cuantificarlo todo, en una dimensión más del saber colonialista inscrita en una *cuestión social*, tan capitalista y arbitraria como la racionalidad del estado que objetiva e ignora-, omite que los códigos representacionales no pueden entenderse como estructuras meramente reproducidas, como representación unitaria desarrollada y proyectada, sin más; cual si no hubiese mediación de percepciones o encuentros activos (Thomas, 1996). Si bien las instituciones gobiernan nuestras visiones, y velándose en su atribución nos atrapan con su garra “hacia formas que resultan compatibles con las relaciones que ellas autorizan” dice Mary Douglas (ob.cit.:137), la percepción normalizada de lo igualmente normalizado y correcto, la nominación/clasificación no lo es todo y tampoco es estática, aún cuando ya haya sido pronunciada, los sujetos están, actúan, realizan elecciones. Procurando abreviar el riesgo de suprimir actores cuando es justo lo que nos ocupa, seguiremos orientaciones como las de Nicholas Thomas, básicamente porque tematiza la agencia en el colonialismo y -pensando desde el imperialismo y la cultura imperial-, nos señala la necesidad de establecer una tensión analítica productiva, para leer en las hendiduras, entre unos regímenes de verdad y unos momentos de mediación, reformulación y contestación en la práctica.

Desarrollo social (en)clave del desarrollo

El discurso del desarrollo (Escobar, 1998) despliega una normativa germinal y productivamente etnocéntrica y autolegitimante aún en nuestros días. Ni en sus albores con una economía de posguerra, ni en nuestros días de *cuestión social*, el sentido común -o el sentido común académico- renegaría del *crecimiento* o el *bienestar* sino siendo presa de descalificaciones científicistas, inscritas en el mismo orden del discurso. El mismo tiempo que constituía la economía del desarrollo, construía su objeto, “la economía subdesarrollada” y un futuro posible donde el *crecimiento* -de ese desarrollo-, empezaba a constituirse en remedio -o salvación- para la pobreza.

El desarrollo empezó a funcionar como discurso dice Escobar, allí donde discurso alude al proceso a través del cual la realidad social llega a ser; un espacio para la creación sistemática de conceptos, teorías y prácticas. La sistematización del sistema de relaciones entramado alrededor de sus elementos constitutivos⁵, las instituciones fundadas para desempeñar la labor (organismos multilaterales, oficinas de planificación y otros semejantes), y las prácticas, discurrió en esos “hilos horizontales” (Blaser, 2004); así, se fue estableciendo y siendo “capaz de crear sistemáticamente los objetos de los que hablaba, agruparlos y disponerlos de ciertas maneras y conferirles unidad propia” (Escobar, ob.cit.; pp.88).

La pobreza constituyó uno de los principales objetos con los que se relacionó al desarrollo desde la invención de esta parte del mundo calificada en un tercer rango, de manera que en la medida en que los expertos identificaban problemas, los hermanaban con categorías y representaciones de sentencias a futuro, contribuyendo a esa formación discursiva.

Los tiempos en los que las estrategias del desarrollo abrían las puertas a la “inversión y ayuda” extranjeras, vieron llegar al Banco Mundial a Colombia en 1949, inaugurando su primera *misión*; mecanismo administrativo cardinal, que aún utiliza cuando de acceder a toda la información de los países receptores de financiamiento y ejecución de planes bajo su égida se trata.

Si bien podríamos considerar aquí la trayectoria particular en nuestro país, no nos detendremos sino para señalar que la Argentina de ese tiempo, lograba “avances importantes en los principales indicadores de crecimiento económico y desarrollo social” (Carpio y Novacovsky, Ob.cit.; pp. 381) aludiéndose estrictamente al gobierno peronista del periodo 1945-1955. Nuestro país, poseía una estructura social suficientemente integrada en la que la asistencia social “devino residual con el desarrollo de los derechos sociales asociados al trabajo y por las condiciones y características de la sociedad y el mercado de trabajo argentinos, por lo menos hasta los años setenta” (Lo Vuolo, 1990 y Grassi, 1994; en Grassi, 2003).

Por su parte, las políticas instrumentadas para afrontar los problemas definidos por aquella *cuestión social* de los '90 -que germinaba en medio de la crítica que se concentraba en el estado para “reformularlo” por su ineficacia e ineficiencia “benefactora”-, se asentaron en la tríada privatización-descentralización-focalización, a la que sumaron *participación social*

⁵ Escobar está refiriendo aquí el proceso de formación de capital y factores tales como “tecnología, población y recursos, , política fiscal y monetaria, industrialización y desarrollo agrícola, intercambio y comercio”, además de otros que comprendían consideraciones de contenido cultural (aludiendo a la educación y al fomento de valores modernos) (ob.cit. pp. 87)

(Repetto, 2000) para Argentina. La nueva institucionalidad para lo público en lo social, el planteo mercantilizado⁶ para la política social, integrante de una estrategia política más global, cerro la senda de “los niveles crecientes (...) de universalidad que se habían logrado alcanzar en campos tales como educación, salud y seguridad social” (Guimenez, S. 2004)

Entre legos e informados asistimos a las críticas para las políticas sociales, peyorativamente se las calificó; se las llamó “parche”, reclamando su efectiva capacidad de solución a la pobreza, mientras que los problemas que emplazaban la calificación o su entidad misma, se desplazaban del análisis; además de incrementarse día tras día. Un discurso para el desarrollo social cual desprejuiciada “inmigración de las ideas” que Bourdieu (2000) apelando a Marx, explicara como tal, en función de estar dispuesta justamente en la disociación del marco de referencias teóricas que la conciben, se presentaba en una textura de imágenes y saberes, entramando modos de representar a todos y a cada uno de los que desplazó procurando explicar y atender(los).

En una episteme hegemónica, las políticas quedaron sometidas “a `contener´ los efectos sociales `no deseados´ de las reformas estructurales, y los posibles desbordes sociales” tal como explica Sandra Guiménez (ob.cit.). Aquellas críticas sin criticidad, hilaron horizontalmente la manera etnocéntrica del discurso del desarrollo para ver y dividir el mundo, cuando instaladas en una cuestión meramente económica, multiplicaban una retórica del mismo talante. Entendemos que, de ninguna manera las políticas sociales pueden discutirse por constituirse efecto o mera compensación de un modelo económico que determina absolutamente todo el orden social; cualquier crítica fecunda tomará en cuenta que es dimensión constitutiva de una reconfiguración sociopolítica total que implicaba -e implica- hasta esa misma crítica probablemente.

Aquel entramado de significados, aquella textura relacional ha permanecido, justamente a partir de las prácticas discursivas de las instituciones; una economía política se patentiza en el discurso de una economía del desarrollo.

⁶ Procurando sintetizar : “En un nuevo escenario institucional marcado por profundos cambios en los modos de gestión pública, (...) las energías de muchos gobiernos latinoamericanos se volcaron de lleno a avanzar en reformas económicas (complementadas por modelos administrativos tipo New Public Management pro-mercado), la agenda en materia de política social durante gran parte del ajuste fue conformada bajo la influencia de los organismos multilaterales de crédito, en tanto la clase política no colocó el tema social dentro de sus prioridades, tomando acríticamente la propuesta de las agencias internacionales, a la par que empresarios y sindicalistas sólo dinamizaron sus recursos en función de intereses particularistas”.(Repetto, F. 2000)

Nuestro estado designa/asigna “modos del desarrollo” a partir de sus sentencias, definiciones programáticas, ficciones orientadoras; constituyéndolas destino nacional, porque el que enuncia, “emana” los principios, es el MDS. Modos que a su vez, ya vienen delineados transnacionalmente, de manera que las significaciones referencian modelos externos, donde el patrón, igual que en Shumway, vuelve sobre la necesidad de la ficción para la constitución de una comunidad imaginada alrededor de una idea (Anderson, 2000). Las ficciones orientadoras se constituyen imágenes fundantes, de un determinado orden para el desarrollo, pero no omitamos que ese patrón inscribe subjetividades en un modo institucional -propio de la modernidad- (Dubet, F., 2006), que dicta una particular manera de asumir el trabajo sobre otros; mientras que el trabajo primigenio parece estar constituido en el modo de subjetivación como instancia de objetivación de los sujetos.

Reconocemos un discurso a modo de saber propio del gobierno. Economía política, ciencia social y burocracia definen gente, *focalizan*, se enuncian *poblaciones objetivo* a guisa de una inicua selección de caracteres, taxonomías arbitrarias de los sujetos -ignoradas en esa cualidad-, imprimen modos de subjetivación; un entramado de saber y de poder gubernamental objetiva y cristaliza esa representación pretendiendo una realidad efectiva. Versiones de la subjetividad que estas políticas, a modo de retazos de lo social, entraman lo que Trouillot (2001) ha llamado efecto de aislamiento, para advertirnos cómo la esfera pública está diferencialmente fracturada, y cómo -conjugada con prácticas de legibilidad y producción de sujetos- permite revelar efectos del estado, que no quedan sometidos solamente a las esferas estatales y que son compartidos por organismos internacionales no estrictamente estatales, aunque bien homologables desde aquellos días⁷.

Prácticas de administración que burocratizadas, en un trabajo que se hace sobre otros, burocratizan personas, existencias, subjetividades históricas. Hay pues obligación de advertir cómo en las especulaciones de la política social oficial y oficializada “una clasificación objetiva de las personas, como una estrategia para situarse aparentemente por fuera de la política” (Wright, S. 1998) tiene lugar no sólo para las *poblaciones objetivo* de las delimitadas políticas, sino también para los actores que designa en su profesionalidad y experticia técnica para ponerlas en obra, para ejecutarlas. Advirtamos allí la tensión “político”-“profesional”, recreando la pureza del saber asignada a unos, en desmedro de otros que sólo representan

⁷ En el campo de las políticas sociales se hace más que relevante el papel que en este sentido juegan organismos como la OIT, el Banco Mundial, el BID y otros semejantes en virtud de su capacidad de financiamiento o legitimación científica, asociada a los gobiernos nacionales.

contaminación o peligro. Esta oposición nos permitirá preguntarnos acerca de la clase de sujetos que construyen -y se subjetivan en- las prácticas del desarrollo social, reclamados desde su experticia técnica e interpelados por los políticos, a guisa de las vinculaciones de la política social, tan sensible a sus acciones partidarias.

Estas políticas del *desarrollo social*, refiriendo la construcción, institucionalización y profesionalización del desarrollo que tematiza Escobar, conllevan la matriz de ese aparato. Así, con sus definiciones y clasificaciones rectoras, signan, fundamentan, prescriben y operacionalizan planes y programas con pretensiones de profesionalización, estrictamente racionales y neutrales; aludiendo a la concepción de lo social cual problema técnico, queda en condiciones de un manejo racional a manos de profesionales autorizados. En tanto se vocifera tal delimitación en los discursos, se expone cada vez más evidente en sus mixturas, sus complejos ensambles y acoplamientos, ya en los hechos que patentiza el hacer de aquellas. Allí donde se ubica al mismo conocimiento técnico, en la cuenta etnocéntrica del grado de desarrollo alcanzado; su neutralidad y trascendencia -patentizadas en la pureza de la portación de una lógica de planificación y acción-, necesariamente prescinde de cualquier orientación de estas prácticas en términos políticos.

El *desarrollo* como autor y otros autores

Diseminando, actualizando dimensiones estructurantes de la invención del desarrollo en la obra de la racionalidad del neoliberalismo en el estado de los '90, *el FOPAR* (FONDO PARTICIPATIVO PARA LA INVERSIÓN SOCIAL) un *fondo*, “dinero que se juega en común” dice en una de sus acepciones el diccionario, aparece dando el nombre a un programa social. El *fondo* contrapuesto a la forma, nombra justamente la forma de los actos que revela un microcampo en el campo de las políticas públicas, reservado a unos profesionales, en la doble delegación estatal para la política, la que le es propia y la que pretende legitimación científica. Del discurso del desarrollo, una trama de enunciados del mismo orden, más que conjunto de signos viene a constituir un campo de regularidades para decir y actuar, “prácticas que forman sistemáticamente los objetos de que hablan”, y ese “más” que como el de Foucault, no lo reduce a la palabra, es lo que hay que revelar y describir (1996; pp.81). El discurso “del” desarrollo incorpora un autor múltiple, disperso; el desarrollo como autor nos obliga: preguntémosnos como Foucault, “quién habla”, y más: ¿quién tiene que usar este lenguaje? Cómo entonces.

Cuando un programa social toma a cargo un espacio para su intervención, pongamos por caso el apoyo⁸ a cualquier emprendimiento comunitario (una huerta, una granja, un comedor, cualquier *microemprendimiento*), desde el momento mismo de aquella definición hay profesionales trabajando. Pero su actividad no queda allí, un cúmulo de acciones requiere profesionalidad y principios rectores a partir de aquella primera decisión reservada a pocos. Entre definidores y ejecutores, la lógica binaria delimitando sujetos y espacios parece insuficiente. A las enunciaciones, a las normas, subyacen las intervenciones profesionales, las mediaciones; por ende, al acto demandado sobreviene el acto acontecido.

Hay un orden para el orden, un universal-estado, que planifica, especula, disemina representaciones colectivas a partir de las políticas sociales; pero también hay una escena concreta para estas políticas en la que mandatos gubernamentales, discursos y representaciones, se plasman en circunstancias coyunturales y relaciones entre los hacedores/participantes de estas intervenciones. El plan o programa social, sus ficciones orientadoras, toman sentido en las relaciones que se establecen en las intervenciones, a sabiendas de que los encuentros humanos develan ciertas opacidades de los enunciados de las normas. Como en uno más de los múltiples sitios en los que los procesos y prácticas estatales se reconocen, en el encuentro simbólico entre ese profesional con el programa y el político del gobierno, o con las ONGs en sus líderes o cualquiera de sus integrantes; en esta mediación materializada por la posibilidad del acceso a su trabajo y su salario, así como la que anuncia y habilita el *beneficio*, la *ayuda* o *prestación*. En esta especie de cotidianización del plan, habita el acontecimiento como suceso interpretado (Sahlins, 1988), y esa interpretación no puede desprenderse de la historia del desarrollo -ya en sus anclajes históricos, la trama de sus contingencias, es su historia.

Es tal vez en el suceso historizante que deviene burocracia estatal, cuando las políticas se despliegan entre la gente, en múltiples territorios en los que participan muchos actores, la arena en la que estos actores profesionales juegan y tensan representaciones. En contingencias, actos que requieren su saber para el hacer cotidiano, son interpelados; en una gama de encuentros que entran las reglas de los programas, las de los políticos -adviniendo en sus discursos, necesidades de campaña, o bien sus disputas partidarias-, así como las de los sujetos llamados a ser destinatarios de las decisiones de las intervenciones. Es pues

⁸ Si bien el término vuelve a ser polisémico y problematizable en sí mismo, lo adoptaré aquí, a modo de resumir, acceder al ejemplo. Está tomado en su generalidad de uso más vulgar, y a sabiendas de que si tomáramos la definición del diccionario volvería a ser cuestionable su uso.

esparciendo la política pública, materializándola, donde se revela el poder simbólico y su circulación entre múltiples sujetos y territorios.

Entonces, y dado que toda actividad social es productora de representaciones, estamos frente a un proceso político operando en la producción de sentidos que estos actores atribuyen a hechos, objetos y sujetos. Procuramos detenernos a señalar aquí, que esos actores son de/habitan, vienen de y van por/hacia, más que esferas estatales, públicas. La producción de las representaciones sociales alrededor de la *cuestión social*, especie de categoría objetivante de los problemas sociales, se constituye manera de habitar el mundo que es más que una materia técnica e implica admitir la existencia de un marco cultural que define gran parte de nuestra vida. Del mismo modo, las prácticas que se llevan adelante bajo la garantía de la ejecución del estado, nos precaven sobre la porosidad múltiple del espacio en el que se despliega el mandato estatal.

El estado, aquí en su versión nacional, con su definición de políticas sociales, junto a / con / desde las representaciones que sus profesionales –en sus múltiples identidades, trascendiendo sus estudios universitarios- apropian, construyen y actualizan en la ejecución de aquellas, ¿puede conformar una trama de significación tan presente como vigente, tan sutil como tramposa o ficcional?

Estudiar el estado en esta dimensión particular de la política oficial, a través del FOPAR, nos pone en situación de advertir el proceder, las maneras de las prácticas de gobierno a lo largo del tiempo, así como el impacto de los supuestamente dominados sobre aquellas (Corrigan y Sayer; 1985). Porque si las políticas formuladas imponen significaciones; en su concreción, la mediación significativa entre el profesional de la ejecución y los “otros” presentes en la acción del programa social, nos obliga a reconocer agencia en lo que estos sujetos hacen en nombre de esas políticas.

Sin negar la potencia dominante del orden del desarrollo, aún en su posibilidad indefinida de instauración discursiva (Foucault, 1999), en su campo de enunciación que encierra múltiples subjetividades, nos atrevemos a pensar en otredades construyendo divergencias, discrepancias, oposiciones, resistencias. Porque como dice Foucault, esa fundación de discursividad posibilitó un sinnúmero de analogías, pero también implicó infinidad de diferencias. La obra del desarrollo hegemónico, ¿se restituye única?; un espacio productivamente distinto –aún inscribiéndose en el fundado, aún en sus reglas-, nos advierte

posibilidad de una infinita autoría para ese discurso en una política pública. Su historicidad acontece en contingencias múltiples; una especie de “anonimato del murmullo” -como anuncia Foucault- ubica al desarrollo entre nosotros, en nuestras propias obras. De alguna manera, una infinidad de transformaciones fecundas anidan en esas prácticas que forman los objetos de los que hablan.

El aparato ficcional/tecnología del desarrollo social, como una doctrina política, que por encima del testimonio del sometimiento -ya de los pobres a los que se dirige, ya de los profesionales técnicos con los que interviene- procura establecerse cual advertencia, exposición, exhortación y búsqueda de superación para las limitaciones y omisiones del pensamiento que impone la esencialización dominante, consustancial al desarrollo y a su régimen discursivo.

Advertimos con Nicholas Thomas (ob.cit.), que aunque los proyectos coloniales presuponen la impronta de ideologías objetivas más amplias, estamos obligados a reparar en “su adaptación en la práctica, sus momentos de efectiva implementación y manifestación así como aquellos momentos de fracaso e ilusiones”. El contenido del ejercicio profesionalizado de la política pública, se hace acción política en su apropiación, en su cotidianeidad, en su sentido práctico, instaurando una sincronía de representaciones acerca de la racionalidad y contenido de la política oficial que referencia el orden prescriptivo para resignificarse. Y tal vez, sea en su concreción tan o más terreno de disputas simbólicas, cuanto que en su formulación alejada de estos actores ejecutores.

Detenernos en esta práctica -donde aparecen las firmezas, las dudas, las ambigüedades o las contradicciones inherentes a la puesta en ejecución de una política e interpela-, implica múltiples preguntas con y sin retórica; sea cual fuere el tenor de los interrogantes, probablemente sus respuestas se hallen en los actos de la cotidianeidad, pudiendo constituir nuevos modos de interpelar la política social y sus objetos. Reparar en el ámbito de la práctica de los agentes de la intervención / representación que efectúa el estado nacional ante los que fragmenta y estipula como destinatarios, allí donde y cuando la política se materializa en planes y programas hechos y los clasifica como mediadores; nos ofrece un espacio para recorrer las representaciones acerca de las concepciones rectoras de la política social que los sujetos producen; nos implica en la significación construida en el devenir de la implementación de las acciones bajo su responsabilidad, su obra en una ejecución del MDS dialogando con organismos internacionales claves para el desarrollo.

La construcción de la realidad social no necesariamente cristaliza en las lineales imposiciones estatales desarrollistas -a través de sus planes y programas-, más bien se entrama en la cotidianeidad de múltiples creaciones instituyentes, protagonizadas -para este microcampo- por múltiples relaciones construidas entre la gente que supuestamente decide, la gente que usualmente anda más cerca de la que seguramente “necesite”, y la gente que finalmente obtiene.

Capítulo 1

El Programa en un acto (el FOPAR en obra). Estado y delegación, “gambeta” y “mangazo”.

Los hombres (y, como consortes, intrigantes y marcadores posicionales, las mujeres) que se abrieron paso a través de esta realidad -construyendo palacios, redactando borradores de tratados, recaudando rentas, arrendando el comercio, concertando matrimonios, despachando enemigos, erigiendo piras, consagrando templos, dando fiestas, y poniendo en imágenes a los dioses- perseguían unos fines que podían concebir a través de los medios que tenían.

Los dramas del Estado-teatro, miméticos de sí mismos, no eran, al fin, ni ilusiones ni mentiras, ni prestidigitación ni camelo. Eran lo que había. (Geertz, 2000)

Visita de otras visitas, visita para visitas

En uno de los distritos populosos de la provincia de Buenos Aires, un municipio cuya problemática social -resumiremos- vuelve a sumar al demérito de la teoría del derrame, llegamos a *el comedor de Merce*. Son *los productivos* el objeto del viaje de Carola, es que el programa incorporó en 2004 una línea de apoyo a pequeños proyectos que, asociados a los comedores, contribuirán al autosustento de los mismos según planifican sus documentos.

La *visita a la oficina territorial*, sirve para ultimar detalles antes de *la firma de los convenios*, -y para mucho más que preparar ese instrumento que documenta los compromisos del aporte financiero del gobierno, advertiré luego-. En lo de Merce por lo pronto, servirá para dar cuenta del estado del espacio físico que se destinará al emprendimiento de los panificados que financiará *nación*.

Nos encontramos en una de las diecinueve *oficinas territoriales del FOPAR (OTF)* dispersas en las provincias. Carola es responsable a nivel nacional, desde la oficina central del Ministerio de Desarrollo Social (MDS), de *la región* que incluye este comedor y la *oficina* de esta ciudad que visitamos. Es la jefa de Ricardo digamos, una de las *regionales* del FOPAR, su cargo corresponde a uno de los siete *coordinadores regionales* que cuenta el programa.

Muchas veces Carola, discute la calidad de la labor de Ricardo. El viaje juntas sirvió para comentarme lo soberbio, omnipotente y arrebatado que es, un poco de locura que no es eufemismo en ella, también le reconoce. Por su parte, él se presenta abrumado porque asume, según sus propios relatos, una serie de tareas que no le corresponderían puesto que -y acá

refiriéndose a *los productivos- la gente no puede hacer eso, ni saben las características de las máquinas, cómo van a hacer?* Así nos inquieta esa mañana cuando refiere la búsqueda de presupuestos para la compra del herramental necesario para estos proyectos. La formulación demanda cumplir con una serie de requisitos, en este caso Ricardo alude a la complejidad de buscar presupuestos de diferentes comercios, consistentes con las características de las maquinarias para certificar la licitación de las compras financiadas con el aporte que recibirán.

Ricardo “se manda” y Caro queda fuera de sus decisiones. Eso la inquieta al momento de responder por las consecuencias de sus iniciativas, y si bien le reconoce algunas fructíferas, otras han ocasionado ciertas dificultades por las que ha debido responder a nivel central. Ocasiona ciertos problemas según Caro, pero también “se manda” con soluciones; porque se ocupa de los presupuestos o cualquier otro componente del emprendimiento productivo, trabajando más allá de lo que *le corresponde*.

La discusión respecto de aquello que *les resolvés* o lo que *dejás que hagan solos* es fundante de tensiones entre estos actores, portadores de un conocimiento técnico especializado en el objeto que aquí se trata, en una dimensión del capital público al que alude Bourdieu, cual dispositivo de tecnología intelectual digamos (2005). Capital cultural incorporado, objetivado e institucionalizado; justo allí donde el poder simbólico, dirime entre “la acción o el bienestar social”, “el desarrollo social o el humano”, “la promoción o la asistencia”; una más entre sus disputas cotidianas.

A Carola y Ricardo les tomó más que la mañana organizar las visitas procurando aprovechar el viaje, tratando de *ir a todos, a los de los productivos*, a los de los problemas habituales y a lo de los que requieren más de la labor de decisión central que encarna Caro: aquellos casos que pueden demandarla son aquellos en los que las irregularidades detectadas por Ricardo fueran tan graves que pudieran ocasionar el *cierre de un comedor*, es decir la decisión de finalizar la vinculación con el FOPAR, el fin del apoyo estatal de nación.

Al del Tuti tenés que ir, si sabe que viniste y no fuiste... Carola se queda mirándolo, cavila asintiendo, no parece cuestión de problemas con el comedor, sino más bien de demanda afectiva. Le muestra cómo *preparó la agenda*; ella lo escucha y asiente al tiempo que le recuerda temas, deteniéndose en detalles de las conversaciones telefónicas previas al viaje, él

parece haber olvidado algunos. Me incorporan cuando comienzan las anécdotas: del *comedor tal*, de algún fulano, *del Tuti* por caso. Los escucho y puedo participar de la conversación porque quieren contarme, quieren que me entere de los progresos *de unos comedores* y de los problemas puntuales que acarrearán otros.

Cuando vuelven al tema del trabajo que Caro enfocará estos días en la ciudad, Ricardo explica, tiene el mapa en su cabeza; ella va reconociendo los actores y los casos, y se encarga de las aclaraciones para mí, tratando de integrarme al diálogo. Va registrando la gente de los comedores, los barrios; sin embargo, cuando eso no sucede tan claro, él le ofrece coordenadas compartidas del paisaje y los actores, las mezcla con alguna conversación con nombres y apellidos -de personas u ONGs-, con algún problema o dificultad puntual que los hubiera conmovido especialmente. De inmediato ella se ubica, son buenos lazos en la memoria los que Riqui le aporta.

Hablamos un poco acerca de las *lecciones aprendidas* del FOPAR, de este informe que correspondiendo a un ítem en la parafernalia de documentos que conforman el *cierre del programa* demandado por el Banco Mundial, quedara a mi cargo y justificara mi presencia en la visita. *Lecciones* que constituyeran la puerta de nuestra entrada al programa, trabajo que nos tuvo en su cotidianeidad durante seis meses en el año 2005, y nos permitiera acceder a este tipo de experiencias: la *visita* a una de las oficinas del FOPAR en un municipio, para *visitar* comedores junto a los responsables técnicos de la labor. *Visita* que nos abriera la posibilidad de conversar con los responsables de los comedores, incluso pactar las propias.

Caro ya ha hablado con Ricardo sobre este tema, pero -en esta ocasión- insisto en explicarle que más allá de las demandas del banco, el programa lo ha tomado con otro espíritu porque implica un interesante ejercicio de revisión y replanteo, incluso un espacio desde donde hacer crecer los cambios necesarios en el nuevo programa a diseñar, según se ha charlado en el equipo responsable de la labor⁹.

Inmediatamente Ricardo responde, *acá lo tenés todo hecho a eso*, hablando de un informe que ha elaborado. Aún cuando ya sabe del equipo armado trabajando para esta demanda, el que justamente arribó a la necesidad de interesarse en el territorio más allá de lo próximo, involucrando así a las *oficinas regionales* entonces; aún cuando sabe que estoy allí para eso, incluso cuando le hago saber que ya he leído su informe y lo registro cual un insumo que

⁹ Volveremos sobre las *lecciones* y el *nuevo proyecto* en el próximo capítulo.

sumará al trabajo colectivo, él sigue hablando como si nada de eso hiciera falta para rescatar un proceso concreto acerca de *los productivos* ahora.

Me adapto a lo que necesiten les digo, quiero cerrar ese capítulo de preparativos, quiero conocer el comedor de Merce, quiero conocerla. No solamente Caro y su compañero me han hablado de ella. Poco tiempo atrás, realizando otra tarea en el ministerio, conocí a Marta en el barrio, una señora a cargo de dos proyectos: de costura y huerta, este último articularía la provisión de verduras para el comedor de Merce. Marta me habló entonces del comienzo de estos emprendimientos a su cargo, remitiéndose a su experiencia en *el barrio*¹⁰, en un grupo de mujeres que aglutinaba Merce para trabajar. A su vez, la referente de estos proyectos que estaba visitando cuando conocí a Marta, una representante de la CTA local, también me había hablado de ella, para referir sus comienzos en el trabajo militante en el municipio. Merce es *una puerta*, apuntó otra compañera del ministerio, conocedora de ese territorio.

El FOPAR no siempre se ocupó de comedores. El programa.

El objetivo fundamental del Fondo Participativo de Inversión Social (FOPAR) es el de desarrollar capacidades locales de gestión a través de experiencias participativas y concretas en formulación, gestión y ejecución de proyectos destinados a mejorar condiciones socioeconómicas de grupos y comunidades en situación de pobreza". Concretando su inicio, allá por 1996, promovía el apoyo financiero de pequeños proyectos con inserción comunitaria que se correspondían con el desarrollo y fortalecimiento comunitario (proyectos designados como: formación de agentes comunitarios, fortalecimiento de organizaciones de base, desarrollo comunitario; obras de infraestructura social y económica (destinada a: espacios recreativos comunitarios, letrinas y baños mínimos, pequeños sistemas de agua potable, entre otros); y también a actividades productivas (se incorporaban allí el fortalecimiento de organizaciones de base con actividades de naturaleza económica, la capacitación para actividades económicas).

Tras el derrumbe político-institucional y económico de Argentina en 2001, en una de las situaciones más críticas que recordamos, la administración del gobierno de Eduardo Duhalde reorientaría fondos y acciones de varios *programas internacionales*. En el MDS, el FOPAR,

¹⁰ Refiere el Programa Barrios Bonaerenses ejecutado en la provincia de Bs. As. a partir del año 1997 cuyo objetivo sentenciara destinar sus acciones a "mejorar las condiciones de empleabilidad y proporcionar una subvención mensual a los jefes y jefas de hogar pertenecientes a familias sin ingresos o con ingresos mínimos, a cambio de la prestación de servicios en proyectos comunitarios." (PNUD. Publicaciones del Proyecto ARG/037, 1999:15)

programa cofinanciado con el Banco Mundial, fue adaptado para responder a la *urgencia alimentaria* de una población que también fue redefinida.

Si originalmente, hasta 2001, el programa se extendía en las provincias del norte de nuestro país a resultas de utilizar el indicador de necesidades básicas insatisfechas (N.B.I.), el nuevo cauce definiría *aglomerados urbanos superiores a 100.000 habitantes que concentraran al menos 50.000 indigentes*, o poseyeran *una incidencia de indigencia del 20 % o más*. Esta reenumeración se correspondió con un artilugio claro de aquella gestión ministerial, ante el Banco Mundial, para asegurar el uso de los fondos en la expansión de la población cubierta. De esa manera, el FOPAR incorporaría más territorio en las provincias a las que llegaba, y sumaría la Provincia de Buenos Aires y a la capital (Ciudad Autónoma de Buenos Aires); ciertamente la estadística trascendería la lógica de la mera agregación del pensamiento económico y el de esta disciplina del estado, para presentarse estrictamente política advertimos.

Ese colapso básicamente político de 2001, inauguró un año de crisis económica, pasible de ser leída en clave de desempleo y pobreza extrema. Componía ese momento, como parte del cuadro, la fuerza de la imagen del ahorrista cuyas cacerolas instalaron el terror que no pudo el palo del piquetero solo, tampoco cual “movimiento”. A poco de ello, suma recordar la eficacia del llanto de la niña hambreada en Tucumán, más poderoso que el cargo de ministro del área social del gobierno de esa provincia; más eficaz incluso que el slogan y la firma de la urgencia para el hambre.

El hambre más urgente, proyecto de Ley impulsado por la sociedad civil -profusamente instalada en los '90-, había puesto a la firma la solidaridad de la población con los más castigados por las políticas de aquellos años. La Ley N° 25.724 de creación del PROGRAMA NACIONAL DE NUTRICION Y ALIMENTACIÓN, fue aprobada por los legisladores a fines de 2002. Para ese momento, El *Plan Emergencia Alimentaria* (PEA) y el FOPAR ya se ejecutaban en el MDS en el marco de situaciones definidas en la *emergencia alimentaria*¹¹. Tiempo después, una vez aprobada la ley, *el PEA* completaría su denominación con la sentencia *el hambre más urgente*; cual respuesta a la oportuna sociedad civil que encabezaran

¹¹ Resulta interesante dar cuenta del informe del Jefe del Gabinete de Ministros para mediados de ese año; en junio de 2002 la respuesta ofrecida a los Senadores de la Nación enuncia que “El artículo 1° de la Resolución MDSyMA N° 008/02, establece que el <Programa de Emergencia Alimentaria está destinado al financiamiento de programas que los gobiernos provinciales definan oportunamente para la atención de la situación de emergencia alimentaria>. Este Programa, que se ejecuta con transferencias de fondos y decisiones autónomas en cada una de las provincias según su programación de asistencia alimentaria, se planteó como objetivo unificar los criterios y abordar la emergencia alimentaria proyectando para el futuro un proceso dinámico de cuyo equilibrio depende que un individuo y una población se encuentre sana”. (INFORME 54, 2002; pp29).

un periodista, un diario nacional y un político de poca ascendencia popular, amparado en una ONG, hoy recogiendo los frutos de aquella carrera electoral en el gobierno de la Ciudad Autónoma de Bs. As.

Fue ese tiempo en que un puñado de profesionales asistió a un reacomodamiento de las labores que llevaban adelante en la etapa anterior en el FOPAR. Tiempo de nuevas contrataciones, a guisa de la expansión del territorio de la cobertura del programa ya alimentario, tiempo del comedor de Merce.

Los técnicos, en la sede de capital y en las provincias, comenzarían una nueva tarea precedida de una convocatoria difundida por los principales medios de prensa nacional y provincial: la *evaluación de proyectos alimentarios de comedores*. El programa, según sus documentos, ofrecía *asistencia financiera y técnica a los comedores comunitarios administrados por organizaciones de la sociedad civil (OSC)*. Ello comprendió el financiamiento para la compra de *equipamiento básico para la prestación del servicio*, así como pequeñas obras de infraestructura que sanearon y mejoraron las instalaciones. Además, se destinaba un porcentaje de recursos para actividades asociadas al *fortalecimiento institucional*, a *gastos generales e imprevistos*; los proyectos pudieron destinar el 20% del costo del proyecto a los componentes no estrictamente alimentarios.

Así, la evaluación se destinaría ahora a *proyectos alimentarios*, es decir de distinto carácter de aquello para lo que otrora convocara sus especialidades profesionales. Estos equipos, en virtud del tipo de proyectos de desarrollo que manejaba el programa hasta ese momento, estaban conformados procurando una especie de correspondencia con aquellos, por eso contaba en sus filas ingenieros, arquitectos, economistas y administradores, sociólogos y trabajadores sociales.

Más del FOPAR: visitar la obra es recorrerla

Ricardo estudió economía y Carola, sociología. Ambos llegaron al FOPAR en su faceta alimentaria. Él tiene un trayecto laboral hecho en programas de financiamiento internacional en la misma época en la que nacía el FOPAR, un *consultor*¹² para programas de desarrollo provincial, también trabajando para el estado nacional. Carola también ha trabajado a escala nacional y provincial, en otros ministerios. Ella ha accedido a cargos que en el estado suelen reconocerse como políticos, aún cuando se concursen incluso, ha sustentado el de *directora*.

¹² Nos ocuparemos del término en el próximo capítulo.

Mucho después del mediodía del comedor, llegamos. Aún con el frío atroz que nos envolvía, nos quedamos afuera, recorriendo las nuevas instalaciones en construcción.

El mediodía es en cada comedor un tiempo propio, puede que coincida con las salidas de la escuela de los chicos, o bien que sea la entrada de otros, con lo que ello puede implicar para extenderlo en dos turnos de almuerzo. Allí una mañana empieza tan temprano como la cantidad de personas que asistan a comer; y la tarde también se hace directamente proporcional a lo mismo pero para la limpieza, y se entremezcla con chicos que no terminan de irse, deberes escolares y madres; meriendas que inexorablemente se agregan; organización de compras, nuevas limpiezas, nuevas visitas para las necesidades de siempre en demandas cada vez más comunes y complejas, que siempre encuentran interlocutor en el comedor.

El comedor no sólo afecta el tiempo como sustancia propia, también extiende su espacio cuando llega con vianda a cada casa, como en el caso del de Merce, para responder a un grupo de viejitos. Así, suma a su dinámica un sinnúmero de actividades que incluyen el transporte también, porque las distancias son importantes en el barrio, hay mucho descampado, especie de zona semirural aledaña -sin colectivos que la recorran- donde viven muy diseminados estos ancianos en condiciones de extrema pobreza que Merce detectó. Tienen *una movilidad*, pero se les complica el pago del combustible por esos días nos ha dicho, mientras se preocupa porque así no llegan: la comida no llega. El FOPAR no prevé el pago de combustible alguno, no es un *gasto elegible*, ni siquiera el gas de las cocinas lo es.

La Hermana Merce es una mujer de unos cincuenta y pico tal vez, tal vez más; habla con pausas, escucha, responde cálidamente, no viste hábito, lógico para una referente de la militancia social recuerdo haber pensado. Al tiempo que se vincula con muchos grupos, se mantiene independiente respecto de los partidos y los políticos que la rondan e intentan seducirla. Para nosotros los técnicos, es muy importante tener muchas “Merces” en los barrios donde “entrar”. La reconocieron seria, trabajadora; alguno de mis interlocutores lo definió claramente mientras nos contaba cómo se le complicaba el trabajo con diversos grupos y movimientos en este municipio: *sabía que la puerta de entrada era ella* me dijo caracterizándola para mí.

En este barrio empezó con unos planes de vivienda, nos contaría luego de este primer encuentro; con un arquitecto también reconocido por su trabajo en *vivienda social*, algo que se concreta en construcciones comunitarias autogestionadas en comunidades con escasas

condiciones materiales para asegurar su existencia, pero que a su vez reconoce sus capitales simbólicos para asumir más que la cuestión de la construcción de una vivienda, o la mejora de un barrio. Se me hizo cercano cuando vinculé intuitivamente ese trabajo militante al de Cacho, padre de una amiga entrañable que vivió en esta ciudad, y que Merce confirmó al decir su nombre.

Es famosa en el distrito, trabaja desde hace tiempo allí, la organización que lidera tiene a su cargo muchas actividades articuladas con otras ONGs más grandes, internacionales algunas, no sólo con el estado.

Será por eso que Merce muestra con orgullo cada metro cuadrado del comedor y suma una nueva obra que cobra sentido en el emprendimiento de sus panificados. La construcción es importante para ellos, no sólo por las condiciones para la producción, sino porque la obra nos obliga a pensar en sus logros concretos, ladrillos, esfuerzos, pasiones, desdenes, amistades, contactos, maneras de *manguear*. De algún modo esa obra de ladrillos, es más de su obra.

Mientras recorremos la construcción, le preguntamos respecto del presupuesto y lo pendiente. *¿Esto lo compraste con la güita del proyecto?:* Caro y Riqui pasean pendientes de *lo financiable por el proyecto* y lo cotejan con la actualidad de cada metro cuadrado, mientras nos sorprende gratamente la calidad y el avance de la edificación. Merce abunda en detalles, entonces cada respuesta es un relato que apunta las dificultades, tiempos y destiempos, los cambios en los precios, el modo al que accedieron a la mano de obra, lo hecho con las donaciones; los mil y un inventos que han debido hacer. Cada palabra nos va involucrando en su necesidad. La obra es imponente.

Hace mucho que Carola no ve la obra, se asombra con los progresos; *¿y qué te falta para terminar?* , y sin parar de caminar lo hecho renueva interrogantes: *¿y acá?, ¿y la mano de obra?; ¿cómo la pagaste?; ¿y acá qué falta?* Cada respuesta de Merce nos sorprende en organización, previsión, “viveza”. Caro sabe muy bien que con el dinero del proyecto -ya del comedor, ya del proyecto productivo- no se accede a estas instalaciones. Ricardo también lo sabe. Él ha visto el crecimiento más regularmente, es responsable del *seguimiento del comedor*, eso significa que debe hacer las *visitas* que permiten evaluar la calidad del servicio que prestan los comedores en el distrito; tan responsable de que el aporte dinerario se corresponda con el número de comensales, cual del cumplimiento del aporte nutricional. Su trabajo está dirigido a *reconocer y analizar el grado de cumplimiento de los objetivos, metas,*

actividades, plazos y formas de utilización de los recursos aprobados, según documentos del programa. Dependiendo de la ratio técnico-número de comedores, la regularidad de las *visitas* estructurantes de dicho *seguimiento* es mayor o menor. Dada esa relación, en este municipio las visitas se han hecho muy regulares y el nexo construido entre los responsables de los comedores y los trabajadores del programa es de mucha proximidad, han estrechado vínculos digamos.

Regularmente los técnicos de las *oficinas territoriales* visitan *sus comedores*, como Caro *sus oficinas*. La actitud de Ricardo es la de una especie de cohabitante del comedor, se mueve así, él nos muestra -adelantándose en el recorrido y a las respuestas de Merce-; él camina adelante, nos habla, relata. De algún modo, esta es su obra también.

Si bien contesta, el devenir que ella nos ofrece en la novela que relata, cada espacio en el que nos detenemos, no aparece tan completo en los dichos de Riqui, no tan claro este panorama. Es que ha sumado demasiado en esto de andar saldando todo lo que *los productivos* de *sus comedores* necesitan, andando con todo lo de los proyectos productivos a costas, ha resentido la regularidad de su *seguimiento* habitual.

Cada escena es parte del emprendimiento, que esa nueva línea de financiamiento del programa les permitirá instalar mejor¹³; una pequeña panadería que además de abastecer al comedor, podrá extender la comercialización cada vez más lejos del barrio. Todas nuestras inquietudes -me he sumado-, se dirigen hacia la consecución de recursos en pos de finalizar la obra para apuntalar *el productivo*. Mientras pienso cómo con el escaso dinero que aporta el nuevo proyecto, se lanzaron a “semejante obra”, me responde lo hecho que camino.

Finalmente entramos al comedor y es un alivio por el frío. *No sabés lo que es el comedor de Merce* me había dicho Carola, *y no sabés lo que es ella*, había concluido dejándome más clara aún su admiración en el gesto para esa frase. A poco de ello me asombraría enterarme de que Caro desconoce su historia, cuando le cuento algunos de sus pasos, los que me ha relatado en mis visitas posteriores, se queda en silencio, alucinante dice admirando, lo sé. La obra de Merce es de vieja data.

El recorrido por las instalaciones se renueva, aunque sobre “lo viejo” digamos. Todo espacio que me muestran es un espejo del hacer, de la presencia de los chicos; el trabajo cotidiano es más que comida por dar. No es sólo un comedor, una panadería comunitaria, una oficina para

¹³ Es condición de la operatoria del programa apoyar emprendimientos ya existentes

atender a las mamás y papás del barrio, recibírnos a nosotros, y a quién necesiten “manguear”. Ciertamente es este un espacio de conjunción de formas, y es más que comedor y espacio productivo, el recorrido nos ha remontado a un jardín de infantes, o a una escuela, lugares que reconocemos en pequeñas señales. Escobar lo ha advertido, el comedor debe estudiarse etnográficamente en tanto composición “de campos de prácticas parcialmente superpuestos” (1998; 192), un aglutinante de sentidos del día a día en estos sectores sociales donde cobra vida.

Saludo dos mujeres a la pasada, me las presentan encargadas de diversas tareas, están terminando la limpieza, una se da vuelta desde la pileta para darme el beso, en silencio y con una sonrisa; no para. En la cocina, el repasador cuelga de la tapa de uno de los hornos y me dice lo mismo que las pequeñas sillas patas arriba que antes vi. Lo habitual para Caro - entonces mucho más para Ricardo- no nos detiene, sin embargo el recorrido se interrumpe en el horno grande, el que actualmente usan para los panificados que producen. Comienzan las comparaciones con el que eligieron comprar ahora, es decir: parte de la nueva obra que emprende el comedor. Desde el aspecto exterior hasta las prestaciones que el horno ofrece, dan cuenta de la alegría de lo nuevo y mejor que van a tener ni bien cierran los trámites de las compras; la sonrisa de Merce se entrelaza con un gesto que asocio a un antes circunscripto a las limitaciones del viejo horno para la labor productiva.

Ya en la oficina, en una segunda planta de este edificio, retomamos la charla acerca de las urgencias. Merce nos ha dejado bien claro que son muchas, y suficientemente superpuestas a la acción cotidiana de asistencia alimentaria en el comedor.

De inmediato nos ponemos a hacer cuentas en el aire, los tres estamos pensando de dónde sacar plata, las maneras posibles de conseguir el dinero se mezclan con las riquísimas galletitas que nos ofrecen Merce y Elisa, su compañera de años en el trabajo del comedor. Las galletas suman a nuestras comprobaciones allí, son parte de lo que habrán de producir y comercializar pródigamente tras los cambios en las maquinarias, el espacio, etc.

La charla se extiende y pergeñamos más de una idea. Escucho a Caro y a Ricardo., *si le sacamos güita a....*, y nombran alguna otra parte/gasto estipulado en el proyecto productivo, *para terminar las aberturas?* Y la búsqueda sigue: *¿si le pedimos al manos¹⁴?, ¿y si hablamos con...?* y aparece el nombre de una persona responsable de alguna acción más directa para la

¹⁴ Refiriendo al programa del MDS *Manos a la Obra*, destinado a financiar pequeños proyectos productivos (no necesariamente vinculados a comedores).

asistencia en el ministerio. *¿Y el municipio?:* reclamando esta presencia estatal local más directamente vinculada al comedor se hace presente la “lógica de nación” digamos, puesto que cuando interviene se reserva la idea de la ausencia de esa instancia institucional localmente.

Yo he pensado en escribirle una carta a la ministra... Merce sugiere, sutilmente aporta. De inmediato busqué la mirada de Carola, recuerdo que dudé pero me habilitó: *si también, pero poné todo lo que hicieron, no pongas sólo lo que pedís, tenés que dar cuenta de lo que ya hay, de lo que ya hicieron, ¿me entendés?* Y Caro sumaba: *no te olvides de lo de ahora, agradecé, poné todo.* Merce nos mira atenta, callada, asiente, aporta y acepta cualquier orientación que hagamos; escucha nuestras especulaciones y se inquieta por la transparencia de los procesos, nos lo hace saber; se preocupa por no hacer una *truchada*. La tranquilizamos, acordamos que los programas *enlatados* -aludiendo a que su formulación no permite demasiadas apropiaciones o “irrupciones” por afuera de las operatorias-, obligan a estos pequeños ajustes para adaptarlos a la diversidad de la realidad como la suya, de las necesidades del hacer del comedor.

Ya fuera del comedor de Merce, cenando con Carola la pondría en circunstancia de evaluar esa situación que considerara para ella como “malabares al FOPAR”. Hablando de eso, lamentaríamos los riesgos que advertimos, sobre todo por hechos conocidos de cerca incluso; pero seguiríamos la charla que por supuesto tenía como protagonistas a Merce, Riqui, el comedor y los comedores, *el municipio y la gestión* (dicha en responsables políticos).

Primeras preguntas al desarrollo social (desde la obra).

Pero, ¿por qué faltan los recursos?; ¿por qué los malabares de Merce y estos técnicos? Por qué pensar en una carta cuando ya hay un programa, cuando el MDS ya está interviniendo allí digamos. Ciertamente carta y programa componen una escena en la que aparecen dos formas para el desarrollo social dirá Pantaleón (2005); pero de algún modo advertimos que la dicotomía es rebasada aquí cuando la carta “del pobre” para Pantaleón, la escribe Merce y es además informada de la lógica “del adentro”, la técnico-burocrática, del capital público completamos. Al mismo tiempo, la escena advierte la complejización de la lógica del capital de la cosa pública, cuando la administración de gobierno se ramifica en lo estrictamente público de planes y programas y se bifurca en más, cuando “responde en/a cartas”, una forma individualizada -cuasi personal- da formas al servicio público arrastrándolo hacia sus márgenes. En tal caso, esos “malabares al FOPAR” que expusiéramos ante Caro para

problematizar el juego de la política social, ¿podrían inscribirse en la tensión que construye el sentido de “lo público” o una “política oficial”, o el “desarrollo social” mismo?

Las políticas públicas -y no tan públicas- que se implementan, atraviesan políticos y sus campañas, al tiempo que son impactadas en sus ordenes; establecen la consistencia de un hacer que recibe intromisiones de acciones gubernamentales que terminan contradiciéndose en el campo -respecto de lo público incluso-; más allá de la superposición de las intervenciones (de planes y programas), más allá de la articulación o el cruce ilógico que a menudo disuena en el despliegue de otros recursos que reparte el estado en sus políticas. Una escena compleja, múltiple, y un detrás de escena con armazones enclenques; anquilosados procedimientos administrativos impactan en las necesidades de su hacer, peor que los programas *enlatados* probablemente.

La cuestión de la obra está estipulada en el proyecto, tal como hemos visto hay norma: *enlatada* o no, nacional o internacional. Esto pasa porque no es flexible, está mal formulado, hay un error de diagnóstico, etc.; cualquier sentencia de este porte, cualquier interrogante o crítica de un lector “autorizado” para las políticas sociales, posiblemente interpelaría aquí la formulación o evaluación del proyecto de la panadería, la labor de los técnicos, o bien el *componente productivo* en el programa, o quizás hasta el programa mismo. “Reduciría costos” a los mismos profesionales que habitan estas academias y observatorios de las políticas sociales, los mismos que los hacen y defienden -o condenan-, según la oportunidad, para finalmente albergar un nuevo programa, o un nuevo nombre para unas acciones que ya no se renuevan. “Los sacerdotes, como lo recuerda Nietzsche, viven del pecado...” (Bourdieu, 1995; pp.182)

Un campo real de esta política, surge más allá del reconocido campo que autorizado/oficializado por la *expertiss* -“ciencia tecnocrática al servicio de un modo de dominación” (Wacquant, 2005; 34)-, le ha destinado. Hay un campo en el campo de la política pública denominada social, como un escenario de mediaciones significativas; la práctica de estos actores en el comedor, patentiza la actualización de la política social en la cotidianeidad, en sus mediaciones, en sus artilugios, en la conciencia práctica de las rutinas de la ejecución.

¿Se puede iluminar este campo ignorando, desplazando o subestimando tanto la densidad de la situación que entran los comedores, la trama relacional en la que inscriben su labor los sujetos a cargo; cuanto la geografía de la política comunitaria de los barrios en los que se insertan, así como las pugnas en múltiples internas?. ¿Se puede hacer la pregunta correlativa posicionándola en el MDS, en los actores que juegan la obra del desarrollo social oficial?

El campo concreto en el que se sustancia la obra pública FOPAR, dinamiza sentidos mixturando, complejizando el carácter de la jerga y el contenido y significado del desarrollo, desarrollo social que pretende el estado aquí regulando su trabajo sobre los otros, delega y da lugar a subjetividades otras entonces, capaces de escribir “sus propias notas” en aquel orden discursivo.

Un habitus, lejos de tener el carácter asignado, estático, mero esquema de reproducción, ha sido abierto a las luchas del campo del capital estatal y su poder correlativo. Su significación histórica se revela; los sentidos impuestos y los clausurados, los espacios más generativos, tienen lugar en situaciones y relaciones, mediaciones que exhiben los contextos percibidos, construidos en esa razón y sentido prácticos actualizables en la propia lógica del campo y actualizantes de aquella en la que también se revela la trascendencia histórica compartida del estado en sus reinenciones y rupturas.

De la política de la *visita* y las obligaciones de la política

¿Qué ha pasado allí? Pues Merce; la gente que la acompaña, o bien *el comedor*, han atribuido a esta oportunidad circunscripta a un proyecto, una obra que lo excede. He aquí la elección, el deseo y la pasión, la decisión política *del comedor*; personificaremos, tal como los técnicos nos han enseñado.

El progreso es tan obligatorio como deseable, normas e imperativos sociales se convierten en regla y pulsión, es decir se hacen dirección inexorable. La pauta del desarrollo ya ha sido normada, los valores en juego se cargan de emoción en esta *visita* que vuelve a obligar sutilmente, que reorienta pasiones; los participantes -todos- dan sentido al ritual. Entendido en un sentido ampliado, el ritual es capaz de atender a acontecimientos señalando procesos sociales e históricos (Peirano, 2000). La *visita* responde desde la contingencia, la superposición de alternativas –por caso, en la aparente incoherencia de la cosa pública anclada entre carta y formulario-, desordenando la escena de dos modos: mientras se ajusta a lo regulado, ofrece pistas de positividad para la construcción de nuevas reglas. Puesto que los

rituales son eventos en los cuales se manifiestan y recrean las estructuras y cosmologías sociales, los principios orientadores dignos de perpetuarse, según Tambiah (1981); podemos pensar aquí la recreación, el devenir incierto del significado para las representaciones rectoras del desarrollo social, las ficciones, procurando una comunidad nacional para lo público. Analizar el programa social en la cotidianeidad de los actores, nos propone un espacio de relaciones que es, a su vez, de lectura para mensajes que enuncian su capacidad de desarticulación/dislocamiento, construcción, más que producto/previsión inalterada/inalterable de un proceso lineal. Una liminalidad siempre puede insinuarse siendo estos márgenes, otra comunidad aparece posible.

Las pasiones reinventándose en el desarrollo social del estado, se informan también de historias otras, vidas otras, para entramar sus significados. Negando la política pública cual representación invariable de algún género de “pasiones naturales” del desarrollo, podríamos concluir parafraseando a Geertz (2000), cuando en su versión del estado balinés advierte que “Las pasiones son tan culturales como los inventos; y la orientación mental -jerárquica, sensorial, simbolista y teatral- que informa de unas, informan también de los otros”.

¿Cuál es la elección que llevan adelante Caro y su compañero? Evidentemente, la elección de Merce y *del comedor* está en juego. Independientemente del programa y en él, con el FOPAR como marco, Merce nos ha incorporado a sus avatares. Incluso antes de esa entrada pienso ahora, tal vez en esa frase que pronunciara Caro ya estábamos con ella y su obra. Antes de entrar al comedor, por qué no.

El comedor, el programa, resultan palabras que -personalizando- advierten signos del colectivo del pensamiento atrás, abajo, encima, entre las obras. Cuando el *FOPAR* –en sus actores-, nombra al *comedor* para tematizar *su* obra en la necesidad, problema, voluntad, acierto o error, se produce una destitución de intereses para asentar las bases de lo público allí, constituyéndose portavoces de lo mismo que ayudan a producir como significado de aquello.

A su vez, esa personalización también opera como “estructura personificada” en la lógica de la práctica, encarnando la disolución de la dicotomía entre estructura y agencia que tanto cuesta ver en unos y otros actores de la política social aquí involucrados. La personificación juega entonces como emblema del sentido práctico bourdieuano, de la relación entre la estructura abstracta y el hecho de unas prácticas encarnadas en unos agentes, en la

complicidad ontológica que se da entre ese mundo social objetivo –en relaciones independientes de estos sujetos-, y el mundo objetivado, en tanto conocimiento práctico que se construye acerca de y en estas relaciones. Ninguna reificación puede ser allí.

Mercede avanza, Caro avanza, Ricardo avanza. Una determinación se expresa en fintas, son “gambetas” finalmente. Todos juegan el mismo juego, enfrente está el gobierno, el Banco Mundial, no es poca cosa, ¿para qué detenerse a objetivar cuando hay tanto para hacer?

Al tiempo que el estado da cuenta de sus imposiciones y disciplinas, su normatividad hecha programa: su operatoria –en tanto modo en que se expresa y norma cada una de las actividades que lleva adelante-; asiste a la carta y al formulario, entramando continuidades complejas para el devenir del desarrollo social según se entienden los problemas sociales. Modos de entender los problemas sociales que se contraponen tantas veces como se hacen ambiguos en la vida cotidiana de quienes participan del desarrollo social. Pero también según definan manejarlos, gobernarlos, y no precisamente desde “un solo lado”. Mercede ya sabe qué permite financiar tal y cual programa, sabe qué acciones llevar adelante, qué interlocutores son “clave” en una y otra ocasión; las prioridades ya las ha fijado en/con e independientemente de la acción del MDS. Sus capitales juegan en este campo del mismo modo que los de los representantes del gobierno digamos, por eso entendemos que las disputas respecto de lo público, se expresan tanto en la obra que todos recorreremos, en tanto vulnera los parámetros del proyecto productivo que “le pensó” el programa/MDS, cuanto en sus mediaciones con nosotros, los técnicos allí, está claro.

Es precisamente la labor conocida y afirmada en la carta, como modo de verbalización de la necesidad y el deseo, la que por un lado y en sus huellas, abre paso – habilita el formulario- cuando entra el programa; y es, por otro lado, la alternativa de su existencia, su posibilidad, un nexo con el discurso oficial desde una herramienta que no cumple los requisitos -de la *expertise* atenta a los procedimientos- para constituir lo público, pero que termina haciéndose tal. Tan “instrumento” cual el formulario, en toda la formalidad trasnacional que el orden del desarrollo ha dictado.

La carta animada en la escritura ajena, es “profesionalmente llevada” a las categorías del “formulario de la política” para garantizar la atención y la respuesta material de los políticos en el gobierno; pero cuando eso sucede, su contestación vulnera políticas públicas de su gestión, construyendo un desdoblamiento -o multiplicidad- de lo público de la política social.

Un desdoblamiento que también afecta al gestor técnico, tanto cuando la informa en su redacción, cuanto cuando lo hace en su respuesta para los políticos gobernando.

Con la carta “asistida” en el “saber técnico del MDS”, no sólo para la reverencia, lenguaje o contenido esperado, sino para precisar lo que el FOPAR en su operatoria regulada habilita e inhibe, se pone en juego un accionar que patentiza una doble delegación para el técnico que acá juega las herramientas de su conocimiento profesional institucionalizado en el programa para, por una parte: representar al estado en su intervención pública, y por otra: manifestar el deseo del comedor-comunidad de referencia que ha capitalizado y reconocemos en Merce cual portavoz, plena potentia agendi (Bourdieu, 2005).

El deseo-necesidad no queda librado a lo que la gente en el comedor pueda hacer “por afuera” de las ceremonias regladas, apelando a sus capacidades y medios suficientemente vastos en este caso; sino que interactúa en un juego que sólo tiene lugar allí, cual discurso privado - reservado de la oficialidad-, pero sustanciosamente atravesado y atravesando, el discurso público oficial (Scott, ob.cit), participando activamente en la construcción de los límites de lo público. La historia objetivada es habitada por los agentes cuyos habitus resultan “estatalmente razonables y libres” en las luchas del campo.

La obra material; paredes, techos, pisos, ventanas, muestran en el relato de Merce que su capacidad de enunciación política se entronca en el ethos de su cotidianeidad en y desde el comedor como actitud y significado en su vida. Con su obra toda, en su experiencia, en un trayecto que en “lo social” ella enuncia desde el convento, cuando el Obispo la autorizara a salir a trabajar y compartiera los días de su juventud con otros trabajadores en el frigorífico.

Nosotros, los técnicos nos metemos material y simbólicamente en el comedor, y en la obra, en la panadería también; y en el mismo acto entramos en complicidad con su hacer y entonces con “el mangazo”, ya profesionalmente avalado y especulado. Y el sentido práctico habita y evita las instituciones y las normas, en una lógica que plantea la dialéctica entre aquel sentido y el objetivo, donde cobran significado los distintos capitales. El ritual de la *visita* transita múltiples direccionalidades definidas y representadas por estos agentes en la contingencia que construye el margen de las astucias.

Cuando Ricardo avanza en la obra, contándonosla, ritualiza su estar en esa obra manifestando la propia para su propia jerarquía, la de su hacer en el programa. Del mismo modo, cuando

avanza “haciéndolo todo” él mismo, también avanza sobre la gente y sus capacidades; desconociendo tal vez que el hacer del comedor de Merce es mucho más que su propio hacer del *seguimiento* y la ejecución de los productivos, es decir el lugar en que él constituye el trabajo.

Podríamos concluir en que en tal caso, poco hace en pos de que los integrantes de las organizaciones se apropien de nuevos saberes, nuevas habilidades, para su labor diaria con las demandas institucionalizadas, cuando opta por un perfil tutorial que todo resuelve y que permanentemente juega en su queja alrededor de todo lo que le recarga su trabajo. Pero, ¿qué hace Merce entonces? Merce ha demostrado, en su densa trayectoria, una gran habilidad para tener mucha gente trabajando para su obra. Ese ritual de la visita muestra, cómo ella “los (nos) ha metido” en su trabajo y en su obra. Su trayectoria en el FOPAR con Ricardo -que *les resuelve*, como lo dice Caro no muy convencida de la contribución, nos advierte el modo en que activamente coproducimos el sentido del programa en el campo.

Asimismo, este tipo de tensiones, también nos ponen a considerar que es “el programa” subjetivado que “les resuelve”, el que participa de la extensión de múltiples acciones, nuevas obras del comedor en las comunidades de pertenencia. Por caso, la cuestión de la comida resuelta, permite ir ocupándose de otras problemáticas que de otro modo se desplazarían por la urgencia del hambre.

Cada vez que preguntamos a los fundadores de los comedores qué había pasado a partir de la llegada del FOPAR, si había habido algún cambio o para qué les había servido; las respuestas podrían generalizarse respecto de que la comida saldada permitió ocuparse de otras cuestiones o problemáticas, de otros deseos o necesidades; básicamente plasmados en nuevos proyectos para capacitaciones, juegos, deportes, salud, talleres/charlas varios, nuevos emprendimientos productivo-laborales.

Desde este punto de mira, las categorías de “la asistencia” o “la promoción” se quedan entre paréntesis. Tal vez Ricardo hasta sea más efectivo que más de un principio de la promoción al respecto, cuando adelante está Merce al menos. Sobre todo porque las condiciones sociales, políticas y económicas generales siguen siendo las mismas, y entonces saldar la urgencia del hambre, abre el paso para visibilizar y saldar otras deudas sociales a manos de Merce.

Probablemente Ricardo -y otros que como él, “les resuelven”-, se sorprenderían respecto de la eficacia de su labor en los términos que aquí advertimos; por su parte Caro probablemente negara positividad política de transformación a las consecuencias de ese accionar. Sin embargo, tal vez sea ese el momento en el que negamos agentividad política a Merce,

obviando su capacidad para hacer con un programa social lo que ella considere desde su plena potencia; en virtud de objetivos de los que no podríamos dar cuenta. De hecho la Marta de la costura y la huerta en su barrio, puede ser un emblema de esto mismo que acá procuramos pensar. Incluso expresión de otras obras, otros Ricardos tan efectivos como las perspectivas críticas de otras Caros.

O, ¿es que sólo los observadores de las políticas públicas sociales, los analistas especialistas, o los agentes del estado (o su multiplicidad de identidades) constituyen la única autoridad en capacidad de habilitar la disyunción asistencia-promoción?, ¿qué lugar tienen Merce o Marta en esas definiciones?, ¿No será que ya lo han definido y en esas líneas andamos? ¿Y si empezáramos a ver las otras líneas del mismo mapa?

La versión de la obra -concreto y símbolo- para Merce, es producto de una historia que se inscribe en ella monja en los '70 en la Argentina, entre los militantes de la época, épocas de pedagogías y teología de la liberación; de “liberación o dependencia”, de “centro y periferias”. Oposiciones, construcciones y resistencias que permanecen en prácticas como las de los comedores tal vez, en las obras que se desmarcan de lo estipulado hegemónicamente, en una especie de obra oculta –como discurso oculto del desarrollo- frente a la oficial, oficialmente expuesta.

Merce sabe del silencio, la muerte, el dolor, el exilio. Pertenece a esos grupos que permanentemente se ocupan de producir y transformar su mundo material y simbólico, a sabiendas de la acción de los sectores que desafían. “Tiene con qué” hacer una política social/oculta o anónima, junto, frente y con: una política social pública/abierta, la del gobierno.

La positividad de la política social/oculta, obra en Merce e involucra y define lo público de la oficial: una escucha atenta toma la palabra y se encarna táctica del técnico. La obra-construcción debe aunarse a la obra-trayectoria de la organización que ella lidera. Especie de ratificación del trayecto, efecto simbólico de duplicación cuando lo hecho, su obra, es la base donde fundar su pedido a las autoridades del gobierno para una nueva obra, para continuarla, estableciendo el juego al poner, exponer e incluso contraponer sus posiciones y capitales en el campo de intervención del gobierno allí.

Puede que la obra de Merce -el trayecto a relatar cual suma de logros-, tenga mucha más envergadura que la de *los comedores del FOPAR*, o el emprendimiento de los panificados que ya era con el viejo horno. Bien puede el discurso del relato, invertir la relación en la que la elite dominadora impresiona a los dominados, parafraseando a Scott (ob.cit), para exponérsele

potente; esto es, el anuncio del acervo en medio del agradecimiento reverencial que contiene la carta, ¿hasta qué punto no consiste más en la manifestación del poder construido, que la mera voluntad de aplicarlo, cuando la firmante es Merce? Porque ese acervo no sería “trayectoria” sin haberlo hecho posicionamiento en el campo. La carta sustancia el rito en el que la elite rectora consume su propia performance, sus máscaras pueden ser también sus trampas, dice Scott (ob.cit).

Esa obra no es un producto en sí, es una escena de la obra que ponen/ que se presenta allí, en esta comunidad a lo largo de los años. La obra juega en una estructura de acción que es al mismo tiempo estructura de pensamiento; símbolo que denota, describe, representa, ejemplifica, etiqueta, indica, evoca, dibuja o expresa, en definitiva: significa intersubjetivamente, es pública entonces.

El comedor es la obra y es escena de afirmación discursiva “desde abajo”, de lo que fuere que sea el desarrollo social entre nosotros, bien lejos de la representación unitaria de las cartografías oficiales para mirarlo desde arriba.

Esa obra es también de Ricardo, es su labor la que la ha apuntalado porque, justamente da cuenta de su trayecto laboral en el programa; y es el programa que él representa, no sólo Merce es portavoz, también él lo es; Caro allí lo ratifica, en la jerarquía de la delegación de esas voces autorizadas del estado.

Merce nos ha involucrado, por eso una contracara de la política social no termina de revelársele a la oficialidad mientras se hace y rehace en las convivencias múltiples que el comedor enlaza, obliga -en el FOPAR- a la política pública del desarrollo social.

Caro y su compañero, son la burocracia estatal como campo de fuerzas y luchas orientado a la manipulación de bienes públicos (Bourdieu, 2005), cuando en la administración de esos bienes, en sus especulaciones y tretas, también en la escucha atenta, mirando el mundo de Merce desde el comedor -más que la obra física-, afirman su capacidad de establecer incluso la construcción simbólica de aquello que sea significado como tal, lo público, en su manipulación misma.

Instituyendo la escena también, participan e hibridan en sus rutinas, tareas, nominaciones y sentencias del programa nacional en el que desenvuelven su accionar del desarrollo social, cuando median en una relación de poder que advierte sobre la desigualdad en la distribución

de capitales también para la enunciación política, y entonces la manipulación de los bienes no se reserva sólo a los profesionales cuando ellos asumen la doble mediación. La norma puede que exija que los agentes sacrifiquen sus intereses, “el agente se debe enteramente a su función” dice Bourdieu (1997; 125); no obstante la definición misma de las obligaciones de su función, tensa y despliega los intereses públicos y propios en múltiples intereses cuando media el comedor, redefiniendo –en ese espacio- también lo público, el principio de visión y división está en juego.

Estos grupos construyen su experiencia del desarrollo social en tanto actualización permanente y sistemática de un poder simbólico, propio y garante de la reproducción de un orden social, que es en ese mismo acto, la recreación de un rito que se actualiza no sólo en sus contenidos y en la forma de sus comportamientos, sino en los principios que sostienen sus esquemas de acción. La dramaturgia del poder está instalada en su funcionamiento.

El habitus del programa no garantiza solamente calcos, y los agentes simbólicos andando el territorio del FOPAR, en actos, constituyen los eufemismos prácticos que “homenajean” el orden del discurso al tiempo que lo desordenan. Por eso, este funcionariado bourdieuano, el “grupo universal” dominado por la norma oficial, seducido por las representaciones del estado gubernamentalizado apuesta en el campo relacional de su ejercicio territorial, el contenido mismo de lo que fuere que constituya el interés general.

La delegación, al tiempo que muestra, invisibiliza personas. Ricardo y Carola, que “representan al FOPAR en actos”, que ponen y reponen la obra del programa, revelan la lógica del funcionamiento social de la delegación en la complejidad del acontecimiento en tanto suceso interpretado, disponiendo -en las apropiaciones simbólicas- de un poder de creación para la política del desarrollo social, constituyendo una especie de línea de parapolítica en la dialéctica de la norma desmarcada. Cuando ponen el cuerpo encarnando el programa oficial, cuando su acto se hace una “obra otra” en su juego interpretativo, probablemente ya hayan desposeído al programa *de nación* de algún sentido pretendidamente instituirle a través de ellos, probablemente tanto como lo han poseído.

Cuando los programas se nombran cual personas, encubren personas concretas, reificando al estado y sus acciones. El FOPAR existe y sólo puede existir a través de estos portavoces, porque los objetivos de política pública son encarnados en ellos y redefinidos con ellos; en las escenas con Merce cual acontecimientos que protagonizan múltiples mediaciones y tensiones.

Escenas donde la “pericia técnica” juega un juego de poder con “el programa” reificado cual vocero del discurso oficializado del desarrollo; allí donde también batalla con la política de partidos que encarna el gobierno. Sin linealidades, “con favores” y “a favor” , “en contra” y “de contra” juegan sus gambetas; anuentes o cómplices, opositores o disidentes, clientes o negociadores, afirmadores o negadores, inclusive en las mixturas que puedan resultar de estas formas contrapuestas, entre principios y/o actores concretos; es aquella pericia operativa del hacer del estado, el capital en juego en un campo atravesado por múltiples lógicas, un espacio en que esa pericia se hibrida en las múltiples dimensiones, actores y capitales que andan allí constituyendo alguna especie de “subjetividad distinta del técnico”. Identidad múltiple construida en la lógica compleja que dice su posicionamiento cuando se expone como parte de un colectivo que juega sus saberes profesionales en el orden discursivo del FOPAR, desmarcándose. Construyendo la distancia del burócrata y del político, la identidad se labra en un hacer situado responsable, que tampoco es científico -no en el programa al menos-. En la relación problemática que se plantea entre conocimiento y política -entre saberes profesionales y personas de la política-, ya no estamos tan seguros de la sólida plataforma que plantaba a estos últimos pretendiendo fines, mientras que los de los saberes especializados les diseñaran y depuraran medios. Esa representación dominante de la relación entre conocimiento y política, constituye en sí misma una imposición clara del lugar asignado al conocimiento en la producción de lo social; así mientras lo esencializa cancela personas, desplaza la producción humana que el conocimiento implica. No es sino una configuración del saber -y del orden del saber- para disciplinar acciones, las que este devenir implica en las miles de fugas de las contingencias.

Estos actores de la política social portan “los saberes de desarrollo”, en el MDS, el ministerio de la política social, la más “popular” de las políticas públicas en tiempos de políticos y campañas electorales. Independientemente de nuestras consideraciones al respecto, que no aportarían aquí, es un dato de la realidad que es este el ámbito del gobierno nacional que más se expone en esas circunstancias. Punto que señalamos procurando exponer otras pistas de la pluralidad de dimensiones que suman a la constitución de esta identidad múltiple en la que se constituyen las Carolas, los Ricardos que andan tejiendo tiempos en estas políticas como las Mercedes en el comedor, como las Martas en la huerta.

Por eso, estos saberes de estos sujetos atraviesan el campo con la complejidad del campo, ni técnicos ni políticos, son saberes que saben de las amalgamas y las diferencias. Manejan el

mapa de la asistencia, conocen las políticas públicas vigentes; cuentan la información acerca de los modos de ganar y “construir el campo de los programas” que -llegan a municipios y barrios incluso- para hacerse “desde nación”; asumen la relevancia de los vínculos con los líderes y representantes de las comunidades en cada territorio sobre el que interviene *nación*; consideran atentamente el menú de los políticos y sus trayectos político-partidarios vigentes, mantienen distancias, estrechan lazos; cruzan las noticias en los diarios con discursos de jefes políticos, hasta anticipan algunos escenarios en el territorio ...

Así, construyen una identidad y un saber propio. Rostro de un saber que no agota en la especificación de burócratas, o técnicos, y para el que tampoco nos convence la amalgama de las dualidades (tecnoburócratas), procurando clasificar su dimensión; entendemos que es un saber diferente que se construye en la cotidianeidad de un objeto muy particular surcado por múltiples lógicas y actores, escenas y devenires de contingencias múltiples.

Estos actores fundan y pertenecen a un acontecimiento historizante de la burocracia estatal, espacio de actores así especializados, que los pone allí en el programa, en el comedor, ritualizando más versiones del lugar de los sujetos del desarrollo, visibilizando sus diferencias, sus divisiones y tensiones respecto de los sentidos de las prácticas en el programa. Ciertamente la trascendencia del desarrollo parece inmutable para todos, pero el poder no es exterior a la producción. Constituyendo pensamientos, sentimientos, valores en ese colectivo; expresan la comunidad en las disposiciones existentes, no sólo por la imposición que realiza el estado en esta instancia constituida por los actores trabajando en un programa social, bajo unas autoridades de gobierno, en una estructura burocrática; sino reconociendo el mandato de la comunidad imaginada de referencia de estos sujetos ya desde el espacio de la formación de estos profesionales, en la complejidad que entrama este horizonte estatal de subjetivación.

La lógica para la comunidad profesional se ajusta más al cumplimiento de la norma estando en regla, que a respetarla a pie juntillas; práctica que continúa en el modo en que estos sujetos lo juegan en el campo de ejecución de esta política gubernamental, tejida con sus interlocutores del comedor y las organizaciones, entre espacios rígidos y ambiguos, entre delegaciones y “gambetas”; entre los centros y los márgenes; donde la hipocresía cotidiana honra el cumplimiento de las normas.

El programa en acto es pues, tan factor de cohesión como espacio de expresión de las tensiones alrededor de la representación del desarrollo: “De las situaciones culturales híbridas y minoritarias pueden surgir otras formas de construir la economía, de asumir las necesidades

básicas, de conformarse como grupos sociales. La mayor promesa política de las culturas minoritarias es su potencial para resistir y subvertir los axiomas del capitalismo y la modernidad en su forma hegemónica” (Escobar, 1998: 421). En el deseo y las necesidades concretas -que excediendo el programa se expresan en la obra física- se activa una construcción propia, se afirman decisiones cual ejercicio de un poder que se independiza de significados establecidos en un marco único y reescriben el programa. La forma y contenido de una acción política son en y con el modo de existencia material, ¿podremos reconocerlo para todos los sujetos aquí?

El mundo de representaciones que apela a lo cotidiano, cotidianiza también la irrefutabilidad de estos discursos del desarrollo como formación discursiva y régimen de representación, aún asentándose en sus conceptos rectores para -con la misma representación- excederlos. ¿Cuáles son los modos de articulación de representaciones propias del progreso – en términos de mejoras en la calidad de vida- que construyen los sujetos que interactúan en el devenir de los programas, en torno de lo que oficialmente se ha dado en llamar *desarrollo social*?

El concepto de invención del desarrollo de Arturo Escobar, permite situarnos en una racionalidad que define y ordena el mundo y las vidas, especie de teodicea expresando un etnocentrismo consustancial a estos programas. La expansión de los discursos del desarrollo social, asiste a un plafón de anclaje en el universo simbólico de estos actores que interactúan allí, entre obras, construyendo más que señales de resistencia, que bien podrían estimarse y construirse cual parapolítica pública que da cuenta de un modo particular de dirigir la voluntad general, si es que aceptamos que aquello que define la política pública oficial supone portarla.

Una política social delegada en unos “sujetos técnicos” –encaminada según contenidos orientados por “el estado con *el banco*”-, se transforma en herramienta de los actores a los que se les destina, para satisfacer sus propios intereses y valores, aún al amparo del evangelio oficializado para el desarrollo social, de la gran “estrategia anónima” del biopoder.

¿Cuál es el significado activo de “esta política pública hecha” en la configuración del orden social?

Las relaciones de poder; disciplinas y procedimientos de normalización ejercidos en nombre de la razón de estado, han sido incubadas dentro del discurso y tecnología del desarrollo, suficientemente estructurado subjetivamente como exigencia social, habitus de los actores allí.

El “FOPAR hecho” aparece en los actores con una peculiar racionalidad -organizando una manera particular de hacer ahí-, manifestando pliegues de libertad que cuando actúan vuelven a fortalecer tanto los sentidos de las normas, cuanto del juego con las normas de estas políticas públicas, para todos los actores que involucra en su entidad relacional. Las vertientes tecnológica y estratégica que estudió Foucault (1991) llaman la atención sobre nuestra constitución subjetiva cuando la cuestión del control sobre las cosas se entrama en mediaciones; las cosas de este hacer situado, implican relaciones de acción sobre los otros, que a la vez nos interpelan sujetos de nuestras acciones. Las nuevas institucionalidades surgen de la producción política dada a estas políticas en sistemas prácticos, e impactan en nuevas formas de subjetividad tejiendo estas políticas. No sólo Ricardo o Caro habitan esta institucionalidad generativa del hacer situado, Merce también juega el juego de la infinita productividad de la institucionalidad de estas políticas, lo cual abre una infinita autoría para estos actos de todos jugando reglas. No es “lo del estado” en los comedores, no es “lo de los comedores” en el programa, es la mediación significativa del diálogo permanente de estos dos planos el espacio social cuya positividad se construye y extiende permanentemente.

Las relaciones de saber y poder se concretan en personas y obras humanas, el acontecimiento de racionalidad para esta política pública -o sus nuevas líneas para redefinirla en cada coyuntura-, expresa tanto la circulación del saber cuanto de los márgenes de libertad, al tiempo que inaugura -en cada suceso interpretado- la fluidez de la relación. El poder circula movilizand o otras relaciones entre saber y poder.

Esta especie de parapolítica pública redefine el camino de la voluntad oficializada a partir de estos actos concretos que se dan en una cotidianeidad múltiple desplegada en el *programa de nación*, a partir de una manipulación legítima a modo de “apropiación privada del poder público, el ejercicio privado de ese poder” (Bourdieu, 2005; pp. 59).

Capítulo 2.

Consultoría entre los pobres.

El emperador (...) reta a Marco Polo a descubrir las ciudades que él imagina en palacio. Y Marco Polo las conoce, las ha visto, las ha extraído tanto de sus temores como de sus deseos.
Daniel Múgica.

1º parte

Consultores y lecciones

Los programas de desarrollo tienen inicios y finales pautados. Por eso, el *cierre* del FOPAR – otrora pautado para diciembre de 2002- se produce a fin de año, finalmente no hay más *extensiones (al convenio de préstamo)* ha decidido el Banco Mundial. Desde su reformulación -cuando se hizo alimentario por diez meses-, se han sucedido varias, la primera fue a fines del mismo 2002, la última cancela cerrando este 2005.

En este final, el *banco* demanda *armar el informe de cierre*, allí hay un ítem que refiere las *lecciones aprendidas*, quedo involucrada en la labor que implica, sin saber demasiado qué hacer al respecto. Nadie sabe o nos dice qué son *las lecciones*; indagamos, buscamos, no encontramos demasiadas precisiones. Por esos días hallamos algún párrafo, unos pocos renglones que sólo dan cuenta de recetas a futuro -en informes de otros programas de financiamiento internacional también-, pero que no explican el proceso a partir del cual se prescribe. Buscamos por otros ámbitos institucionales, mientras procuramos material en el FOPAR; finalmente accedemos a lo que uno de los compañeros del área que siempre escribe los informes *para afuera*, me pasa como data. Este encargado de los informes para el banco, la cancillería, la legislatura y otros organismos semejantes, nos pasa un informe de *Lecciones aprendidas 2002-2003*, así lo llamó Augusto cuando nos dijo que en ese material había dado cuenta de *los cambios en los procedimientos de presentación y evaluación de proyectos, la necesidad de implementar acciones de fortalecimiento de las organizaciones y asistencia técnica, así como de la implementación de líneas de acción complementarias a los Proyectos.*

Tenemos las indicaciones de la coordinación del programa compuestas por las expectativas propias –las que impactan en el programa-, y las demandas *del banco*, para eso nos han pasado la guía para organizar dicho documento, constituida en la *Pauta para el informe de cierre del componente FOPAR (PRODESO)*. Allí encontramos las *Lecciones y riesgos*, con las especificaciones que abundan en sus componentes que indican para ese apartado que: *debe incluir una discusión de las lecciones (positivas y negativas)* que surgieron de la *ejecución del*

proyecto, indicando cómo influenciaron el desarrollo futuro de actividades relacionadas con él. Si es pertinente, también incluir lecciones que pudieran influir en otros programas/proyectos similares en la Argentina. Tal el imperativo que ha dejado la última *misión* donde se ultimaron -entre otros temas- los detalles del *cierre*. Es que las misiones del banco comportan un fuerte contenido normativo y prescriptivo para la labor de sus programas, comportamiento que deviene naturalizado en la institucionalidad del progreso, desde aquella primera misión que en 1949, se instalara en Colombia para formular un programa de desarrollo para el país.

Tengo el prototipo de la guía, los plazos, un equipo seleccionado que explicito ante el coordinador del programa. Él nos ha hablado de *lecciones aprendidas*, tal ha sido el modo en que le han nombrado la labor *los del banco en la misión*. Finalmente, obtengo su aprobación para el trabajo en equipo, sumando voces le advierto, fundamentándolo en su valor para justificar aprendizajes colectivos.

Con todo, el próximo paso consistiría en una reunión con ese primer equipo, que llamé “grupo chico”. Allí está el grupo reunido, los he elegido llevándome por afectos, intuiciones, desafíos y “vicios profesionales”, así como por los criterios que he considerado a partir de la tarea demandada por la coordinación.

Está Fernando, con el que nunca cruzamos palabra, un “histórico del programa” en un área que otrora fuera la que estableciera más de una herramienta de *evaluación y seguimiento*, trabaja con otro “histórico” que aparentemente participó del diseño original del FOPAR. No lo hemos visto muy integrado a la tarea cotidiana del resto de sus compañeros que habitualmente cruzamos en los pasillos del ministerio; me animé a convocarlo bajo la excusa de su saber sobre todo el trayecto del programa.

También está Blanca, que estuvo a cargo del *seguimiento* de comedores en el *Aglomerado Buenos Aires, el AGBA*, y que ahora se desempeña como *responsable adjunta* -la “segunda” del *regional*- en una *región* aglutinante de provincias del norte. Con Blanca trabajamos otro tema del programa poco tiempo atrás, en una colaboración puntual que nos pidieran. Sus criterios me parecieron interesantes a la hora de juzgar un instrumento para llevar al comedor; sentido común, claridad respecto de los sujetos del otro lado pensé. Si ayudó antes, ayudaría ahora.

Contamos con Victoria, la más joven, recientemente incorporada a las tareas de seguimiento aportaría en la mirada. La veo tratando de trabajar responsablemente; se ha hecho cargo rápidamente del ordenamiento de unos municipios *-su zona entonces-* con mucha

problemática en el programa, a guisa del escaso o malogrado trabajo en el *seguimiento* de quien la antecedió -según sus sutiles evaluaciones por esos días-.

Está Rolando, *responsable regional* -a cargo de la coordinación de un grupo de provincias de escasa problemática en la ejecución- que para el momento de estas *lecciones* ha sumado un aglomerado cuya conflictiva se asemeja al *Agglomerado Buenos Aires, el AGBA*. Es un tipo atento, cordial, permanentemente aporta cuando le abren posibilidad, presenta sus iniciativas también, conoce cada una de las modalidades del programa, sabe de la lógica del conocimiento técnico requerido por *el banco*. Ha trabajado con el coordinador del FOPAR y también con Ricardo (el compañero de Carola en el comedor de Merce) en otro programa con este tipo de financiamiento a otra escala, en otro ministerio en los '90.

Dado que íbamos a abordar “las cuentas”, está Leo, un administrador de empresas que hemos visto trabajar en una de las *oficinas territoriales* del FOPAR (*OTF*), proponiendo, ocupándose de los detalles, inquieto y empeinado en asegurar el funcionamiento transparente de los comedores. Leo, encargado de la auditoría contable, *no es del FOPAR*, porque ese control del programa lo cumple otra área del MDS, a esa dependencia pertenece Leo, aunque su ámbito físico de trabajo esté en el mismo piso del FOPAR y a cuatro de su área.

El programa supo tener un área denominada *ALEFO*, es decir el *área legal y de fortalecimiento*, en la que predominaban los abogados y contaban una trabajadora social y una pedagoga. La disolución del *ALEFO* diseminó al personal por *las regiones*, de aquella partida resultó que Susana quedara a cargo de las cuestiones legales en una de aquellas. La he visto trabajar ocupándose de mostrar que piensa con sus criterios profesionales, pero procurando compartir un lenguaje con los responsables del *seguimiento*. Pensé que el diálogo del “grupo chico” debía sumar a un abogado y entonces a Susana, en virtud de esa modalidad de interacción con otros profesionales del programa.

Finalmente el grupo cuenta a Carola, la “jefa” de Ricardo en el comedor que visitamos en el capítulo anterior. Con Caro nos conocimos trabajando hace tiempo, nos entendemos, reconocemos nuestros criterios de trabajo con la gente en los comedores por caso; tenemos nuestros encuentros y diferencias también; valoro su juicio profesional para la labor que nos ha encontrado en este tipo de políticas públicas.

El coordinador del programa capitanea la reunión, tiene a cargo explicar y enfocar más formal el *informe de cierre*, cuenta que estoy a cargo de su organización y que escribiré *las lecciones*,

les presenta la situación con las demandas que *el banco* dejó en la última *misión*, comenta que *el banco hará uno en paralelo*.

Entra en tema cuando abandona esas cuestiones para detenerse en cada presencia allí, halagarlos un poco. Algunos agradecimientos con gestos, sonrisas, unas pocas palabras abrieron sin más detenimiento su explicación. Alude entonces a las lecciones como *buenas prácticas* -refiere allí que es un programa que ha tenido transformaciones en su devenir- y que ahora se trata de rescatarlas puesto que el *informe* tiene como objeto todo el programa, que *hablamos del MDS y de las organizaciones, también*. Roque se ha hecho cargo del programa en 2002, luego de haberse reformulado y tras haber sido seleccionado en articulación político institucional con el mismo *banco* digamos; porque coordinar un programa *del banco mundial* tal el posesivo, implica una carrera profesional que incluye la aprobación de la designación en Washington, es decir sus antecedentes deben cumplir los términos que el banco define.

Comienza el diálogo cuando Leo dice que *ahora las organizaciones manejan los recursos*, lo diferencia en el tiempo, para describir una carencia anulada, un producto del programa. Algunos chistes surgen a partir de allí, refieren los problemas que justamente ha conllevado ese manejo por las organizaciones, comentan lo que eso ha significado: Leo habla en términos de *crecimiento* e intervengo para poner a consideración si ese manejo es necesariamente un valor, pretendiendo complejizar su observación le ofrecemos otro tipo de experiencia no tan fácil de leer en clave de crecimiento. Desde allí paso revista a los problemas que ocasiona tal manejo en *las organizaciones más de base* -con menor grado de formalidad y profesionalización-, las que históricamente se las han arreglado con poco capital económico pero con mucho de sus estrategias para conseguirlo. *Cuando aparece la guita empiezan los problemas* dice alguien, y Susana da cuenta de que eso ha sido en más de una oportunidad la habilitación para la intervención legal, la *del ALEFO*.

Procurando retomar, Roque coordina precisiones respecto del trabajo que empezamos. Nos da una señal clara cuando afirma que a lo largo del FOPAR *los objetivos no cambiaron, cambiaron las prestaciones*. Rotundamente define que eso habrá que decirlo en el informe, que es una especie de línea a seguir. Debe ser dicho y así, parte de la pauta no escrita pero suficientemente explícita por *la misión* confirmaríamos luego. Detenerse en esa orientación le permite explayarse para considerar que a pesar de las demandas *del banco*, *tenemos que manejarnos con la verdad, tal vez eufemismos sí*.

Pido que caractericemos el enfoque del trabajo que pretendemos, es que la modalidad del “equipo” -para un informe para *el banco*- es una novedad en el programa. Roque caracteriza el FOPAR en sus etapas, lo cual incorpora los diferentes tipos de proyectos manejados, los alimentarios y los otros. Habla de los logros, pero también de la necesidad de dar cuenta de los problemas que han surgido, de los modos en que se han resuelto, y de cómo eso muestra los aprendizajes. Agrega que si hay algo para caracterizar como *propio* es *la relación con las organizaciones*, hace hincapié en que eso es una peculiaridad del programa, que no hay una experiencia semejante a nivel nacional y deberemos rescatarlo en las *lecciones*. Los demás asienten con gestos y algunas opiniones que reflexionan sumando. Se anima y entonces explica que es una oportunidad para asistir en el diseño en marcha, *tenemos la posibilidad de tomar en cuenta las proposiciones que surjan del informe de las lecciones, al revés de lo que nos ha pasado con el programa que vino escrito, ahora podemos poner las cosas que creamos necesarias, útiles, para mejorar la gestión a futuro...*

Alude al diseño de un *nuevo proyecto* que dará continuidad al trabajo con comedores, un proyecto que reemplazará al FOPAR.

Una semana después nos reunimos con el equipo chico para empezar. En principio hacemos una especie de recapitulación de cuestiones que estimamos no debíamos olvidar en nuestro abordaje del trabajo. Hablo de los dos grandes momentos que se pueden marcar en el programa, dos contextos de surgimiento de uno y otro, probablemente dos programas bajo una misma nominación. Las circunstancias críticas del segundo FOPAR nos detienen, hablamos del modo en que veía la luz el año 2002 y nos vamos por las ramas, tal como pasa en estos casos.

Tratando de retomar, traigo las palabras de Roque acerca de la calidad de este informe, muy resuelta doy por sentado que nadie quiere el trabajo hecho por otros para que termine siendo *el lecciones del programa*, puesto que todos menospreciamos o despreciamos esos informes que nos ponen bajo un falso colectivo. Algunos asienten, otros quedan mirándome. Avanzo diciendo que en tal caso, lo que el grupo hará es tratar de definir dimensiones a abordar y cómo construirlo colectivamente, procurando integrar perspectivas, y ello incluye también a la gente de los comedores.

Las dos patas del programa son rendición de cuentas y seguimiento: en eso nos tenemos que apoyar, dijo alguien y acordaron tras un largo debate que no terminó por definir el *fortalecimiento institucional*, otra dimensión importante del programa.

Rendiciones y seguimiento: comedores a examen

Los comedores deben rendir cuentas por el aporte dinerario que reciben mensualmente del FOPAR, eso habilita el círculo de desembolsos que garantiza la continuidad de la prestación, es decir la comida del mes próximo. Las *rendiciones* aparecen cual un procedimiento concreto en el que se trata con boletas y observaciones respecto de los gastos, con controles varios. *No me gusta que me tomen por boludo* dice Leo y rápidamente se explaya al modo en que mira en las *auditorías*: refiere las facturas, la forma en que desde allí advierten fallas y dificultades, por ejemplo cuando notó que había comedores en los que todo *el desembolso lo gastaban* [comprando] *en un mismo proveedor*, o cuando se enteró que algunos *comedores habían sido amenazados* para comprar en un único y determinado comercio.

Inexorablemente terminamos conversando sobre situaciones que emplazan a las personas de los comedores con cuestiones que funcionan tanto cual amenazas o prebendas, como los tipos de servicios a los que acceden en sus comunidades, las necesidades tras sus urgencias, los que las responden. Sabemos por ejemplo, que *para algunos comedores* no ha sido fácil conseguir los presupuestos para las compras que financia el programa; de manera que en muchos casos la compra estableció una especie de devolución de favores para aquellos comerciantes que se los facilitaron en sus barrios, cuando los grandes comercios se los negaron.

Si la rendición de cuentas está en orden, el desembolso es inmediato: procede una transferencia a la cuenta de la ONG representante -responsable ante el programa-, que nuevamente cuenta con el dinero para solventar los gastos del mes en el comedor. No pocas veces el desembolso mensual no llegó a tiempo y la situación los puso a comprar al fiado, de manera que ello también implicó un nexo particular con esos comerciantes que les diferían los pagos. El retraso de los desembolsos, no necesariamente define actos ilícitos en las organizaciones o torpezas burocráticas en el ministerio, aunque de todo un poco haya habido deteniendo ese circuito.

Desde allí, Leo y Rolando se enlazan en un diálogo que refiere problemas puntuales así como proyecciones, sus propuestas en borradores interminables tratando de constituir renovados mecanismos, tanto para aportar a esas relaciones de la gente con los presupuestos, cuanto para el control de las compras y las cuentas.

Hablar de la tarea de *seguimiento* en el programa es hablar de la *visita* a los comedores básicamente. Ello demanda una serie de actividades que, en principio, se vinculan directamente con el control del cumplimiento de *la prestación alimentaria*: almuerzos,

meriendas y cenas. Hay *regiones* en las que se les ha ido de las manos la posibilidad de hacer otra cosa, demasiados comedores tiene cada uno de los *consultores* que sólo cumplen con el *seguimiento de los términos del convenio*, eso equivale a que controlan que esté aquello pautado en ese instrumento del programa, nos explica el *regional: controlar cantidad de gente, la calidad de la comida... ese era el control posible*. Ensayando sintetizar mi comprensión, pregunté si el programa se estructuraba en “dar y controlar”, Osvaldo rió a carcajadas para recordar a Foucault y titular acá: *Ese es el título, es verdad: dar y controlar*, y se quedó pensando. Pretendiendo el tiempo, pregunté: ¿al principio era así? Aún sonreía cuando contestó afirmativamente. ¿Después se transformó eso? - *No, seguimos así: seguimos en dar y controlar*.

En nuestra entrevista, finalizado ya el FOPAR, no pude sino interesarme en este aspecto. Él hizo hincapié en la centralidad del *control en el programa, una centralidad que cansa...* tras una pausa preguntó *¿cuál es el horizonte del control?* Reinquirí ansiosa a Osvaldo en su pregunta, ya cuando creí que no me la daría -o que simplemente no la tuviera-, ostentando una sonrisa en clave de ironía y resignación, dijo: *mirar mañana lo mismo para ver que se haga bien y después...pero el horizonte del laburo de un consultor cuando solamente controlás... ¡Ahí! eso es; mañana lo mismo, pasado lo mismo*, dijo repentinamente, como reencontrándose con su pregunta.

Las reuniones de trabajo con varios de los *consultores*, responsables de la tarea del *seguimiento* en el aglomerado con la mitad de los comedores del FOPAR en el país, nos ofrecen un panorama en el que el *convenio* se constituye cual marco general que define y delimita los términos de su labor. Con bronca o resignación lo dicen, la ratio *comedores-consultores* en la Capital y el Conurbano Bonaerense se erige en justificación obvia de que el *seguimiento* se estructure en el control. El grupo de profesionales *del AGBA*, tomó la palabra, para ratificar que *la carga laboral hace que caigas en el control, el tiempo y el tipo de trabajo no nos deja profundizar*, decía la relatoría de su reunión de trabajo. Por encima de las voces líderes en la reunión que los convocara, alguna otra más tímida supo interrumpir: *eso es sólo una parte* dijo. Victoria me lo había confirmado: a pesar de la disconformidad por el trabajo planteado en el taller para las *lecciones*, el debate estuvo y surgieron propuestas que aludieron a la posibilidad de *trabajar más en el acompañamiento; pensar en dinámicas del comedor; articular con centros de salud, escuelas*.

Deteniéndose a explicar, diferenciaron *un comedor con trayectoria*, de los otros que se constituyeron tales solamente para presentarse ante el programa; *te ayuda que el comedor sea una actividad más de la organización*.

Ahí surgió la cercanía o la distancia respecto de la homologación *comedor / comedero* que ya les había escuchado en otra circunstancia. En este caso, refiriéndolo al comedor que registra un *lugar de paso, comer y nada más*. Cuestión que rescataron tanto desde la realización de más actividades además de comer, pero también desde el modo de relacionarse que advierten entre las personas a cargo y los comensales, los chicos particularmente. Porque no todas las organizaciones están en condición de poder hacer más que eso de dar de comer, una relación que *vos notás yendo a visitar*. Visita que les permite afirmar el silencio del comedor, *la gente no habla en el comedor*; para refrendarlo en sus sensaciones, cuando el relato se aflige porque es *llegar y ver esa cosa muy para adentro*, contrastando con la alegría de verlos en alguna actividad de juego.

Fue en la reunión de la que participé con el coordinador general y los *regionales*, donde también estuvo presente la cuestión *comedor/ comedero* entre sus voces. Fue cuando hablaban de la relación *del programa con el estado*, una de las dimensiones que abordábamos con las *lecciones*. Tratando de caracterizar, aludieron al nivel municipal refiriendo *presiones y curros* varios, lo cual contrapusieron a su *evaluación técnica*. Mirar esto o aquello, cuantificar algo en desmedro de otra cuestión, calificar alguna situación en el comedor, evidenció variadas posiciones respecto de aquello que la constituyera tal. Fue ahí cuando comenzó la discusión y entonces alguien emplazó la diferenciación *comedor/comedero*. Lo que fuera esa evaluación determinaría conceptualizar *el comedor en sí*, dijo una de las *adjuntas*, y vio la necesidad de hacerlo dando cuenta de diferentes tiempos históricos, *porque hay diferentes sentidos* dijo, exponiendo su experiencia en programas alimentarios. Nadie le contestó, no se detuvieron en el concepto que confrontaba al comedor o al comedero -que ella oponía dicotómicos- con la *evaluación técnica*. Sus críticas constantes al programa, que me ofreciera un tercero, consistían básicamente en que allí se fortalecía más la estructura de *punteros*¹⁵ que a *las organizaciones*, explicitando su convicción respecto de *aprovecharse de la gente*.

¹⁵ Entendemos aquí la referencia peyorativa para los mediadores político-partidarios más próximos a las personas que solicitan alguna de las prestaciones que los programas sociales ofrecen en sus comunidades barriales. Sin embargo, alejándonos de tales valoraciones, los conceptualizamos como aquellos que habitualmente concretan el acercamiento entre “los políticos” –en el gobierno o no-, y “la gente” en el barrio, independientemente del tiempo de la política electoral que diera origen a la nominación que reciben.

De manera que ni la *evaluación técnica* garantizaba demasiado, por encima de esa estructura “punteril” que ella -igual que muchos- veía en el territorio del comedor. El *comedor* o el *comedero* ¿cambiaban la percepción acerca de la posibilidad de aprovecharse o no de la gente? La presencia técnico-profesional ejercida en el *seguimiento*, ¿incidía o no sobre la política partidaria cercana al comedor?

Otro de los *regionales* respondiendo a una demanda que surgiera de esa reunión –y siempre en pos del informe en ciernes-, apuntó en un correo electrónico: *vengo realizando tareas de seguimiento desde hace casi 8 años en el programa y más allá de las diferencias que puedan existir entre las dos etapas, en lo básico son lo mismo, hay un subsidio entregado a una organización y nosotros debemos acompañar y controlar para que el mismo sea utilizado en lo previsto. Dentro de esta tarea queda implícito todo lo que implica el control pero asimismo el seguimiento y acompañamiento de las organizaciones para que, en primer lugar puedan llevar adelante el proyecto, pero también para hacerlas crecer en su organización y en sus capacidades.*

Un bosquejo claro el de Juan nos manda a los inicios del programa; pero si de experimentados se trata, tendremos que irnos al norte, que allí empezó el FOPAR. En una de esas *oficinas territoriales*, recogí consideraciones respecto de *la supervisión* para las dos etapas del programa. *Bien pautada* la valoraron, cuando refirieron la existencia de instrumentos para cada acción, una *supervisión* que *ayuda al programa y a la gente*. El *seguimiento*, se asimila también a *pedir las cosas*, desde menús hasta planillas de asistencia, la *visita* tiene en cuenta lo normado programáticamente. Sin embargo, ni control ni sanción, su intervención en los comedores es identificada cual *una explicación* en pos de la solución a los problemas. En sus *visitas: ya van trabajando, por ejemplo sobre el valor de planificar.*

Cierto quebranto da cuenta del perfil de los informes, y entonces de *mirar otras cosas*, aunque no se consignen allí; *cosas que al programa no le interesan* juzgaron.

Ciertamente, coinciden en que el *acompañamiento* es necesario puesto que -saldada la cuestión alimentaria- propician *espacios de fortalecimiento* para aspectos que van relevando necesarios tales como capacitar en *nutrición*; o *administrativos*. Necesidad que -a juicio de estos interlocutores en el norte-, surge porque las organizaciones responsables se desentienden de los comedores. Reconocen que generalmente las redes político partidarias, no priorizan trabajar en la optimización del uso de los recursos ya fueren las compras o los menús, así son ellos quienes deben hacerse cargo y lograr que aquellos se involucren o bien, terminar por

enmendar problemas que los responsables de las organizaciones generan. En muchas oportunidades, no sólo en este aglomerado vale consignarlo, han visto que los representantes de la ONG –cuando tienen varios comedores presentados en el mismo proyecto-, pueden favorecer a unos en desmedro de otros, e incluso hasta omitirlos, respecto de la distribución de los recursos. Desde la oficina territorial, debieron -por ejemplo- asesorar para *armar comisiones rendidoras de cuentas*, tratando de garantizar *-de alguna manera-*, la equidad de la distribución de los alimentos comprados con el subsidio.

Sin embargo, los integrantes de este equipo territorial registran *otro tipo de redes* de organizaciones, además de las político-partidarias, cuya estructura puede tenerse como más doméstica, con las que se reúnen mensualmente para abordar temas relacionados con las actividades de los comedores. Instancias a las que suman otras ONG que se corresponden directamente con el comedor (son el comedor); lo cual implica, las de menor complejidad organizacional.

En el FOPAR de los inicios¹⁶, muchos grupos se armaron ad hoc, es decir para obtener el apoyo financiero del programa, pero eso no dio resultados exitosos convinieron en su experiencia. De hecho existía *una etapa de promoción* en la que ellos mismos trabajaron, aportando a esas constituciones grupales que avalaban la formulación y presentación de proyectos. Reivindicaron entonces la necesidad de trabajar con grupos cuya trayectoria permita ciertas condiciones básicas para la obtención de resultados, mientras aseguraron que *un buen seguimiento* allí -aludiendo a su regularidad-, genera condiciones de *autogestión*. *Los beneficiarios valoran la rendición de cuentas, se hacen de conocimientos, asumen responsabilidades*, nuestros interlocutores dieron cuenta de que esos saberes son los que *les sirven* para hacer frente a las usuales relaciones *clientelares*.

Las organizaciones confían mucho en el programa: son ellos, los que han generado vínculos de confianza, resoluciones inmediatas. Representando la voz de los políticos locales dicen que aquellos decían: *<con el FOPAR no nos tenemos que meter>*. Es la *oficina territorial* la que ordena el ciclo en el que *la gente cumple, la oficina cumple*, el programa -el MDS- cumple. Hay *respeto por el programa*, puesto que la gente de los comedores, de las organizaciones, confía en que si está en orden el ciclo seguirá su senda, *es igual para todos*, ninguna decisión individual adversa -plantada en una conveniencia política- podría frenarlo. De alguna manera en el FOPAR se han podido resistir los embates políticos locales, mantener distancia de los

¹⁶ Volveremos sobre esto en el próximo capítulo.

niveles gubernamentales provinciales; el programa estuvo lejos de cualquier impronta política partidaria porque, según ellos, el estado nacional ofreció *garantías*. Por eso, dicen haberse mantenido *encapsulados*, carecer de dependencia política, una nota más de aquellas que registran defensorio de la confianza de la gente.

A todo esto, el número de comedores no es problema, un máximo de veinticinco proyectos puede resultar entre gracioso y poco respetable para una tarea que convive en el FOPAR con la del *AGBA*, donde la masividad de proyectos los puso en la necesidad de un hacer que muchos asimilan al mero control. Mientras los jefes *regionales del AGBA* completan refiriéndose a los instrumentos formulados para el *seguimiento*: demasiado extensos para aplicarse, por eso *cada uno hizo del seguimiento lo que pudo, lo que les parecía*. Cuando preguntamos sobre la demanda que se les impuso como responsables, la respuesta los mostró en la actividad puesto que, según sus palabras: *salieron a ver qué hacían, para armonizar instrumentos*; refiriendo los formularios ad hoc.

Aquella reunión de *regionales* permitió que los pares también inquirieran: *yo me pregunto: ¿sabían qué mirar?*, dijo Caro. *No se formalizo la sistematización*, fue la respuesta al crítico panorama sociopolítico que les planteara ella para enfrentarlos al contexto de surgimiento de la etapa alimentaria del programa. Reformular los instrumentos del *seguimiento*, para adaptarlos a la masividad de comedores terminó en ese aglomerado siendo un *acta*.

Hay alguien que los escucha

Cierta discrecionalidad apareció para la labor del *seguimiento* en la que usan varias formas para registrar el producto de la *visita*: en otras provincias hacen *informes*. Tener o no *las visitas*, da cuenta no sólo de haber ido al comedor, sino de haber recabado información y tenerla escrita, la *visita* nombra tanto al acto de trasladarse al comedor, cuanto al informe que surge de recabar diferentes datos.

En *AGBA*, hacen *actas* con las que según los *supervisores –consultores* responsables de la *visita–, hay diferencias*, puesto que *hay quien hace el informe* al llegar al ministerio y otros que no.

Ese instrumento que constituye el *acta*, en *AGBA* tiene tres formas, dos que están pautadas (ya preparadas); una, con espacios en blanco para completar con los datos requeridos por el *convenio* que la organización responsable de la presentación firmó y al que se alude allí, lleva

el logo del programa¹⁷ que se sigue de la frase *JUNTOS CON LA GENTE*, para luego en una leyenda casi ilegible consignar *FONDO PARTICIPATIVO PARA LA INVERSIÓN SOCIAL*, esta modalidad se titula *ACTA DE VISITA DE SEGUIMIENTO*.

Encontré otra forma que conserva ese título pero ya no tiene el logo FOPAR, encabeza su presentación el membrete del MDS a la izquierda y el del *Plan Nacional de Seguridad Alimentaria* -que en cursiva y minúsculas, lleva la leyenda *el hambre más urgente-* a la derecha; debajo de este se lee *FOPAR*, sin logo y sin el eslogan, sólo aclara la sigla. Su texto, -para completar sobre espacios en blanco-, está más sencillamente pautado que en la otra que anunciaba al *convenio*, y que esta ya no nombra puesto que habla del *avance del proyecto*. A continuación pide se consigne, al igual que en la otra forma: la *cantidad de beneficiarios*, la planificación del menú y si lo observado se corresponde con lo planificado, para lo cual sólo cabe señalar: *si o no*. Continúa con la *adecuación* -o la *inadecuación-* de la *calidad y cantidad* para esa planificación, como para el *almacenamiento, el equipamiento de la cocina y el espacio del comedor en relación a la cantidad de beneficiarios*.

La forma que alude al *avance del proyecto* cual objetivo de la visita, pide completar además: la existencia de un *registro diario de beneficiarios*, la *exhibición del menú* en un *lugar visible para todos los beneficiarios*, deteniéndose en la *higiene y equipamiento de la cocina*. Una nota interesante de señalar es que si bien en esta forma se dejaba constancia, al igual que en la otra, los firmantes se transformaban en declarantes cuando: *Declaran___conocer lo aprobado por el Fopar*, aludiendo al financiamiento.

Una y otra plantilla dejaban unos renglones en blanco más abajo de los textos a completar; la que encabezaba el ministerio consignaba claramente el ítem *comentarios*, la otra no.

Una tercera plantilla en circulación, es encabezada por el mismo logo del programa, titulada *ACTA* y debajo sólo contaba renglones en blanco. Victoria le llamó *formulario* a las otras



¹⁷ FONDO PARTICIPATIVO DE INVERSIÓN SOCIAL. El logo es el original del programa que data de 1996. Un recuadro, de fondo azul, muestra una pirámide de tres figuras esquemáticas de personas, apoyadas sobre dos trazos amarillos que salen a un lado y otro del cuadro. Esa base humana, dibujada con trazos blancos, sostiene dos personas cuyos brazos claramente apuntan hacia arriba, dirigiéndose o alcanzando un gran sol amarillo.

dos, aquellas más precisas en sus demandas de registro, sin embargo ninguna prevalecía y según explicó, las tres se usaron simultáneamente en su región.

En una de mis reuniones con el “grupo chico”, Caro cuestionó el acta, *no te sirve*; se preguntó qué usar cuando se presentan otras situaciones, *¿qué hacen con un despelote en serio?*, refiriendo el desgaste de un instrumento cuyo uso, ella deja para hechos problemáticos desbordantes de la regularidad de la cotidianeidad. Sin embargo, Susana y Blanca, conocedoras ambas del trabajo en *el AGBA* contestaron registrando el *acta* como *muy valiosa para la gente*, porque *ahí volcás todo lo que ves* y aquello que *le decís que tiene que cambiar o arreglar*. Para ellas, el *acta es un instrumento* y como tal *es neutral*, al igual que cualquier otro formulario del programa. El debate se inició, pero claudicó cuando acordaron que un gran número de comedores a cargo del *seguimiento* de una sola persona, restringe las tareas al mero *control*.

De todos modos, recoger *lecciones aprendidas* del *seguimiento*, en la *supervisión de comedores*, impuso que las voces de sus responsables directos retrataran al *acta* como un espacio en el que *se reflejan los acuerdos generados*; claro que ésta lleva la firma de ambos: *consultor/organización* explicitaron. Así como que algunos no la usan, otros sólo cuando quieren dejar algo asentado. *El acta es una constancia de que uno estuvo ahí, funciona como memoria. Hay comedores que también hacen firmar su propia acta. El acta no es una sanción. En un acta la organización también se puede descargar.*

También a ellos les sirve que vos aparezcas... coincide Victoria; ¿quién era la que decía <ven que yo no miento, que iban a venir?>, tratando de hacer memoria contaba que *hay una necesidad de mostrar lo que están haciendo, lo que están laburando, incluso hasta rendir cuentas es importante para ellos* y relata cuando tuvo que ir al comedor de Esther a explicar que si estaban sin alimentos era a guisa de una desfinanciación resultante de cuestiones del programa y no del funcionamiento del comedor a cargo de esta mujer. Los vecinos de Esther estaban intimándola en pos de explicaciones satisfactorias por la carencia del servicio que solía dar en el comedor; nada reparó esa demanda comunitaria sino la llegada de Victoria la *consultora* que asumió personalmente acompañar a Esther en las respuestas. Tan personalmente que pidió permiso a sus jefes directos para ir al barrio.

La *visita* se advierte también como *su oportunidad...* puesto que *en el barrio los pueden llegar a mirar mal ... Hay fantasías de que les pagan o que se llevan las cosas, o qué sé yo, ahí*

tienen la posibilidad de mostrar que son transparentes y que hacen las cosas...El diálogo agrega que con la experiencia se ponían cancheros en inspecciones (...) les importa que vayas. Si hay control, pero también es un momento en el que hablan con el programa, con el Estado, hablan de alguna manera con alguien que los escucha.

Cuando Victoria alude al *control* hecho, refiere el día en que por primera vez no le quisieron firmar un acta: *me fui mal, primero porque nunca me había pasado y después... seguía una cuestión muy verticalista y de miedo de la cocinera responsable del comedor, una cosa así... muy turbia.*

Las ONGs responsables ante el FOPAR se encargan de la administración del dinero, las compras, lo contable abreviaremos. Tal como antes sugerimos, las más simples, comedores ante el programa; son *casas de familia que institucionalizan el comedor*. Hay también organizaciones un tanto más complejas, que además de otras actividades comunitarias representan a uno o más comedores. *Las grandes*, están un tanto más formalizadas en su proceder, con trayectoria institucional, aglutinan más de una labor en las comunidades en las que se insertan. Sin embargo, pocos comedores cuentan a personas de estas organizaciones más complejas en su cotidianeidad. Usualmente el comedor está a cargo de la gente del barrio en el que se inserta, puede ser una persona, o pocas más, organizadas “domésticamente”, casi a la manera familiar. Así, el nexo con la organización presentante se constituye en llevar al comedor los alimentos comprados y poco más que eso, escasamente se entienden con la dinámica allí.

No obstante, hay organizaciones que proceden de otro modo con respecto a las responsabilidades asumidas al presentar un proyecto por un comedor, bien porque siempre han trabajado unidos, bien porque se han comprometido con su funcionamiento a partir de sumarlos a una tarea que otrora no contaron.

Un *acta* en el comedor, si contiene observaciones de alguna irregularidad -tal como que la comida prescinda de los nutrientes básicos que asegura el dinero calculado en el proyecto, o por caso, que hubiera cambiado el número de comensales-, llevará a convocar al responsable de la ONG ante autoridades del programa. Eso implica que puede que sea la misma persona a cargo del comedor, o bien que desconozca absolutamente la cotidianeidad de esa tarea. Para estos casos -aún funcionando desvinculadamente-, lo usual es que se presenten juntos a dar explicaciones de la situación “observada”. Generalmente los recibe el *supervisor* a cargo del *seguimiento* y su superior inmediato, el *regional*; en caso de llegar a alguna situación de

mayor envergadura intervienen los abogados de *la región* y el coordinador general. Pero también sucede que ante la irregularidad consumada, muchos responsables de las ONGs más complejas en su institucionalidad, se comunican directamente con el coordinador del programa o con funcionarios de mayor jerarquía en el MDS. No son escasas las oportunidades en que -apoyados en lazos político partidarios- se conectan directamente con los representantes más políticos en la jerarquía institucional del ministerio, salteándose toda la escala en el programa. Uno de los obstáculos que *los consultores* cargan a la *supervisión técnica* que realizan y que refieren cual *chapeo* que deben soportar. Sus interrogantes y respuestas técnicas están siempre sujetas a la discrecionalidad del funcionario político que decide en el MDS, muy lejos del programa incluso, por estas épocas señalaron.

De ese taller con compañeros de Victoria, surgió tanto que no hay criterios unificados, cuanto que *en AGBA la responsabilidad está más cargada en los consultores que en otras regiones* en vista de que ellos centralizan *lo administrativo y lo de campo*. Y en esa carga relevaron al *circuito burocrático* cual obstáculo para el *seguimiento*. Del mismo modo, confiaron en que el tiempo en el programa -con el de encuentro que se da *en los comedores, el campo-*, *se superó eso del terror a las visitas*; reconocieron que cambió su relación y que *los corrieron del rol de policías*.

Inspectores, policías, supervisores, consultores me permiten preguntar al respecto. Victoria nos ha hecho saber que tiene *un sello que dice supervisor*. Aprovecho para pedirle sus diferenciaciones: *para mí, el supervisor solamente controla, y sí... no voy a negar que esa es una parte de mi trabajo... pero no es la única, no creo que sea con lo que yo quiero llenar mi trabajo nada más*. Las diferencias no sólo remiten a qué queda escrito, si *acta* o *formularios*, si *informe* o no; si *control* de los términos del *convenio* o *acompañamiento*. Hablamos del *control* cuando dice que se limitan a observar *lo que dice el programa...* se pregunta entonces: *¿qué es lo que vas a buscar?*, y se responde enumerando: *chicos, registros, carne, trabajar en un cambio de práctica alimentaria*.

Qué otras cosas llenen el trabajo del seguimiento pone a mi interlocutora en condiciones de explicarme que *más allá del control, más allá de los documentos, de la cosa administrativa y burocrática, no voy a decir que era...* dudó antes de definir y repitió: *que era fortalecimiento, porque ni siquiera estoy segura de qué es*. Pero se detuvo en su interpretación: *cumplir con los requisitos en tanto sea para mejorar*, aludiendo a la posibilidad de adoptar en los comedores prácticas que se construyan en la *supervisión*, porque además se trata de saber

cómo funciona eso para que te sirva...lo que le permitió acercarse a eso que es trascender el control. Sumando elementos estableció la diferencia, porque una cosa es si planificás un menú, y otra cuando sólo se trata de verificar la existencia de la planificación en el comedor, consignando <si /no> en un formulario, dijo refiriendo al momento del control finalmente.

¿Qué pensabas que hacías cuando ibas a hacer las visitas? Victoria no titubeó, refirió su llegada al programa y su reunión con el coordinador general, recordó entonces que él dijo: <vos vas y si hay 80 chicos, ponés 80 chicos>... y me dio a entender que si no estábamos siendo cómplices de una situación ilícita para el programa. Había que controlar el gasto, que no despilfarraran, si tenían dinero para 80 chicos...Pensé, es re botón... venía con esa historia rosa: es un comedor, hacen otras cosas, son pobres que sé yo, con esa cosa que subestima. Venía de la facultad, de conocer la pobreza de libro. La historia de Victoria, egresada de la carrera de comunicación social, registraba el trabajo en un comedor con su novio y suegra en otro tiempo, se lo recordé: si, es verdad pero como estaba manejado por personas que yo conocía, ni ahí las podía ver así, ¿entendés?

La charla siguió por ese cauce, para mi antes la pobreza era todo rosa, porque son pobres son buenos. ¿Hasta que entraste al programa?, ella asintió y agregó Es como decirle: Papá Noel no existe. Es una idealización, concluyó. Pretendí ahondar en esa idealización; me explicó que consistía en creer que eran buenos y que estaban ayudando en esa situación en la que el estado no estaba y que los estaba callando. Hoy yo pienso que sí es importante esta parte de control de gastos, antes no. En estos años yo me fui haciendo otra idea de la pobreza, de quiénes eran los comedores, de quiénes están en los comedores, que no todo es color de rosa, que no todos son buenos.

Es en ese contexto que la falta de controles la enoja, tanto cual las indulgencias y pasividades de los consentimientos de tanta discrecionalidad. Refiere un grupo de compañeras, se creen Evita en el programa, hablan de <mi gente> dice irónica, las señala con desprecio y continúa su caracterización: muy paternalistas, un modo demagógico me resume. Casi ridiculizándolas ilustra parafraseándolas: <apruebo todo, consiento todo>... <te consigo>; se creen amigas de los proyectos concluye. Seguimos con esto de <porque son pobres son buenos>, y el comedor... < ¿cómo no vamos a darle la guita si total viene del banco mundial?>... me parece que tiene que ver con esto.

Así, queda en circunstancia de referenciar el trabajo propio y el carácter de su discurso frente a sus interlocutores en los comedores, se cita en un diálogo imaginado para explicarme cómo habla ella: el programa hace, el programa dice, la enfrenta a las Evitas del FOPAR.

Me interesé por el modo en que esta práctica se discutía en la cotidianeidad de la labor, ella recordó una anécdota para responderme: *esperábamos los autos*¹⁸, *y se dio una discusión. Una decía que hacíamos de policía y otra que hacíamos fortalecimiento.* Tras el diálogo que caracterizó a los protagonistas de la situación, Victoria sentenció: *si vas al comedor, mirás la olla y cuántos chicos hay... hacés control; y la otra venía con todo el delirio ese del fortalecimiento.* Pero con el *delirio* no se quedó, y como aludió al *chamuyo* dudé y le pregunté: ¿de la compañera o del programa? *Un chamuyo de ella, porque no es lo que se hace, porque si tu capacitación es: cómo hacés una lista de beneficiarios, y una lista de control es necesaria...* Victoria se quedaba con serias dudas respecto de que eso pudiera considerarse *fortalecimiento*, mientras lo homologaba a la capacitación.

El *seguimiento* fue asimilado al *control*, aunque dando cuenta de sus lazos afectivos: *te invitan a otras actividades, aniversarios, fiestas, inauguraciones; vínculo que trasciende el campo, explicitando un acompañamiento, que se da (...) acá también*, para referir la sede del MDS y el modo en que se ocupan personalmente de que *los papeles salgan en el FOPAR*, y circulen por los andariveles administrativos del ministerio, una identidad burocrática distinta para estos actores, basada en el acotamiento de trámites que con orgullo disponen frente al régimen anquilosado del ministerio. Porque el expediente de cada proyecto sigue un circuito burocrático propio del FOPAR, que se enlaza con otro específico del MDS, para llegar al desembolso final (disponibilidad de dinero para el comedor).

Control a organizaciones y acompañamiento a los comedores era una sentencia que resumía tanto la diferenciación de las organizaciones en el programa, cuanto la de la propia labor.

Aquel espacio de reunión en *el AGBA*, los había puesto en la necesidad de caracterizar las peculiaridades de una *región* tan especial donde el número de comedores es más que un dato. En ese espacio, aludieron a la dinámica interna de la información en los barrios, las capacidades, los recursos que cuentan *las organizaciones (...) para conseguir subsidios y planes*, además de la proximidad geográfica que les permite acceder rápidamente a la sede del programa -el ministerio-, así *las organizaciones vienen a la oficina* que a diferencia de otras provincias, acá es la sede del MDS-, *y tienen acceso inmediato a los abogados, al coordinador general, tienen otros recursos.* Esta individualización no pudo prescindir del

¹⁸ Todos los trabajadores se mueven en autos de alquiler para acceder a los barrios, en todo el país el programa contrata este servicio.

señalamiento del Conurbano Bonaerense como una región en la que *tienen mucha fuerza las cuestiones políticas y nosotros somos de nación*.

2º parte

*“Sólo en los informes de Marco Polo, Kublai Jan conseguía discernir, a través de las murallas y las torres destinadas a derrumbarse, la filigrana de un diseño tan fino que escapaba a la voracidad de las termitas” Ítalo Calvino, **Las ciudades invisibles**.*

De la misión a la nación; de la nación al comedor (el desarrollo y el estado a la mesa)

El que conoce el comedor es uno, es una sentencia que parece identificar a todos los *consultores* bajo un sentido de comunidad. Hablar de las *buenas prácticas* -tal como sugiriera el coordinador del programa para estas *lecciones-*, también da cuenta de una capitalización simbólica colectiva, propia que se rescata independientemente de la consonancia requerida por ese organismo. *El banco* manda hacerlas, parte de sus reglamentos tácitos casi inapelables cuando de información se trata, sin explicar más que lo que hemos citado y en un acto más del poder simbólico trasnacional que reitera anunciando su control, garantizado en la elaboración paralela del propio *informe de cierre*. Tarea que, en definitiva viene a hacerse por demanda del organismo cofinanciador del programa, todo pareció indicarnos que no hubiera tenido curso este espacio sin esa tarea/demanda que dejara *la misión*.

Una *misión* consiste en la interacción entre *el banco* y el país receptor del préstamo que siempre, desde aquella que se sucediera en Colombia cerrando los años '40, incluyeron obligaciones respecto de proveer información a su demanda, así como de recibir sus visitas al territorio, lo cual funciona desde entonces como mecanismo para conseguir un examen detallado del país prestatario, ofreciendo programas, u organizando evaluaciones, seminarios u otros espacios que no excluyen actividades “pedagógicas” propias de la *desarrollización* del (uni)verso, en una misma versión. Con la pobreza como motivo, Colombia se convertiría en emblema de un nuevo régimen de representación, el discurso y la práctica del desarrollo que se extendería en espacio, tiempo y significados hasta nuestros días, estableciéndose “autoría” foucoultianamente, en su infinita posibilidad que -en la consolidación de ese hecho- establecería su acontecer así como sus reglas de formación en adelante. La tarea de “salvación” del desarrollo quedaría didácticamente explícita; el informe de la misión del

Banco Mundial en Colombia dejaba leer en su informe: “*Al hacer un esfuerzo tal, Colombia no sólo lograría su propia salvación sino que (...) daría un ejemplo inspirador a todas las demás áreas subdesarrolladas del mundo*” (Escobar, 1998; pp.58).

Epistemológica y políticamente se construyó un imaginario en el que nuestra parte del mundo -la conformada por América Latina, Asia y África- constituirían la expresión del fracaso de las fuerzas de la naturaleza y la congratulación con la planificación científica, ya madurada en el movimiento de la producción nacional al momento de la Primera Guerra, la planificación soviética, la administración científica en los Estados Unidos y la economía keynesiana (Escobar, A. 1996). Tanto como la *misión*, las prácticas de planificación fueron medulares para la invención del desarrollo, y el Tercer Mundo se transformó en su materia prima técnica y socialmente apropiada, dice Escobar en la obra compilada por Sachs (ob.cit).

Herramientas que signaron la construcción de la necesidad de la planificación para la alimentación y la nutrición en los años `70 –bajo la profusa obra de el Banco Mundial y del FMI- enfocando las Necesidades Humanas Básicas, en virtud de la complejidad de los problemas de la desnutrición y el hambre, sumando a la coexistencia de prácticas eficaces de una racionalidad gubernamental biopolítica. Esta gestión de gobierno ratifica en esta política pública, que su objetivo principal es la población en profundidad, desplegando diferentes y simultáneos dispositivos que articulan -diacrónica y sincrónicamente-, esa eficacia que amalgama la conciencia individual con la colectiva.

El caso de *las lecciones* advierte continuidades respecto de aquella primigenia práctica de *la misión de protección social*¹⁹ que el banco encaró en el FOPAR. Para las *lecciones*, podríamos imaginar al banco cual un maestro autoritario amenazante con su puntero, o el tribunal de la no menos temida mesa examinadora. Detenemos en las funciones del examen o la confesión, cual herramientas de la sociedad disciplinar (Foucault, 1994), pone mejor a estas *lecciones* en los términos del lenguaje analógico de las sociedades de control, donde el disciplinamiento -también el del desarrollo-, se ha difundido suficientemente por todo el espacio social, más que molde, modulación deformadora. La lección permanente sustituye la *misión*, el control –persistiendo- ha desplazado al examen (Deleuze, 1996).

¹⁹ ARGENTINA SOCIAL PROTECTION PROJECT 1. SOCIAL ISSUES IN ARGENTINA informe basado “en las conclusiones de las **misiones** del Banco Mundial que visitó la Argentina en abril y junio de 1995”, en el que se describían los componentes del proyecto y entre los que se contaban el “**Piloto del Fondo Participativo de Inversión Social (FOPAR)**”(nuestro resaltado). Por su parte, el *informe de cierre*, y el de la evaluación del mismo proyecto (*Project Appraisal Document*) aparece entre los documentos del BIRF bajo el título *FOURTH SOCIAL PROTECTION PROJECT*.

La existencia de *la Pauta para el informe de cierre del componente FOPAR*, se erigía guía inapelable de nuestro trabajo del informe, iniciando con el ítem: *El Contexto del Proyecto*²⁰, allí se describiría *el contexto político, económico y social en la Argentina cuando el préstamo fue aprobado (...), incluyendo políticas y planes del Ministerio/Secretaría de Desarrollo Social*. Espacio que además, pretendía *se comentaran las razones que llevaron a la continuación del programa (...), señalando los cambios que se introdujeron respecto al programa original*. Además, *se destacará la crisis del 2001/2002 y su impacto en la situación de pobreza que llevó reformular el proyecto*. Nos resultó curioso que estuviera pautada para ser completada de manera *breve 2 a 3 párrafos*, según *versaba* el paréntesis tras todas estas explicitaciones que para el ítem instruía aquella *pauta*.

Dos o tres párrafos para el *contexto político, económico y social* durante esos años en la Argentina, permite pensar en la especie de operaciones que invisibilizan o coadyuvan en los procesos de ocultamiento de los emergentes históricos que operan en la construcción de las políticas públicas de este u otro tipo, escudadas en racionalidades suficientemente objetivas que no serán tales sino concurridas por estos procesos justamente, también a la hora de este tipo de recapitulaciones. El programa está allí como herramienta desde afuera, externo a eso mismo que necesita considerar una y otra vez con los cambios de escenarios político institucionales, eximido de las condiciones históricas finalmente, conjurando poderes y peligros sólo operando para la salvación de la situación contextual de un orden que debe describirse en *dos o tres párrafos*.

La biopolítica -cual economía política de las poblaciones- es tan productiva para la gobernabilidad en clave de paz social, cuanto en la que asegura la aceptación de los principios que sostienen al gobierno en la lógica propia, cuando se trata de tomar a cargo *la crisis del 2001/2002 y su impacto en la situación de pobreza que llevó reformular el proyecto*. Tecnología asegurando el conjunto de dispositivos de regulación y control de los individuos clasificados por el estado en categorías, con pretensiones de reconocimiento cívico y político transformadas en logros, aunque también en fugas y fracasos. Más de esa gubernamentalización que habla de que “muy probablemente el Estado es actualmente lo que es gracias a esa gubernamentalidad” dice Foucault (1991; pp.25), un proceso asegurando la trama de instituciones, procedimientos, análisis y aparatos específicos de gobierno enfocando

²⁰ Dicho informe se completaba en exhaustividad, con los siguientes ítems: *Objetivos y Diseño; Logros y Resultados Alcanzados; principales factores que afectaron la ejecución del proyecto; Sostenibilidad; Rol del Banco; Rol del Prestatario; Lecciones y riesgos; Conclusiones y Anexos Estadísticos*.

la población y el privilegio de un tipo de saber y de poder pasibles de entenderse cual gobierno sobre todos los otros.

La formulación del *proyecto* del programa de una época, rediseñado en otra coyuntura histórica, encontró -con la obra del gobierno de entonces-, el *proyecto del comedor*; y así como podemos distinguir momentos y proyectos, también podemos detenernos a diferenciar entre la cuestión del comedor para el Banco Mundial y la práctica del comedor para los responsables de la cotidianeidad allí; incluso la propia de los *consultores* gubernamentales irrumpiéndola. La planificación asume toda su función burocrática por encima de otros intereses y sentidos de lo que sea el comedor para formalizarlo cada vez más en la estatalidad del autoengaño (Chatterjee, 1997), como toda vez que pretenda racionalizar con la magia del estado cual si todo lo supiera: sus poblaciones objetivo, sus destinatarios, los problemas, los recursos a disposición, etc.; en definitiva, los objetos sobre los que aplicará tal racionalidad en pos del desarrollo, propio de la política pública que aquí se acuerda en un programa y sus reformulaciones, apegada o no a la lógica de los *reglamentos del banco*.

Un discurso institucional, trata de figurar las prácticas de las personas en los comedores confinándolas a un proyecto que figura en un expediente, desde una matriz organizadora, generada y amparada en categorías del juicio profesional para “lo social”, procurando una biopolítica del desarrollo capaz de mejorar la vida, produciéndola al amparo de sus propias condiciones que incluyen una institucionalidad y planificación “científicamente desarrollada”. Así, si no fuera por el autoengaño que practica en la construcción de sus objetos en tanto objetos de conocimiento, no podría ver en la planificación y su “realidad documental” (Dorothy Smith, en Escobar; ob.cit.) concomitante, la constitución de las acciones que promueven el desarrollo que predica. Pero es probablemente esta misma ciencia o fe, la racionalidad que autoriza las pequeñas batallas en el campo, cuando el saber se cotidianiza, en situaciones prácticas particulares.

Una de mis interlocutoras reflexionó en medio de la entrevista: *para qué la lista de beneficiarios* cuando *la gente estaba comiendo*, cuando el número era el aproximado respecto de lo consignado en el proyecto; qué importancia tenía que fuesen los de la lista u otros. Del mismo modo, le resultó incomprensible -ya en el comedor- la exhibición del *menú* como requisito: es otro *problema para las mujeres*, puesto que *si ven que hay guiso no van y si pone milanesas con...y se olvida*, pero qué importa la guarnición cuando hay milanesas, por eso dice: *van todos, y <la comida no me alcanza y a la otra la tengo que tirar>*, explicó con la

voz de aquellas. Esa demanda nunca se modificó en el detalle de los requerimientos de cada *visita*, sin embargo ella lo resolvió sugiriendo exhibirlo el mismo día, sobre la hora incluso; contándomelo puso un punto, al escucharse reflexionó: *Igual no dejás de exigirle lo mismo, igual es un gris.*

Y en la parafernalia de requerimientos se sumaba *la comanda*, que resultó ser *un cuaderno en el que día a día anotan qué prepararon y cuánto usaron de mercadería para preparar eso...* Lo demandado es eso, sin embargo, *ellos te mostraban sus recetas, pero no; es día a día que tenían que hacerlo*, dijo ante mi sensibilidad ya trastocada “técnicamente” incluso, parte de una afinidad y solidaridad de habitus.

Una vez más las fuerzas de la naturaleza deben ser conjuradas, aún después de tantos años de desarrollo, con *la receta* no alcanza. La incardinación del poder del discurso del desarrollo en la vida cotidiana, omite el análisis en términos de gestión religiosa porque la confesión requerida no procede hacia la absolución, aquí la salvación prometida por el desarrollo procede en el archivo de documentos regulados por aquel en su permanente ubicuidad. La obligación de decir lo ínfimo dice Foucault (1996a) -esa exhortación a revelar lo más nocturno de la existencia -, marca un sentido de lo moderno, un sistema de coacción que obligó a lo cotidiano a pasar al orden del discurso en serie documental que se metió en el comedor y que -advertimos-, he resistido describir en exhaustivo detalle.

Comedores transcribibles al expediente del programa, constituyen probablemente la expresión de una cadena política de lo cotidiano de estos sujetos, en la que toda esta realidad documental que es “tejido documental” (Foucault, 1996b), expresa los contrastes entre lo dicho y el modo de ser que tiene la cotidianeidad en la que intervienen; pero también entre los poderes que se juegan allí, y por supuesto en los problemas acontecidos y los suscitados por el desarrollo social. A la manera en que según señala Partha Chatterjee (ob.cit.), Gandhi argumentaba sobre la razón principal de la pobreza india atribuyéndola al propio industrialismo, antes que a la falta de capacidad para la industrialización.

Misma red documental que reificada, deja afuera sujetos; justamente a los que hacen la política social cuando se la tematiza en colecciones teóricas, se la juzga, nombra o demanda -periodística, científica o políticamente, en una escisión analítica aquí-. Y cuando lo hace, posiblemente juegue como dispositivo que interseca aquellos campos al servicio de desnaturalizar el poder de los actores que efectivamente llevan adelante las acciones que esos

programas prevén, y otras que se suman posiblemente a “fenómenos de inercia, de desniveles, de resistencias; que no conviene pues partir de un hecho primero y masivo de dominación”(Foucault, 1992; 181), que también -o finalmente- son la política pública en la que las relaciones de dominación también pueden leerse en clave de resistencia (Scott, ob.cit), oposición o auto preservación; en definitiva formas de inscribirse subjetivamente en el trabajo, en el programa, en el estado.

¿Cuál es el discurso del *acompañamiento* que *el banco* podría proclamar para los comedores? ¿Cuál es la economía de las prácticas de *acompañamiento* que no se animan a nombrarse *fortalecimiento* pero que no se conforman siendo el esclarecido y necesario *control*? ¿qué de eso que queda afuera del informe porque *al programa no le interesa*? Tal como lo hemos recogido en el campo, desde las zonas más pobladas de comedores hasta las de menos carga numérica para hacerse cargo de la labor, el universo de *consultores* da cuenta de un “algo más”, que el programa no pide pero que cuando nos lo anuncian nos obligan a considerar sus aportes. Independientemente de nuestras certezas y valoraciones al respecto, hemos preferido preguntarnos: ¿Aportes a qué? El fantasma, o la fábula, o la ficción de los objetivos se entromete en el relato.

Nombrar y hacer el mundo del desarrollo

El banco mundial en un artículo titulado *El riesgo social en Argentina*, nombra su labor en el idioma de la planificación y la política que se dirige a *asegurar el bienestar y la seguridad del pobre*; para ello define y exhibe: *Apoyar a los programas, tales como el FOPAR (...) el que construye un capital social entre los grupos vulnerables, y mejora los servicios de la comunidad, como un intento de fortalecimiento del tejido social de estas comunidades*, expresando más de su actividad, en la construcción de una hegemonía propiamente simbólica. En el hacer del mundo al modo del discurso del desarrollo, conviven dispositivos burocráticos y textuales que privilegian una subjetividad a un lado y al otro de la relación que se establece en el microcampo que constituyen las políticas sociales concretas, definido aquí por los *consultores* y los *comedores*, los *consultores* y las *organizaciones*. En esos *grupos vulnerables* -que no se analizan sino en pocos párrafos respecto de sus condiciones de arribo, persistencia y reproducción- se *construye un capital social* y se intenta el *fortalecimiento* en un orden de representación que enuncia el modo en que las relaciones de poder han sido institucionalizadas en aquel discurso. Estas ficciones orientadoras -imágenes fundantes del orden del desarrollo colonizador-, aparecen allí cual instrumentos ineludibles que fortalecen

el estado desde el interior en una matriz única, la del desarrollo inventado; porque desde aquella primera *misión* hubo que colonizar la cosmovisión. Ficciones sobre grupos ficticios, grupos que aún nombrados como *beneficiarios* interpelan las categorías construidas en la intersección de los campos políticos, científicos, periodísticos.

La lectura no parece necesitar sino del sentido común, para interpretar el objetivo de sus apoyos: parece entonces que el *capital social* -que en este discurso puede antedatarse en el concepto de *capital humano*²¹- , siempre será lo mismo, valdrá lo mismo, incorporará los mismos contenidos y prácticas, dicho por *el banco*; la iglesia (una y todas); la *Iniciativa Interamericana de Capital Social, Ética y Desarrollo* (2003) que impulsa el *Banco Interamericano de Desarrollo*, y entonces la de su coordinador general -el Dr. Bernardo Kliksberg-; por Pierre Bourdieu o por cualquiera de nuestros *consultores*.

En la fachada dominante de esta unanimidad, los límites epistemológicos y políticos se borronean, y aunque no necesariamente destituyen conceptos y personas en su poder, en esa formalización y deshistorización de los conceptos, se los expone a “empleos distraídos y superficiales que, como sucede cotidianamente a nociones como capital cultural o capital simbólico, tienden a destruir el poder de *ruptura* que encierran” (Bourdieu 2002; pp. 2); por eso, de algún modo sus potencias quedan envueltas en el consentimiento a ciertas “contraseñas políticas” (Bourdieu y Wacquant, ob.cit.).

Cuando en el MDS se dice *vulnerables*, no hace falta pertenecer a su “staff profesional” para cargarlo de un sentido inteligible para todos, ¿quién podría pedir precisiones respecto de lo que sean los *grupos vulnerables?*, aún cuando resulte sustancialmente diferente de hablar de “excluidos” o “marginados”, tanto en la génesis social cuanto en el abordaje propiamente teórico de estas categorías. Por caso, la omisión del término “condiciones” antecediendo la construcción *grupos vulnerables*, asigna a esas subjetividades una cancelación tanto como una imposición. Estar “en condiciones de vulnerabilidad” en tal caso, remite a otro relato y a otra manera de concebir la misma vulneración -tan material cual subjetiva-, a la que han sido sometidos esos sujetos. Al tiempo que se desarraigan las condiciones de desregulación y recorte del estado, se procede a una universalización autorizada de los términos, vaciándolos y construyéndolos en una ética despolitizante que impacta directamente su hacer del desarrollo.

²¹ Escobar, en su capítulo del Diccionario del Desarrollo, señala que cuando “las prácticas de la salud, la educación, los cultivos y la reproducción de las gentes del Tercer Mundo devinieron en el objeto de un vasto abanico de programas introducidos en nombre del incremento del <capital humano> de estos países y del aseguramiento de un nivel mínimo de bienestar para sus habitantes” (Escobar, 1996: 223)

Y la potencia performativa que tengan las palabras cual obviedades impuestas, no es menor e incide en todos los actores de esa relación, metiéndose en las mediaciones culturales -en esas situaciones de intercambio de significados acerca de lo que se concibe como programa y comedor-, antecedidas por aquel dispositivo del desarrollo y sus ficciones orientadoras que se actualizan una vez más; en los marcos interpretativos que conforman los sentidos prácticos que se construyen a un lado y otro allí, en las apropiaciones diferenciales de los actores respecto: del *banco*, el estado, el *programa*, la *prestación alimentaria*, el *seguimiento* o el *fortalecimiento*, para la definición de una política pública. No es lo mismo el *seguimiento* hecho al amparo del estado nacional, que con el patrocinio del banco mundial, y no será lo mismo si lo que se *controla*, *fortalece* o *acompaña* son *comedores* o *comederos*.

Ciertamente, recobrase de las formas de dominación que los conceptos despliegan, implica revisar las operaciones de construcción que encierran, así como sus condiciones de producción y circulación. Implica situarse en relaciones de poder simbólico, en ritos de institución que legitiman arbitrariamente mucho más que palabras, órdenes.

No es igual el *fortalecimiento* del *capital social* -con o sin interpelaciones críticas-, que las performances de Evita que diestra o torpemente, algunos han nombrado para caracterizar la práctica de la acción en política social en nuestra geografía.

Mismas palabras, otras cosas.

La realización práctica de las categorías culturales del desarrollo en cada coyuntura, explican que el accionar de unos actores históricos ya lo ha resignificado una y otra vez, y que en cada escena el desarrollo vuelve a ser ordenado/ajustado, desordenado; lo que acontece desplaza.

Este programa constituye una sintaxis para las relaciones en la gramática que impuso el desarrollo capitalista, procurando nuevas coordenadas para el comedor, sus tiempos, sus espacios, y su significado, sin embargo, advertimos una lógica que no cierra sino con cierta reciprocidad. Desde los modos de clasificación para los alimentos, las maneras de manipularlos, tomarlos, almacenarlos, producirlos o comprarlos; del mismo modo que la significatividad de la personería jurídica, la administración de las cuentas o la presentación y ejecución de los proyectos productivos; todo hace preguntarnos sobre el modo en que los marcos interpretativos y las apropiaciones subjetivas, se aprestan para procurar “corrección” en las respuestas para las demandas de la lógica de planificación: la del FOPAR, en medio de la urgencia: la del comedor.

Un paso más nos permite extender la pregunta “al mismo programa”, para pensarlo “visitando” aquellos usos desde sus propios marcos, con sus formalizaciones -su regla que demanda-, cuando a través de “sus” sujetos concretos, en las contingencias, se encuentra en un diálogo que le propone riesgos.

La existencia dual, entre la norma y la acción que recorre y desplaza esa norma, juega para todos. ¿Son esas “revalorizaciones prácticas” las que responden con lo esperado a la demanda de la lógica del FOPAR? Y a su vez, ¿cómo el programa -con sus *consultores*-, puede responder al *fortalecimiento* planificado, en medio de la urgencia de la ejecución -que no es otra que la que imponen la simpleza del circuito de *las rendiciones y los desembolsos*-, sino por los modos de significarlo que derivan del “FOPAR hecho”, en sus relaciones, entre la gente, en sus visitas, en el campo, entre excepciones y nuevos riesgos? Tal como hemos visto, no se ha vivido sino conflictivamente ese *control* que acometió en desmedro del *fortalecimiento* en las urgencias de tal ejecución.

El estado de emergencia emplaza a los dos lados de la relación que se establece en el campo de esta política; no sólo para diferenciar la urgencia del hambre de unos y la que le plantea la ejecución a otros –incluso, tal vez por la misma urgencia del hambre de los primeros-, sino para observar que la auto-preservación de estos últimos, también los pone en pie de igualdad cuando se trata de la subsistencia cotidiana que viene del ejercicio de su trabajo allí, en el programa estatal.

Un comedor da cuenta de la resolución de una urgencia social, mientras que su formalización en el FOPAR lo emplaza en sucesivas maneras de prever y anticipar su ser y hacer cotidiano, precisamente cuando lo ha desplazado en alguna dimensión del propio tiempo, en las soluciones dinerarias que le ha llevado. Resoluciones, rendiciones y desembolsos no sólo hacen a compras, gastos y controles; el tiempo entra en (desde) la lógica del desarrollo e institucionaliza esa urgencia metiendo otro tiempo en el comedor. Paradójicamente, el comedor “estado de excepción” se ha hecho representación de cotidianeidad para todos, tal como Benjamín (2008) lo ha señalado, es tradición de los oprimidos que el “estado de excepción” sea la regla; por eso, tampoco aparece ilógico al amparo de un estado que desde hace años se declara en emergencia²².

²² La Ley 25561 de Emergencia Pública declara en su primer artículo "la emergencia pública en materia social, económica, administrativa, financiera y cambiaria" fue sancionada en enero de 2002 hasta diciembre de 2003, pero ha sido prorrogada desde entonces a ahora, independizada de las condiciones críticas en la que fuera formulada. La norma permite delegar en el Poder Ejecutivo, potestades que fuera de esta “excepción” se dirimirían en el Parlamento Nacional.

Parafraseando a Sahlins (1988), podremos decir que es cierto que las prácticas de consumo, producción y elección de los comedores, se enfrentan a una posibilidad de ser transformadas ante “la llegada del FOPAR” cual hecho social de gran envergadura, pero también en cada *visita* del programa, cada pequeña acción que -involucrando a estos actores- sobreviene interpretada. Por eso, la transformación por la irrupción de la intervención de esta política pública, no sólo procede para los responsables de los comedores, sino también para los *consultores* y sus prácticas, lidiando entre los comedores y los requerimientos que el programa y sus representaciones imponen, entre “los rosas” y “los grises” a los que Victoria nos enfrentara.

La historia del hecho social total del desarrollo, cual estructura de base histórica, no es simplemente económica tal como lo señala Sahlins para el capitalismo; su institucionalidad social tiene lugar de acuerdo a un proyecto cultural, de tal suerte que el programa no prescinde de una intencionalidad con ese contenido -de todos modos ya inscripto en la historia de los comedores en lo que define la pobreza y los *consultores* en su profesionalidad-. Si en la acción los significados corren “riesgos empíricos” -seguiremos al autor-, los riesgos subjetivos a los que son sometidos dependen de las posibilidades de significación admitidas en un orden que niega lo probable al amparo de la legitimidad de lo arbitrario que produce. La *prestación* o el *seguimiento*, si sólo se constituyeran desde su materialidad, desde su racionalidad medios-fines, quedarían sujetos a una razón práctica, mientras que lo que se impone es una aproximación desde el punto de vista de la razón simbólica, dado que la apropiación que resulta procede simbólicamente.

Estos sujetos intérpretes -intérpretes históricos entonces, a la manera nietzscheana-, no son sino el resultado de un conjunto de fuerzas interpretativas, configuración de afecciones, que juegan en una configuración histórica de la verdad (Pardo, R. 2002).

Prácticas, discursos, saberes develan la necesidad de leer críticamente la “extraña neolengua” que utiliza referencias comunes para alumbrar significados bien distintos posiblemente, astucias diluyendo las diferencias tanto como los flagrantes desacuerdos pasibles de ser leídos/hechos -disputados entonces- en términos políticos. Los riesgos son múltiples, Evelina Dagnino (2004) se detiene en “los deslizamientos semánticos, las dislocaciones de sentido, son las armas principales, el terreno de la práctica política se constituye en un campo minado, donde cualquier paso en falso nos conduce a campo adversario” (traducción nuestra). Una

configuración específica del poder en el estado, al interior de una política pública se ramifica instituyente; después de todo, el poder simbólico, dice Bourdieu, “no puede ejercerse sino con la complicidad de los que no quieren saber que lo sufren o incluso que lo ejercen” (2000; pp.66).

La construcción del comedor, de la organización, del comensal, preexiste en las ficciones orientadoras de los documentos, y prosigue en las prácticas de la ejecución de un programa, cual procedimientos de sumisión del discurso; sin embargo no tantas veces vemos cómo construyen y se construye a los *consultores* allí enredados, y probablemente tampoco al programa mismo. La reificación de los programas, posiblemente se explique también en este tipo de procesos que finalmente hacen a la del sistema-estado entendemos, donde el poder estatal radica en su posibilidad de esconder la realidad de la práctica política (Abrams, 1988).

La *visita* misma disputa el sentido, los sujetos y los objetos, más allá de que el *control*, el *fortalecimiento* o el *acompañamiento* definan el *seguimiento* en el programa. Porque si por un lado, esa *visita* legitima el trabajo de los comedores ante el programa/MDS, también los responsables de los comedores la ponen a su cuenta y cargo cuando la visita legitima su accionar en sus comunidades de pertenencia y cuando se transforma en eso que se releva como momento en el que efectivamente *hablan con el programa, con el Estado, hablan de alguna manera con alguien que los escucha*. Casualidad o no, nuestra interlocutora -“escucha estatal”-, desconocía una publicación del Banco Mundial titulada: *¿Hay alguien que nos escuche? La Voz de los Pobres*, donde entre sus conclusiones recalcan que el estado ha sido ineficaz para acceder a los pobres.

Y eso no es todo, porque esa misma *visita* es la que pone los responsables de la cotidianeidad visitada para certificar el trabajo de los *consultores*, concretamente si cumplieron yendo al comedor, deberán (con)firmarlo en un acta, replicando la gramática del control. La idea de estado justifica el *control*, mientras los *consultores* consienten otra ausencia en la nostalgia del *fortalecimiento* que no fue, aún compensado por el “gris” del *acompañamiento*.

El *control* tiene la legitimidad de la razón de estado, la necesitamos contra el caos, la corrupción, la anomia, que sólo puede subsanarse en el *fortalecimiento* que implica el manejo de las cuentas, la alimentación saludable, la nutrición regulada, la planificación del emprendimiento productivo, la distancia de los *punteros*.

Un haz de técnicas físico-políticas (Foucault, 1994) completando y descompensando la institucionalidad de unas relaciones de poder, al amparo de la humildad de la moral de la *visita de seguimiento*, aún construida en el marco de los continuos esfuerzos de consolidación y perpetuación de la dominación, no pueden ser leídos en una sola clave. La prohibición siempre puede ser afirmación productiva, generativa en muchos sentidos.

Si el orden del discurso establecía unas articulaciones del sentido -por caso para lo que fuera el *fortalecimiento*-, el programa es la puesta en escena de sus términos, y lo es en la práctica en nuestros actores; en la afirmación o negación de aquél. En el *acompañamiento* que eligieron para quedarse frente a la opción por el mero *control*, en el disgusto mismo que ello les produjo, o en la vergüenza o el dolor de no poder; incluso por aquello que *al programa no le interesa*; allí se revelan los conflictos y negociaciones de sentidos para la labor, y finalmente para lo que fuera el programa vinculándose con *las organizaciones*; a la sazón, el fuerte de *buenas prácticas* que le reconocieran para imponer en las *lecciones aprendidas*, cual imponente marca de identidad, de originalidad, y de autoría.

El programa es en su ejecución, el FOPAR hecho es la expresión de lo que definimos como una delegación que constituye a los *consultores* en ese vínculo que se construye cuando “ponen la cara” para responder, el cuerpo en el comedor, el oído para escuchar a los que parece que nadie escucha; cuando evalúan admirando o sancionando con la voz del estado. Y es a la vez la delegación de “sacar la cara por otro”, por el comedor en el ministerio, porque en definitiva quienes conocen los comedores son ellos, y conocerlo implica saber qué hacer allí, qué necesitan, a cuánto se puede pelear una prestación o cómo acompañar para buscar lo que el mismo programa o ministerio, pide que “fortalecidos” hagan por sí, para enorgullecerse y capitalizarlo luego; contando o ignorando el sentido práctico de la cotidianeidad de sus interlocutores en los comedores, sobreimplicándose a veces, subestimando o dialogando en otras.

El orden está constituido en el mismo flujo de poder que vincula la historia de las insignificancias del subdesarrollo frente al desarrollo de otros, en un régimen simbólico que define lo que significa, lo aceptable en sus versiones higiénicas y moralistas. Un orden narrativo, omite la génesis histórica de relaciones socioeconómicas de producción y distribución para inscribir sus fetiches, vinculando un lenguaje y unas prácticas en una configuración social que acepta la corriente, incluso en las contradicciones, cuando las omite o niega, rutina acrítica o reverencia ante lo sagrado.

Entre la razón y la violencia del estado se construye su mayúscula dice Taussig (1998), la “E” que compendia su cualidad sagrada que él yuxtapone para pensar en el estado colonial, viene a cuento cuando de *misión y salvación* se trata.

Reflexiones de alteridad: trabajar sobre el otro, trabajar para el otro (¿habrá un trabajar otro?)

Cuando se armaron los programas por ejemplo, había que armar un sistema financiero, un sistema de rendición de cuentas; los que diseñaban los programas eran típicamente consultores, estaban seis meses y se iban a la mierda, a otros programas... por eso cobraban mucho en contratos cortos. El consultor de los mismos '90 que vieron nacer al FOPAR, y que se representaba cual figura asimilable a la empresa, se caracterizó como un profesional cuya experticia le disponía la posibilidad de cobrar holgadamente, en un contrato corto, *para resolver un problema particular*, nos dijo uno de los interlocutores en el programa más experimentados en la tarea desde aquellas épocas²³.

Mediadores y representantes, los llamé “técnicos” y de hecho así caracterizan su trabajo para diferenciarlo del de la política de los gobernantes, de los que arriban al poder y procuran su objetivo partidario. Durante mucho tiempo nuestro empecinamiento por analizar tal vez dicotómicamente su accionar, omitió la nominación *consultores*, la tuvimos allí desde el principio reconocimos luego, los responsables del seguimiento en el programa siempre fueron *consultores*. Sin embargo, analizar la negación también nos puso a considerar nuestra aversión a “la consultoría” en tanto nueva profesionalidad en el estado, a partir de su *reforma* en los '90.

El surgimiento de la consultoría, aparece como nuevo actor institucional en el marco de la llamada *Reforma del Estado* al tiempo que producía el fortalecimiento del mercado. Un proceso, que el pensamiento neoconservador -en su propuesta de solución a la crisis en la que se vio envuelto el estado-, proclamó limitarlo y re-delimitarlo. Transformando la misma crisis que lo intimara, en un nuevo movimiento instituyente de poder simbólico.

²³ Respecto de la posibilidad de efectivizar la resolución de problemas, habrá sin dudas suficientes debates teóricos, sin embargo los chistes que anduvieron el mismo círculo de estos profesionales -jactanciosos podríamos decir- también ilustran; me permitiré un relato: *Un joven ejecutivo con camisa blanca Hugo Boss y zapatillas DKNY va con su espectacular todo terreno por el campo y se encuentra con un pastor que está cuidando su rebaño. El joven le dice ¿me regala una si adivino cuantas ovejas tiene en su rebaño? El pastor le dice que sí y el ejecutivo toma su notebook, se conecta a la red, entra en una página de la Nasa, identifica mediante coordenadas la zona dónde está el rebaño y le dice al viejo: Hay 1.347 ovejas y 4 pueden estar embarazadas. El viejo asiente, pero cuando el joven estaba cargando el animal en su coche, añade: ¿me devuelve mi oveja si adivino su profesión? El ejecutivo acepta y el pastor le dice: Usted es consultor. ¿Cómo lo ha adivinado?, responde. Por tres razones: usted vino sin que yo le llamara, me cobra una oveja por decirme algo que yo ya sé y se nota que no conoce nada de mi negocio porque se estaba llevando a mi perro.*

La *Reforma del Estado*, -que contó con el apoyo en contenido y forma, y financiamiento de organismos internacionales de crédito como el BID y el Banco Mundial enclavada en un imaginario de criterios de carácter económico financiero, proclamaba -desde las voces de sus consultores especialistas claro-, el achicamiento de las plantas de personal de la administración pública estatal, procurando dinamizar el mercado de trabajo; a la vez que se avenía a un cambio de cultura organizacional de la burocracia estatal, en pos de mayores grados de responsabilidad y espíritu empresarial (Estevez, 2001).

Resolver un problema particular es una sentencia que nos vuelve a interpelar sobre la lógica de los programas en tanto abren y cierran ciclos, comenzamos este capítulo diciendo que los programas de desarrollo tienen inicios y finales; esto es imponen tiempos de problemas, tiempos de soluciones, tiempos de aprendizajes, cierres y *estrategias de salida*²⁴.

Los que escribieron los manuales, son todos consultores, especialistas en temas sociales de determinado tipo. La relación entre consultoría y experticia, me puso en condición de interpelar la relación en la cotidianidad actual del FOPAR, dirigiéndonos al modo en que se designa a los que realizan la tarea técnica. *Lo impuso la historia, porque en el programa se trata a todo el mundo de consultores...* concluyó mi entrevistado, luego de brindarme las precisiones referidas a los términos que determinan los contratos incluso, esto es, *consultores*: un universal en el FOPAR, aplicable al trabajador con algún saber profesional acreditado.

Mis notas hablando del *seguimiento* desde una de las provincias del norte, dieron cuenta de que su *supervisión técnica* surgió como dialogo y encuentro de confianza, de respaldo en su cotidianidad, cuando aludieron a que las organizaciones en situaciones críticas propias de su hacer -como por caso definir pagar a alguno de los profesionales extraprogramáticos que habían trabajado en esos emprendimientos comunitarios del primer FOPAR²⁵, los convocaban. Así, los incorporaron como *consultores* propios, invitándolos a las asambleas que llevaban a cabo para sus decisiones en escenarios de conflicto. Claramente, las comunidades contaban para sí un servicio técnico experto, el de estos *consultores del FOPAR* -con los que habían armado los grupos, los proyectos-, para *resolver un problema particular* que no sería un gran *sistema financiero*, pero que sin dudas “tenía lo suyo” en medio de una

²⁴ Volveremos sobre este último aspecto en el próximo capítulo.

²⁵ Los proyectos de los inicios del programa recibían subsidios que financiaron honorarios profesionales tales como: un docente en un proyecto de capacitación, un arquitecto o un plomero matriculado en una obra, y similares. Profesionales que contrataba el programa para un servicio y se desvinculaban. La lógica de la consultoría y la tercerización seguía ramificándose tanto vertical cuanto horizontalmente.

comunidad, en una pequeña provincia de la que finalmente nadie habría de mudarse por esta circunstancia; la consultoría quedaba muy lejos de “la experticia de los seis meses y a otro lado”.

Situación semejante a tomar a cargo la mediación entre las ONGs y sus comedores representados ante el programa, siempre procurando que llegaran los recursos que fueren al comedor: desde los alimentos hasta el asesoramiento o *acompañamiento* para todo lo implicado en su manejo y que muchos responsables de esas organizaciones hubieran mezquinado. Por caso, en alguna otra *región* –con gran caudal de problemas respecto de la asignación de dinero por los comedores representados- se propusieron armar *comisiones rendidoras de cuentas* tratando de garantizar *-de alguna manera-* la equidad de la distribución de los alimentos comprados con el subsidio, pequeñas argucias técnicas no formalizadas constituían nuevas reglas.

La misma “defensa técnica” que consideraron, cuando aludieron a su propia identificación con la *evaluación de los proyectos*, previendo la obstaculización de los embates de los políticos locales con los que -en una de esas provincias reducidas al feudalismo por ciertos analistas-, *con el FOPAR no nos tenemos que meter*. Allí donde, de alguna manera, el procedimiento burocrático asume la defensa de los comedores, puesto que para quienes presentaron lo reglado, lo que había que presentar, sólo quedaría el cauce normado correspondiente; sin depender más que de esos procedimientos administrativos oficiales finalmente; cuestión atribuible a que la gente tuviera *respeto por el programa*; diferenciándolo de otras institucionalidades historizables en la política social, sobre todo la referida a la alimentación. Todavía hoy, resuenan consideraciones peyorativas que aluden a un “bolsón de comida por...”

El mismo *acompañamiento* con los papeles, en los circuitos administrativos en el ministerio, en el expediente, ¿puede entenderse como la materialización del comedor allí, cuando no lo ven, pero claramente sólo después de haberlo visto y de ser quienes “los han escuchado”? Siendo que *vos en terreno representabas al ministerio, pero adentro del ministerio representabas al comedor*. Y siendo que aún cuando no van, los reciben en *las oficinas* -en el encuentro con los responsables disponiendo de sus *rendiciones de cuentas*, de la *certificación mensual de prestaciones*-, papeles que documentan el comedor que estos *consultores ya* conocen, instancia en que la *visita* invierte roles y los obliga a reestablecer a los comedores en

sus representaciones. Maneras de hacer que, de alguna manera evidencian algo de lo posible afuera -en el comedor-, mucho de lo de adentro -en el MDS, lo propio en tanto agentes del estado-, y claramente los interpela en su doble delegación, así como en su existencia dual e interactiva.

Las discusiones al interior del ministerio, por caso la que correspondiera al cambio del valor de las prestaciones en el programa –es decir, las referidas al monto financiable para prever un desayuno, un almuerzo, etc.-, alguna vez suscitaron combates en los que *los consultores en general funcionamos más como representantes de los comedores*; ¿poniéndose en la piel de esas personas, cual si estuvieran allí?; ¿hablando por ellos?, ¿recuperando lo que dirían esas personas ahí, o qué? Mi interlocutora respondió afirmativamente entonces, pero pensándolo un momento más, detuvo el modo en que procurábamos más explicaciones y completó: *vos hablás como en defensa del comedor... siendo vos mismo pero...* Sin abandonar el tono, pero cambiando el gesto por uno de resignación multiplicó las duplicaciones: *Porque después, eras el mismo que anotaba viendo a la mina haciendo tres cosas con la misma mano, anotabas no tiene registro de asistencia, no tiene no sé qué...* ¿Y no es eso, que percibimos como resignación, el plafón para objetivar su indocilidad, la de su propio poder para jugar los dispositivos de la política pública? ¿Para interpelar lo público entonces?, ¿para resignificarlo en su subjetividad incluso?

Incluso para el coordinador del programa, con el ya mentado *informe de cierre* se abre la posibilidad de un aprendizaje “para adentro”, independientemente del informe *para afuera*, para *el banco* que demanda decir que los objetivos a lo largo de las etapas del programa siguieron siendo los mismos. Y si de alguna manera, los poderosos procuran mantener velada cualquier cuestión que afecte su poder, consignar los objetivos sin cambios, contribuía a la constitución del espectáculo de subsunción que la dominación requiere en palabras y gestos permanentemente. Pero al mismo tiempo, estos actores -con o sin eufemismos-, afirmaban su capacidad de establecer otro discurso, como si en la escena del acatamiento se emplazaran las múltiples mañas de la insubordinación.

Parecería que una vez más, deberíamos hacer el esfuerzo bourdieano por rechazar la pregunta sobre si los signos de sumisión hacen y rehacen la relación de dominación, o si, justamente es la relación objetiva la que ordena los signos de sumisión, haciéndonos perder de vista las estrategias en tanto respuestas activas a presiones estructurales adversas a cualquier cancelación.

¿Es aquí donde el mismo saber profesional, el conocimiento técnico y de la burocracia sirven para resolver y resistir? Y la pregunta, a nuestro juicio vuelve a operar como eufemismo ante tanto que hemos visto allí; ¿por qué sino, siendo conclusión, nos preguntamos? Cierta parte de la academia se acostumbro a exigirnos más preguntas que afirmaciones -en su “doble heteronomía”, dependiente del tráfico intelectual de la razón imperialista tan presente en el campo científico-político cual en el periodístico o editorial- con los riesgos que ello conlleva para cuestionar órdenes discursos oficiales y oficializados.

El mismo *consultor*, que trabajando por el cambio en el valor de las prestaciones ante el presupuesto asignado, frente a los representantes políticos del gobierno y de los organismos de crédito – y sin poder elaborar su apelación “científica” a la inflación²⁶-, constituiría quizás otra manera de ver cómo se trabaja para los comedores, en y con el régimen discursivo propio del desarrollo que patentiza este programa, parte de la agencia estructurada socialmente. Porque este *consultor* también coordina ese *algo más* que *el banco* no pide cuando dirige sus acciones en esta línea, –al modo del supervisor cuya *visita* hacía más de lo que consignaba en su informe a guisa de *que al programa no le interesa*-. Semejante a unas *lecciones* asimiladas a *buenas prácticas*, el espacio se abre más allá de lo normado desde afuera, incluso para salir del MDS y para pensar el comedor cuando se trata de escribir esas *lecciones* que apoyarán las nuevas decisiones. Porque así como el consultor en el comedor hace más cosas, que no informa, el informe de cierre también recogió muchas más que las que finalmente tradujo en innumerables eufemismos cuando la “compostura” y la conveniencia así lo exigieron.

Aquellos eufemismos que en tanto no se cuestionen seguirán formando parte de los discursos públicos tal como indica James Scott, en su existencia también legitimarán las fintas, las artes de hacer y sus “simulaciones polimorfos” (de Certeau, 2000). El desequilibrio de poder es grande, pero eufemismos y ficciones acontecen al servicio de los combates en el cotidiano hacer, entre los riesgos empíricos de una institucionalidad bien definida al servicio de un campo de poder, que finalmente los necesita a ambos lados de las relaciones políticas que allí se establecen.

²⁶ Referimos aquí las disputas respecto de los índices oficiales al respecto, que fueron incrementándose en la gestión de gobierno del Presidente Néstor Kirchner. El caso es que cualquier justificación basada en este dato hubiera sido suficientemente relevante, sin embargo no fue una herramienta a usar sino tangencialmente.

Ese funcionamiento del FOPAR, si bien advierte cierta intencionalidad no aparece sino como una construcción que se despliega en el funcionamiento práctico del habitus. Desplazándose, desmarcándose de los controles de deliberación y discurso, “obedece a una racionalidad práctica fundamentada en una ‘sensibilidad social’ prerreflexiva adquirida por las personas en los universos sociales que los rodean en virtud de su prolongada inmersión en ellos”, tal como dice Wacquant (2005: 164).

La política social es producida e implica agencia, allí en el comedor o en el ministerio, da lo mismo cuando la continuidad simbólica está emplazada. Cuando ese espacio colectivo en el barrio, abre sus puertas a los que tengan la voracidad de hacer algo más o diferente, de una política social trazada para el hambre allí, “extendiéndose” por sobre el *proyecto* aprobado; igual que Caro, Ricardo y Merce en su obra. Cuando los *consultores* encuentran los criterios situados que componen “los grises” del *acompañamiento* y del *seguimiento*, constituido en posibilidad de *llenar* el propio trabajo, que claramente *es algo más que control de lo que está en el convenio* y se escribe en un *informe* o *acta*; incluso cuando la propia obra se une al deseo -pulsión, esperanza, hambre²⁷- “del comedor”, *la visita* -del consultor al comedor, “del comedor” al ministerio-, se despliega haciendo gala de estrategias de supervivencia, que a veces son más fáciles de ver y tematizar entre los pobres, en los comedores justamente, que en esta comunidad que representa el programa hecho.

La sucesiva *extensión* del FOPAR da cuenta de ello; del mismo modo que también lo propone el diseño del nuevo programa -que asegura la continuidad laboral de todos los *consultores*- ante el inexorable *cierre*.

Aún en la vulneración consensuada ante la norma que fue del formulario al acta, o en el menú exhibido sin demasiada antelación, hay formas de la política pública que manifiestan su potencial generando múltiples efectos significativos en la dialéctica infinita de lo dominante y lo pequeño, entre el sentido práctico y la historia. Entre los capitales tensionando el campo, cuando debaten la oportunidad de la escritura/autoría del próximo diseño -para que no “les venga hecho”-; allí mismo donde encuentran las verdaderas *lecciones* que suspenden los saberes expertos anónimos de otros *consultores especialistas en lo social*, para (pro)poner los propios; incluso en los aprovechamientos marginales de prácticas que ni se andarían si no fuera por exigidas -las *lecciones* por caso-, emparentan al programa con el comedor más de lo que a veces puede ver.

²⁷ Hambre es, en muchas oportunidades, sinónimo de ansia ciertamente.

Los esquemas significativos -en acontecimiento-, de unos y otros actores, vuelven a dar sentido al comedor y al programa conformando una trama cultural para las políticas sociales que se juegan allí. De manera tal que “la cotidianización” situada del FOPAR, no sólo puede verse como producto, puesto que constituye un espacio de resignificación de las relaciones simbólicas que forman parte de una trama que se juega en la realización práctica de categorías en un contexto histórico específico; por eso nombres y clasificaciones rectoras del orden, se extrañan de su significación original, y aún en su mismo régimen dejan nuevos mojones. Incluso negando el autoengaño, que omite que el ejercicio del poder no necesita ser definición explícita y conciente, y aún así se constituye tal y por tanto, productivamente en lo social también en esta política.

Una productividad de discursos y prácticas -que no creemos pueda dirimirse en medio de la lógica de la dominación o la autonomía simbólica simplemente, y procurando eludir la división entre estructuras o formas de organización y representaciones sociales-nos advierte un tipo de relaciones y vínculos, un modo de manipular los espacios, los objetos y las normas de la política pública, que más que meramente tomarlos y reproducirlos -entendiéndolos o no incluso, no es el punto-, “trafica” sus propias operatorias, tratando de manejar todos los recursos de las maneras que ese campo social habilita, al tiempo que reinscribe sus imágenes, sus riesgos y sus límites desplazando y emplazando; en la apuesta simbólica que se entrama entre usos, interpretaciones y prácticas, en lo social vivo que se construye en una política social hecha relacionalmente aquí.

¿Quién tiene el control material y simbólico de ese espacio que constituye el comedor? ¿Cuáles son los desafíos que lo aguardan silenciosamente? Y entonces: ¿quién tiene el control material y simbólico de ese espacio que constituye el programa?; ¿cuáles son sus desafíos?

La ayuda económica, la planificación exigida “para ser”, los controles permanentes, las listas y los menús, presencias y ausencias; contribuyen a construir al comedor de modo diferente al del “sin programa” ciertamente; sin embargo, entendemos que de ninguna manera es la forma estricta en la que muchas veces se analiza cuando se habla de dominación del desarrollo o el clientelismo para decir *la política de los pobres*. Del mismo modo que decir que “la política social es” dos puntos, y a cargarla de calificativos más o menos estudiados por los “sociólogos periodistas” como los refieren Bourdieu y Wacquant (ob.cit.), o del sentido común incluso, algo así como un universal que puede ser catalogado en un ejercicio más de reificación que ignora sujetos e historias, en las que encontramos cambios marginales y probablemente

podamos examinar las transformaciones que pueden darse en este tipo de procesos generativos emplazando otro espacio más de lucha que puede enunciarse desde el estado, con o sin el gobierno.

Este mismo desarrollo, en su devenir, ha visto la lucha y entonces nuevos actores operando en sus territorios más exclusivos, de tal suerte que así como la inclusión de niños de clases populares han modificado las atmósferas de las aulas, también la inclusión de *consultores* solidarios con determinados actores por origen o interés social, por afecciones -tanto o más especialistas en las temáticas sociales, sin omitir que nos parece importante-, han puesto a la cuestión de la delegación en una gama de grises que merece observarse y tomarse en consideración.

Así, cualquier digresión respecto de las políticas sociales que las calificaran desde las reificaciones propias, o las de los “daños colaterales” que les producen las que se asignan al estado, omitirían unas herramientas reales de la política pública que aún en la delegación no omite potencialidades; y si la razón jugada es significativa, las subversiones posibles se extienden en la densidad de las relaciones interculturales que este espacio brinda, teje, construye, es finalmente.

Así, la autoría en su infinita productividad, no puede verse en una sola dirección y con un único contenido, aún en los habitus del desarrollo; inherente a la acción significativa advierte una eficacia -simbólica que no puede dejar de ser materialmente asequible- en términos de resistencia y reinención, cuya autoría emplaza al desarrollo social en múltiples versiones.

Capítulo 3

La obra frente al documento (entre organismos, “agonismos” y antagonismos)

La cultura, ese documento activo, es pues pública... Aunque contiene ideas, la cultura no existe en la cabeza de alguien; aunque no es física, no es una entidad oculta... Aquello por lo que hay que preguntar es por su sentido y su valor: si es mofa o desafío, ironía o cólera, esnobismo u orgullo, lo que se expresa a través de su aparición y por su intermedio. Clifford Geertz ([1973]2003).

El camino que hemos recorrido, narra la segunda mitad de 2005, tiempo de *cierre del programa*. Pero el fin del FOPAR no clausuró comedores comunitarios, sino que inició una nueva etapa para esta política pública. El último tramo se ocupará de la concreción del *cierre del programa* y la apertura de un nuevo tramo institucional para el trabajo de la acción gubernamental dirigida a comedores barriales.

Del FOPAR al PNUD (una estrategia de salida como misión)

El *cierre* se produjo ese diciembre finalmente. Terminó *el FOPAR* pero *el PNUD* no se mostraba mientras esperaban disponer de fondos, y lo seguían llamando con el viejo nombre. Finalmente se trataba de *otro programa internacional con consultores, exactamente igual que un programa del banco mundial*. El PNUD era, por esos primeros días de 2006, un nuevo organismo con el que interactuaría la institucionalidad de esta política alimentaria y, por cierto, un nuevo documento, *el proyecto*. Comedores desfinanciados y consultores sin salario, retrasaron la posibilidad de advertir los cambios formales. Fue un largo verano para *consultores y comedores* que recién en marzo vieron sueldos y desembolsos.

Sin fondos, ¿qué hacer?, ¿qué seguimiento realizar?, ¿qué cuentas revisar? Ni *visitas ni rendiciones, consultores y comedores*, lejos de la regularidad de las circunstancias de la labor habitual por esos días, no abandonaron su trabajo. Refiriendo obviedades ratificaremos que los comedores siguieron su labor, no sin dificultades, después de todo pocos pueden imaginar su cierre hasta el nuevo aviso o habilitación biopolítica. La comida llegó recuperando ahorros o endeudándose con el comerciante del barrio al que luego le jurarían lealtad eterna;

rescatando sus viejas argucias para agenciarse los *frescos*²⁸, conformándose y haciendo malabares con los *secos*²⁹ que obtuvieran del *Plan* (que siempre nombra al PLAN NACIONAL DE SEGURIDAD ALIMENTARIA, *el PNSA*); subsistiendo al fin, tarea conocida finalmente, aunque con cuatro años de olvido (FOPAR mediante).

Los *consultores* lejos del territorio de los comedores, se concentraron en papeles, la ausencia en el campo-comedor no para todos significó descuido o retirada, porque permanecieron *orientándolos* dijeron, por caso para estirar cualquier dinero hasta inaugurar el desembolso *del PNUD*. No sin angustias contaban por esos días la cuestión de no saber *qué decir a la gente de los comedores*, haciéndose cargo dijeron, en tanto *vos sos el referente*; sumando a la preocupación de carecer de información segura cuando *la mayoría estaba desfinanciado*, y *en enero dijiste <en febrero>* (refiriendo que en febrero aún seguían sin “información oficial” respecto del tiempo para los nuevos desembolsos); *información que teníamos la comunicábamos*, mientras seguían *ocupándose de conseguirles mercadería seca*.

El programa que reemplazó al *FOPAR*, está situado institucionalmente en la mediación del PROGRAMA DE NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO, lo designan *PNUD*, transfiriendo la manera de nombrar de aquél, dado que *FOPAR* no nombraba un programa sino el *fondo* (FONDO PARTICIPATIVO DE DE INVERSIÓN SOCIAL).

El PROGRAMA DE NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO se presenta en Argentina desde su página web: *El mandato del PNUD es contribuir al desarrollo humano en cuanto al establecimiento de pautas sustentables de producción y consumo, y a la erradicación de la pobreza*, mientras que dando cuenta de su experiencia dice de sí que es *reconocido como un eficiente facilitador en la implementación de políticas y programas para contribuir al desarrollo de capacidades gerenciales y de sistemas operativos*.

Bajo el patrocinio del PNUD, ¿es lo mismo el programa que bajo la égida del Banco Mundial? Desde lo formal, básicamente no se trata de un préstamo, nuestro país es parte y *donante* de este programa, porque -como advierte la continuidad de la presentación web- *el PNUD fue originalmente concebido como el organismo financiero central del Sistema de las Naciones Unidas, con el rol esencial de plantear en conjunto con los países en desarrollo las prioridades a las cuales asignar los recursos que (...) recibe de los donantes*. Los países miembros –a los que designa *países beneficiarios*-, le *confían* sus fondos para ser administrados, su *asistencia está relacionada con planes y prioridades nacionales*.

²⁸ Así se nombra a los alimentos tales como carnes, frutas, verduras.

²⁹ Los que conocemos como no perecederos (harina, arroz, fideos, etc.)

Es dinero de la Argentina, entregado a Naciones Unidas para hacer frente a una prioridad ya definida por nuestro país, en este caso la *seguridad alimentaria* entendimos.

Las memorias del seminario “Reflexión sobre la Seguridad Alimentaria en Argentina” (FAO, 2007) rescatan la complejidad de esta categoría: “debido que abarca conceptos de producción, de acceso, de estabilidad y de consumo (salubridad, nutrición y aspectos culturales), los cuales se enmarcan en la reivindicación del Derecho a la Alimentación, tema ya tratado en la Carta de los Derechos Humanos de 1945” (pp.14)

Rescatar la propiedad del dinero no fue oportuno para mi interlocutor, *no, la plata no es nacional, la plata una vez que se transfiere a Naciones Unidas -a Nueva York- se transforma en internacional y viene como donación*. Frente a la insistencia respecto del patrimonio nuestro sobre el dinero, nos respondería por la negativa: *no, la plata es fungible*. Si bien los bienes fungibles trajeron otra clasificación a mi mundo mirando el programa, no explicaron la lógica del dinero nacional para volvernos como *donación*. Pero quizás no fuera ese el punto y su convicción -que antes remitiera al Banco Mundial y ahora al PNUD-, no estuviera plantada en la cuestión del dinero, sino en la apuesta a una dimensión más de eso que habitualmente llaman *paraguas*, puesto que la utilidad radica en *manejarte con una normativa internacional, no manejarte con una normativa nacional*. El régimen que regula los procedimientos burocráticos dentro del estado nacional, en el MDS entonces, aparecía en su relato obstando resultados.

Aquellos procedimientos que comúnmente evaluamos desdeñosamente, consideraciones que no se reservan sólo a cualquier persona “presa” de un trámite -hecho desde afuera-, sino también a los que habitamos los organismos públicos; los protagonistas de estos circuitos burocráticos también los descalificamos y procuramos trascenderlos -muchas veces personalizando los procedimientos que envuelven-, “gambeteándolos”, forzándolos en el tiempo fundamentalmente. Verdadera “garra institucional” de los procedimientos -nos ayudará a decir Mary Douglas (1996)-, termina pareciendo más fuerte que los hombres que la produjeron y que cada día la enfrentan con sus argucias. Jactarse de haber reducido el circuito administrativo del expediente de un comedor a la tercera parte de los pasos en su recorrido, es un *logro* que da cuenta de más que una satisfacción en ese trazado que vulnera los procedimientos normados, y que excede cualquier respuesta *al PNUD* en sus mismas demandas de eficacia para la gestión de trámites. En el programa saben que su nueva pauta “agilizada” es más que lo esperado por *el PNUD*, ellos -desde adentro- han superado lo mismo que ese organismo suponía prometerle cual mejora en la gestión administrativa al gobierno nacional -desde afuera-.

El PNUD³⁰ nombra desde el primer día del año 2006 al programa que reemplazara al *FOPAR*, de hecho fue uno de los nombres que asumieron sus *estrategias de salida*³¹. Cada programa del banco incorpora una dimensión de este tenor, para dar cuenta de haber *instalado una capacidad* para el problema que se había propuesto resolver; así nos dijeron y refrendaron por su presencia como contenido de algún *ayudamemoria* de 2005. “Arte y parte” entonces de uno de los textos que documentaron los acuerdos a los que arribaron en alguna *misión del banco* en 2005, los contenidos del proyecto PNUD se contaban como parte de aquellas estrategias.

A finales de 2004 en un artículo de una publicación elaborada y producida por el Equipo de Sociedad Civil de América Latina y el Caribe del Banco Mundial, “Pensando en voz alta”, el coordinador del *FOPAR* y dos representantes del organismo con sede en nuestro país, caracterizaron la experiencia del programa. La publicación recogía “casos sobre el tema del empoderamiento que se logra mediante mecanismos participativos en torno a los productos del Banco Mundial en la Región de América Latina y el Caribe” (Bain, K. 2004; pp. 9). La autora, Katherine Bain, Jefa del Equipo Regional de Sociedad Civil y Cientista Social Superior del Banco Mundial, se complacía en presentar “ejemplos de un enfoque de desarrollo impulsado por la comunidad que indica que la participación de la sociedad civil sí contribuye a reflejar las necesidades y prioridades de los beneficiarios en el diseño del proyecto, en un esfuerzo más por detectar elementos clave de la presencia del empoderamiento” al que reconocía “buenos resultados” a partir de “cuatro elementos clave (...): acceso a la información, inclusión y participación, rendición de cuentas y capacidad local de organización” (ob.cit. pp. 10).

Ese puñado de ejemplos en la publicación, incluía el título “Argentina, de la emergencia a la construcción de capital social” (Cesilini y otros), argumentando la entrada del banco mundial a la cuestión alimentaria, cuando en la introducción advertía: “El colapso social y político de

³⁰ La versión disponible del proyecto, marco institucional y data general, un vínculo al documento del proyecto pueden encontrarse en la página web del PNUD (vigente hasta febrero de 2008, momento de la última consulta para este trabajo). Cabe aclarar que para 2008, las últimas *revisiones* –cambios en contenido y forma al proyecto– que sabemos se realizaron durante 2007 (previando el periodo que llega hasta el año 2009), no está disponible en línea y no lo hemos considerado en nuestro trabajo a guisa de entender que no condice con el tiempo de nuestro campo.

³¹ Si bien *estrategias de salida* se consigna como una voz nativa, tuvo un uso y definición estrictamente técnica, formalizada en este mundo de precisiones conceptuales del orden de verdad del desarrollo, de manera que procurándola nos encontramos con esta definición que entendimos resuelve los ajustes. “Estrategia que define los datos necesarios y suficientes para demostrar que el rendimiento y objetivos deseados de un proyecto de desarrollo han sido alcanzados y que el proyecto puede ser concluido”. Es la definición que el Tesoro de la OIT que abarca temas relacionados con el trabajo, el empleo, y con cuestiones relacionadas con desarrollo económico y social.

Argentina de diciembre de 2001 vino acompañado de una crisis económica, sin precedentes en la historia del país, que empeoró de modo considerable los indicadores de desempleo y pobreza” (ob.cit. pp. 67), desde allí avanzaría dando cuenta de esa situación social crítica cual contexto de transformación del programa formalizada en abril de 2002 cuando concluyeran las “enmiendas al convenio de préstamos de FOPAR con el fin de convertir a los comedores comunitarios en objeto de financiación” (ob.cit.: pp. 69). Justificando así, el desplazamiento de sus objetos anteriores, los proyectos comunitarios.

Allí, los autores anunciaban *las estrategias de salida* para esos tiempos en que el programa estaba “realizando actividades tendientes a mejorar la sostenibilidad y gestión de los comedores comunitarios y contemplando estrategias de salida que les permitan a las comunidades no volverse dependientes de la asistencia externa. (...) FOPAR parece haber tenido éxito en evitar las antiguas prácticas clientelistas” (ob.cit. pp. 74).

Las condiciones de existencia social que justificaron el *FOPAR alimentario* en el año 2002 y su prórroga hasta 2005, volvieron a alumbrar la continuidad de la asistencia financiera a los comedores comunitarios en 2006: *Se puede afirmar que el aumento del riesgo alimentario se enmarca en la grave situación social que enfrenta la Argentina es la frase que abre el título Justificación del Proyecto en el PNUD -designado por ese organismo como PNUD ARG01/06-. Dicha justificación finaliza resumiendo y dice: En el país el número de hogares que no alcanza a cubrir la canasta básica de alimentos al 1º semestre de 2005 es de 1.014.294, que representan el 9.5% de hogares del país, para lo cual cita datos del SIEMPRO³².*

El *PNUD*, nombrado así por unos cuantos meses, se referenciaba “entre papeles” con un número *06/001*; eludiendo -por siempre en el discurso privado- la denominación pública reservada en el documento del proyecto: *Apoyo a la Gestión de la Política Alimentaria* según consta para el ítem *Título del Proyecto*. Una política pública renovada en su modalidad enunciativa, expondría en su objetivo principal, la pretensión de *apoyar la transformación de la política alimentaria en una perspectiva de integración, social, institucional y territorial de las acciones de gobierno*. Para ello, anunciaría que *Los principales productos esperados son: la transformación de los comedores comunitarios en instituciones que brinden servicios sociales integrales y la creación de la Unidad de Gestión de la Política Alimentaria*.

³² El Sistema de Información, Monitoreo y Evaluación de Programas Sociales. Otro de los componentes del *ARGENTINA SOCIAL PROTECTION PROJECT 1. SOCIAL ISSUES IN ARGENTINA*. (Ver cita 5 capítulo anterior).

De algún modo, el pie de la política social consonante con la retórica del gobierno de la gestión de Alicia Kirchner, se hizo presente en el texto; al tiempo que el anclaje del **FOPAR hecho** -sus propias voces- se recuperaba en los productos esperados.

El tiempo del *FOPAR* en la gestión política de la ministra Kirchner fue tenso por varias razones, en un principio, tal como marca alguno de nuestros interlocutores sus expresiones respecto de los *programas internacionales*, los *enlatados* y los *comedores* no eran sino de descalificación y destitución. Durante la ejecución del programa en esta etapa, su nombre instituido debió antecederse del nombre del *PLAN NACIONAL DE SEGURIDAD ALIMENTARIA* (PNSA), mismo tiempo en que los *consultores* se molestaran por no encontrar al FOPAR en los documentos de presentación de las políticas llevadas a cabo por el MDS. La necesidad de omitir el viejo nombre, designando a lo sumo *comedores comunitarios*, para reemplazar la voz *FOPAR*; parecía para mis interlocutores, una manera de negar u ocultar lo que la nueva gestión política probablemente detestara, los *programas internacionales* y -bajo su conceptualización y a su amparo- los *enlatados*. Para los empleados del FOPAR/MDS que ya habían construido una identificación con en el programa, durante muchos años o incluso los que se incorporaron en la etapa alimentaria, ello no se vivía sino como una forma de avasallamiento que refirieron cual ofensa y maltrato por parte de esa gestión política.

Los *consultores*, frente a la elaboración de *un informe* cotidiano -en el marco de lo administrativo/burocrático-, debieron tomar recaudos respecto de la *etapa del programa*, para dirimir cómo nombrar. No sólo el término *FOPAR*, constituía un desplazamiento. Una de las primeras reformas para el PNUD en marcha se advirtió en los “papeles”; los informes en los nuevos expedientes debieron desterrar el término *comedores* para nombrar *organizaciones*, mi interlocutora agregó indignada razones que renovaban el marco nominativo del PNSA una vez más: *El plan quiere organizaciones y no comedores. ¿Para Uds. qué son?, comedores*, respondió sin dudar. Otras explicaciones que recogí, lo expusieron de esta manera: *eran cuasi organizaciones, y nosotros las seguíamos llamando organizaciones... en nuestro delirio, pero no lo eran. Había muchas de esas cosas que eran: la manzanera con su familia y tres o cuatro más del barrio que colaboraban, era así.*

Levantar el teléfono y en lugar de escuchar *FOPAR*, oír la palabra *proyecto* resultaría más una contrariedad para la jerarquía política del programa en el MDS, que una gracia para ciertos

interlocutores que supimos de la designación en esa nueva retórica política del desarrollo social que cuando nombra funda.

La Ministra. Kirchner ha dado cuenta de los planes nacionales en su obra “La Bisagra”: “En enero de 2002, como producto de la crisis, se declara la Emergencia Alimentaria en todo el territorio nacional, hasta el día 31 de diciembre de ese año. A tal efecto, se crea –en el ámbito del Ministerio de Desarrollo Social– el Programa de Emergencia Alimentaria, destinado a la compra de alimentos para la atención prioritaria de las necesidades básicas de la población de alta vulnerabilidad y en riesgo de subsistencia.” (2007; 210) Es este el recorte que antecede a lo que su gestión asume como propio y distinto: el Plan Nacional de Seguridad Alimentaria (PNSA). El texto de Alicia Kirchner no nombra al FOPAR alimentario mientras que el trabajo que aborda la “Protección Social en Argentina” para el periodo comprendido entre 1990-2003 (Bertranou y otros, 2005), avalado por el Ministerio de Economía de la Nación (del gobierno de N. Kirchner) y la OIT, incluye en su inventario para “el área alimentación y nutrición”, al Programa de Emergencia Alimentaria, el FOPAR y el ProHuerta, en consonancia con la descripción que la Ministra Doga³³ caracterizara como parte del “eje alimentario” (2003) para su gestión de gobierno que antecediera a la de Alicia Kirchner.

Si bien resultaría poco útil dedicarnos a documentar antecedentes que advierten el modo de desalojar la historia de las políticas sociales para fundar las “propias óptimas”, nos obligamos un momento, puesto que estos emplazamientos sustancian las destituciones y omisiones que impactan en la labor, la historia, el trayecto laboral de nuestros actores. La significatividad de la experiencia juega oponiéndose a lo insignificante, en un campo que -porque se sabe justamente capaz de entender- es capaz de afrentar cuando ignora (Bourdieu, 1997).

Aquella improcedencia del teléfono era consistente con la contrariedad que implicaba *hablar de proyectos; hay un plan*, recogió mi interlocutor como única razón que le ofrecieran para descartar la palabra *proyecto*. Entendimos así que la socialización profesional en medio de esta institucionalidad, resiste sus contenidos constitutivos previos, cuando las subsunciones que aprendimos para “planes, programas y proyectos” en el disciplinamiento académico, inaugura usos prescindentes de aquellas conceptualizaciones en la lógica jerárquica del campo de la gestión política para el que nos hemos formado. Pequeñas abdicaciones del conocimiento que se defiende “técnico”, se emplazan entre la contradicción lógico-conceptual y la oposición que aparece frente a los modos de la política, su propia lógica. Allí donde las

³³ Ministra de Desarrollo Social durante la gestión de la presidencia de Eduardo Duhalde, entre el 1 de enero de 2002 y el 25 de mayo de 2003.

diferencias se articulan en un contexto hegemónico, pueden transformarse en resistencia, sutilezas de negociación, desposesión, cancelaciones o nuevas argucias, porque los desplazamientos resultan inexorablemente en emplazamientos otros, entonces puede que de la agonía resulte la “antagonía”. Una multiplicidad de desplazamientos de lo obligado se vislumbra cuando estos actores reivindican que *la gente de los comedores* los diferencia del *plan*, que *son del FOPAR*, o llanamente refieren personas: *fulano es FOPAR*.

Una salida del FOPAR: salir del comedor

Mucho antes de *las estrategias de salida* de este PNUD, ya había sido suficientemente enunciado que el programa de comedores tendría que finalizar. Si bien durante la gestión Doga, el tema de la *comensalidad doméstica* se “agendó” políticamente, fue afirmándose durante el ministerio de Alicia Kirchner. Más de un discurso recoge esa intención sacándola de los discursos de pasillo para instalarla en lo público; así, el año 2005 que abriera el *cierre* del FOPAR, también prevería: *Ir progresivamente dejando atrás la política de comedores sociales comunitarios para transitar el camino de <volver a comer en casa>*. Una declaración de principios para *La misión primigenia del Ministerio de Desarrollo Social para el año 2005*, expresaría la necesidad de *volver a casa, porque el mejor comedor es la casa por más humilde que esta sea*, versaba el registro de expresiones de la funcionaria, en la gacetilla de prensa correspondiente a unas jornadas de coordinación de políticas sociales con las provincias.

Finalmente “La Bisagra” (ob.cit.) registra -recuperando historia escrita en el FOPAR, pero sin anunciarlo-, que “En algunos lugares del Conurbano Bonaerense y en otras regiones del país hemos empezado a poner en práctica el “**Volver a casa**”; una nueva línea del programa que se integra, a partir de los recursos preexistentes, a otras líneas de intervención en marcha constituyéndose en la estrategia central de “**salida**” del modelo de asistencia alimentaria vía comedores comunitarios” (pp.216; el resaltado corresponde al original).

La presentación que aludía al retorno a la *comensalidad* en cada familia, ya había sido delineada por escrito en el FOPAR; Doga rescataría en su obra -tras caracterizar aquello que denominara en sus políticas “eje alimentario”-, algunas recomendaciones para la gestión heredera, exhortando a “Favorecer, cuando sea posible, la asistencia alimentaria en el marco de la comensalidad familiar” (2003; pp.64). No sería sino hasta noviembre de 2003, que aquello que nombraran como *el Volviendo a casa* en la gestión Doga, se bosquejara como *Comiendo juntos* para designar aquello que en 2005, compondría el contenido de las *estrategias de salida* del FOPAR en el *ayudamemoria del banco*. Desde el *FOPAR* quedó

enunciado, anclándolo en lo hecho: *Esta nueva actividad del programa forma parte de una estrategia que comprende las otras líneas de intervención en marcha: prestaciones alimentarias, fortalecimiento de las organizaciones y proyectos productivos y aquellas a implementar en un futuro próximo: infraestructura y equipamiento para los comedores*; así lo anunciaba el *Comiendo juntos* procurando dar cuenta de que volver o no volver, era parte de una acción programática –escrita/inscrita en el FOPAR- .

Abriendo 2006, el primer *documento del proyecto PNUD* –producido durante 2005, conviviendo con *las lecciones aprendidas-*, difundiría en su *estrategia de salida* el fin del financiamiento para comedores: *Se prevé sostener de manera decreciente los servicios alimentarios financiados por el ex FOPAR-PNSA en las instituciones que brindan servicios comunitarios regulares, a través de la diversificación de la asistencia que brindan a la comunidad. Esto implica un desarrollo de actividades en las organizaciones y una reducción paulatina del financiamiento del componente alimentario, para centrar el financiamiento en el mediano plazo en las actividades comunitarias no alimentarias.*

El PNUD materializaba la *estrategia de salida* planteada por *el FOPAR*, y a su vez, el anclaje del nuevo programa hacía pie en la capitalización previa cual requisito: la experiencia en *servicios comunitarios regulares*, aseguraba el trabajo comunitario.

Comúnmente, en medio de estos discursos y políticas, suele suceder que -por caso, las *estrategias de salida-*, discurren sobre *capacidades instaladas* de los que -usualmente desde los '90- llamamos *beneficiarios*, y que en este programa referencia comedores u organizaciones. Institucionalidad o personas, cualquiera fuere el modo de enunciación para los sujetos de ese lado de la relación que establecen las políticas sociales, no son los únicos que se han hecho de una capacidad. Ciertamente el MDS se ha hecho de un anclaje innegable de capitalizaciones, proveedor de certezas para considerar el accionar que asuma el desarrollo social, individualizándolo en los *consultores* de esta política en comedores barriales. Una mirada “desde arriba” tejida en la relación hegemónica entre modernidad y desarrollo, en sus múltiples “hilos horizontales” (Blaser, 2004); alumbra e irradia un programa que “se aprende” sólo por sus *beneficiarios*; aún cuando *el banco* “le tome lección al programa”. El programa es capitalizado, y la capacidad instalada es relacional, lo cual implica que no únicamente “baja” al campo-comedor -en la renovada “salvación” que el desarrollo desde siempre prometió-; mientras la mirada lineal y “desde arriba”, atribuye la posibilidad de estas capitalizaciones a los “otros pobres” de la relación.

De hecho ¿podríamos establecer alguna analogía para *el PNUD* y su enunciación respecto de los *países beneficiarios*? La gubernamentalidad se despliega para constituir, sostener al estado gubernamentalizado en esta lógica, transnacionalmente también. Ciertamente es que el PNUD se trabajó a partir de innegables garantías, apoyándose en estas capitalizaciones profesionales que el FOPAR atrás aseguraba. La profesionalidad demandada por el desarrollo para el programa del Banco Mundial, por ejemplo para cubrir los puestos de los planificadores y ejecutores de sus acciones, remite a procesos de socialización y subjetivación en el tendido infinito de “hilos horizontales” en pos/del desarrollo capitalista. Hilos que toman “nuevas puntas” cuando se enlazan con los pobres en el territorio, así como cuando el FOPAR decidió trabajar con comedores o emprendimientos sobre lo hecho, es decir: comedores de más de dos años, proyectos productivos en funcionamiento; asegurándose hilos en su tejido con “puntas otras”, de alguna manera atando cabos, en la textura del campo concreto en el que discurre el discurso del desarrollo.

Probablemente, una especie de capitalización enajenada, no asuma el tejido relacional que involucra a estos sujetos a la hora de pensar sus *capacidades instaladas* (lenguaje de los organismos), probablemente aún no sepamos de qué manera impacta cuando inhibe el reconocimiento de la potencialidad política de sus obras (en el propio lenguaje).

Capitalizaciones y lecciones: más del PNUD o más de lo mismo (más del FOPAR)

Si bien quienes han hablado a lo largo de nuestras páginas no han asistido a la escritura del *documento del proyecto*, no materialmente; quién podría negar que “sus notas” no hayan llegado allí. Aún sin haber sido convocados como escribas, lo que sea que fuere este documento PNUD es también su palabra. Entre lo escrito por otros y lo hecho por ellos, los *consultores* han dado la identidad al programa que continúa al amparo de una nueva modalidad de financiamiento y administración; sin embargo una continuidad no exclusivamente establecida en seguir trabajando con comedores puede vislumbrarse.

La organización de puestos y cargos para el nuevo *programa*³⁴ en 2006, muestra una clara continuidad formal: un *supervisor*, un *regional*, un *jefe de oficina*, etc. Son figuras conocidas, no sólo por los lugares en el organigrama, sino porque las personas a cargo siguen siendo las mismas. Mezclando la lógica retención de cargos por las personas (sus trabajos, sus salarios) -que constituyó una preocupación en los momentos del *cierre del FOPAR*-, la confianza en

³⁴ Hemos decidido llamarlo así puesto que nos asociamos a la voz nativa. Por una parte, no se desdibujan los límites de la definición que le cuadrara antes, por otra los actores no adaptaron el término *proyecto*, según indica la nominación del PNUD.

una estructura de funcionamiento “funcionando” y en determinados sujetos para garantizar el trabajo hacia adelante, había dejado sus huellas en “lo nuevo”.

Todo el trabajo con comedores no es sino el *del FOPAR*, por eso la *estrategia operativa* desplegada para *el PNUD* es la misma para lo mismo; más allá del texto escrito, la “nueva operatoria de la cotidianeidad”, no advirtió sino la conocida; aún encarando los desafíos de ejecución que plantearon las nuevas líneas de financiamiento. En definitiva, la estrategia armada en el hacer, en el trayecto colectivo, diluyendo las dicotomías entre lo escrito y lo hecho -en un proyecto por caso, el de Merce-, bien puede ilustrarnos ahora. Son papeles y obras, *actas* que fotografían y documentan un presente en la *visita*, que luego no advertirán en un expediente sino como *historia del comedor* –humanizándolo–; *actas* que ni se nombran entre las nuevas herramientas del seguimiento en el *documento del PNUD*, pero que seguirán usándose a lo largo de todo el nuevo recorrido que llega hasta cerrar el 2008.

Entre el escritorio y el campo/comedor tenemos dos espacios bien delimitados para el trabajo de los *consultores*. Las *nuevas líneas de financiamiento* del PNUD demandan, como en las prescripciones del FOPAR, más que el control del gasto de la comida. *El desarrollo de las capacidades locales de generación y gestión de Proyectos, que estratégicamente apuntan al desarrollo de los servicios comunitarios, según el documento del PNUD*, implica concretamente a nuestros interlocutores: *nosotros, en el marco de las prestaciones alimentarias vamos a financiar otras actividades extra alimentarias que llevan adelante las organizaciones*, conceptualizaría uno de los responsables ante los cambios, lo cual abría posibilidades para apoyar el financiamiento de una obra de infraestructura en el comedor, así como *el equipamiento y la capacitación del personal*.

Las continuidades en la organización del trabajo muestran una incorporación, el cambio “sustancial” lo advertimos en que la rendición de las cuentas ya no depende de otra área eminentemente administrativo-financiera del MDS, sino que ahora es un área más en el mismo programa. Una continuidad rescata una de las apropiaciones más significativas del FOPAR hecho: las *rendiciones* en tiempo y forma, son garantía del *circuito de desembolsos* que el trabajo con los comedores implica. Queda reflejado en el organigrama: *El Proyecto se organiza a través de una Dirección Nacional de la cual depende la Coordinación General del Proyecto que está conformada por dos Unidades: la de Gestión Administrativa y la de Gestión Operativa del Fondo*; la primera comprende el área de *Rendición de Cuentas*,

dimensión significativa de los circuitos administrativos que aseguran desde el programa a los comedores.

El trabajo de los *consultores* tiene un nuevo desafío que no omitirá un párrafo en el nuevo documento PNUD: *la necesidad de contar con equipos cada vez más profesionalizados al tiempo que comprometidos con el Proyecto y mecanismos de ejecución financiera ágiles*, dan cuenta de una profesionalidad vinculada a la promesa que nombra experiencias pasadas, en las que cualquier demora en el circuito administrativo -de papeles y áreas-, en el camino riguroso del expediente hacia el desembolso, arriesgaba la cotidianeidad de la comida de muchas personas. Indicando también que un expediente circulando puede ser más que la expresión de la burocracia deshumanizada, y que la representación de la profesionalidad puede asumirse en los significados propios, cuando la agilidad de procedimientos garantiza la comida en la mesa de los comedores.

Es la lógica del **programa hecho** la que “manda” y otorga entidad al modo que asume la organización interna, aquello que claramente habían definido como las *dos patas del programa: rendición de cuentas y seguimiento*.

Las continuidades son para la *ejecución*, la estrategia operativa, la lógica de la nominación, los cargos/las personas; el *seguimiento*, los controles, las herramientas técnicas de gestión; *las prestaciones*. Los comedores claro, pero: *No es que hubo nuevos comedores*, dice mi entrevistada mientras registra las bajas: *hubo caída, (...) como una cosa de limpieza* sintetiza, aludiendo a la expulsión de situaciones *de irregularidades* en las cuentas; además de la retirada de “lo pequeño”, de *sacarse de encima los merenderos*³⁵, lógica que Nación definiera descartar en el ejercicio de su “gran” política.

El comité (la co-misión, el trabajo común puesto en común)

El comienzo del PNUD, ya en la certeza de los desembolsos, inauguró el *Comité: Porque cuando pasaban del FOPAR al PNUD -y se aprobaban los proyectos-: se decía <este comedor continúa con tantas prestaciones> (...); si todo seguía y había baja de beneficiarios o prestaciones, el regional podía aprobar, y aprobaba. Ahora, ¿qué pasaba cuando había subida de financiamiento? o qué pasaba (si) resulta[ba] que nosotros habíamos aprobado por 100 y en realidad había 200 comiendo ahí? ... íbamos a blanquear las cosas, ya era una pelotudez... -y daba, porque el comedor funcionaba bien y... qué sé yo- eran los casos excepcionales. En los casos excepcionales pasaba eso a un comité, o sea no era el Regional*

³⁵ Los *merenderos* ofrecían la tradicional merienda, aunque reforzada en calidad nutricional a partir del aporte financiero del FOPAR, pero no almuerzos o cenas, lo que los diferenciaba claramente de los *comedores*.

solo el que decidía. Los asuntos para llevar a esa reevaluación común de regionales, eran los que salían de las normas, de lo que no podías aprobar vos mismo; espacio al que cada uno llevaba sus casos pero era decidido por unanimidad; instancia que esta responsable reconoció valiosa como metodología porque era una responsabilidad compartida, porque permitía unificar criterios.

La *evaluación de la discrecionalidad* en sus múltiples decisiones para el **FOPAR hecho**, era parte del trabajo colectivo objetivado en *las lecciones aprendidas*; momento en el que advertieran que faltaban espacios de comunicación para hacer exactamente eso que ahora mi interlocutora valoraba en ese *comité*. ¿Era este el espacio institucional que construyeran en el programa, procurando allanar situaciones de ese tipo? La entrevistada lo registró así.

El *comité*, cual superficie de consenso y responsabilidad compartida, respaldaría lo que salía de la norma cuando ya los comedores lo habían hecho, cuando ya la mediación de esta política había corrido por sus propios límites. ¿Qué significaba *blanquear las cosas* sino eso? Si el comedor estaba dando de comer a 200 personas con un financiamiento establecido para 100 (FOPAR mediante) y el *seguimiento* lo había “sostenido”, ¿cómo no aprovechar este momento para resguardar la situación formalmente? Los calificativos de mi interlocutora para estos reconocimientos, eran tan expresivos como la decisión de definir los nuevos márgenes para estos proyectos, ratificando corrimientos. *Porque no querían que tuviera más plata, que no se incrementara el programa, que no se incrementara el financiamiento; pero dentro de ese paraguas podías hacer las manganetas posibles para ajustarte a la realidad de lo que era el comedor.*

Algunos riesgos a futuro, para los comedores, podían desplazarse en la nueva institucionalidad del PNUD. ¿Cómo no aprovechar la instancia institucional del “borrón y cuenta nueva” -renovada técnicamente- que implicaba el cambio de programas?

Estas legitimaciones no procedieron solamente para “tranquilidad laboral-programática” de los *consultores*, después de todo ellos podían haber continuado la misma línea, “sosteniendo” digamos, ¿quién podría negarlo? Los nuevos emplazamientos que *autorizaban* en este *comité*, legalizaban las situaciones contenidas en el programa, institucionalizando los márgenes en los que habían andado, no sólo de números claro está. Mientras que las “habilitaciones informales” ya venían siendo, establecidas en una relación con *los comedores* que impactaba las prácticas de los sujetos allí.

Resultaba valioso transferir el criterio socializado, de tal suerte que si apoyaban un caso, sus características puestas sobre la mesa de la discusión del *comité*, respaldarían todas las situaciones que las cumplieran. La norma se jugaba sobre casos propios, los que llevaba cada responsable regional, en la interpelación que pudieran construir, en el diálogo que explicitaba razones para las situaciones de aquella *realidad de lo que era el comedor*.

¿Quiénes *no querían*?; ¿a quiénes *demostrar* que lo financiado no crecía? Básicamente, las voces aluden aquí a las decisiones políticas que definen el lineamiento de estos programas y se plasman en asignaciones presupuestarias, dando sustancia a las intervenciones de sus políticas según lo financiable; más llanamente dicho: las decisiones que destinan fondos o no, porque un programa sin presupuesto no es mucho más que una expresión y prescripción de intenciones, mera enunciación de propósitos y principios, o un papel más en este mundo de papeles que podrían volar por las ventanas de los ministerios como pasa cada fin de año.

Financiar o no un comedor, *bajar* o no el merendero, podía quedar a cargo del apego a las normas de los organismos, de la lógica del programa particular, las decisiones políticas de la gestión en el MDS, o simplemente de la “sutileza técnica” de los actores responsables allí; como siempre entonces. Sin embargo venía ahora a exponerse en esta herramienta que anclaba decisiones bajo la mirada y voz colectiva, entre los pares y la coordinación técnica -y en ocasiones hasta de gestión política de este momento de ejecución del programa, con la presencia de algún interlocutor clave en este sentido.

Para algunos el *comité* no era el espacio para todas las cuestiones, justamente porque algunas podían decidirse individualmente, porque eran cuestiones regulares en su labor. El *comité* constituía tanto la disputa de significados para anclar los criterios de las decisiones, cuanto la de sentidos para lo que fuera el *comité* mismo.

Las interpelaciones entre pares, mostraban el juego de capitales y capitalizaciones de estos profesionales; entre ellos y entre las normas, el comité era eso también.

Una de las *regionales* contaba cómo había sido inquirida por un compañero para exponerla ante los demás, puesto que ella *había sostenido comedores que no tenían ningún co-financiamiento*³⁶, *que eso iba contra lo del banco ...* convulsionada prosiguió su relato cuando afirmó *Le dije: yo sostengo lo que sostengo, era lo que había y es demasiado poco lo que*

³⁶ La operatoria prevé mejorar lo existente en el comedor, de manera que la prestación del programa no puede ser la única. De hecho el FOPAR entraba donde ya había un comedor funcionando, lo cual indicaba un relevamiento de las fuentes del financiamiento preexistentes.

estamos haciendo en ese aglomerado así que... de inmediato se preguntó –en un recuerdo que actualizaba indignación-: *¿qué quería?, ¿que diéramos de baja porque no había co-financiador?*, concluyó diciéndonos que no podía esperar otra cosa de su interlocutor al que caracterizó como alguien que *no entiende nada*, en una sentencia que no sólo jugó lo técnico regulando el hacer en el programa advertí. Su preocupación estaba en sus palabras, ella sabía que *en cuanto entró el FOPAR [a ese municipio] ellos [la gestión estatal local] se retiraron*, la funcionaria de acción social del municipio se lo había aclarado: *<yo cómo banco al resto de los comedores si estos ya tienen? y de lujo... yo me dedico a los otros>*. Cuando le pregunté su apreciación y la posición que ella hubiera asumido en el lugar de aquella funcionaria, apareció su solidaridad política digamos, lo dijo claro: *Qué me importa lo que diga el banco?*

El banco seguía ahí, aún en la ejecución del programa en la institucionalidad del PNUD, desde los párrafos de su texto de presentación, que lo religara al FOPAR cuando enunciara su área como *Gestión Operativa del Fondo*.

El banco seguía apareciendo como el articulador del sentido de las reglas vigentes, imponiéndolo y/o desplazándolo según las circunstancias; se configuraba -lo constituían-, en una indiferenciación que minimizaba las grandes influencias de sus macropolíticas, mientras tomaba en sus manos las atribuciones micro que dejaba el juego de capitales entre esas normas; la operatividad de la cotidianeidad tejida relacionamente en el campo del programa (comedor y MDS). Porque los sentidos construidos para el programa actual, no prescindían de los anclajes que los actores habían dispuesto en el trayecto con los comedores en el FOPAR; tal vez como expresión de que la lógica de la nominación es más que una cuestión de nombres.

Las apelaciones se producen en un campo que -mientras anuncia las relaciones entre posiciones-, explica las fuerzas y las luchas para futuras transformaciones engendrando parte de la constitución estratégica a la manera bourdieana. Por caso, la discusión que relatara mi entrevistada, no sólo “resultó” en términos de una decisión comentada colectivamente a favor de unos comedores, sino que expuso la tensión de otros capitales –de algún modo necesarios- para este trabajo, cuando frente al compañero que -para ella- *no entiende nada*, descarta el protagonismo de los conocimientos catalogados estrictamente técnicos, y revela otras capitalizaciones de este hacer, que emplaza y desplaza *al banco*, al orden discursivo del desarrollo; capitalizaciones que no podríamos reconocer idénticas para todos por cierto. Sin embargo, la disposición colectiva del caso, es “poner la cuestión”, componerla, meterla en la agenda de todos, lo cual implica algún tipo de compromiso individual, para la reflexión acerca

del propio hacer y sus anclajes –performándolo inclusive–, cuando la jerarquía de “lo técnico” se desplaza en razones políticas e interpela los disciplinamientos en las escisiones (entre esa técnica y la política) que impone el ajuste ordenado al régimen de este campo.

En este comité que vino a llenar el espacio de las responsabilidades compartidas para “las gambetas”, resolviendo la exposición de lo discrecional a escala individual; la lógica del programa nuevo, instauraba una formalidad para institucionalizar resueltas, viejas necesidades del hacer. A su vez, la participación colectiva en las decisiones resultaba una tranquilidad general –generalizable–, que se plasmaba reconfigurando el campo en un compromiso compartido para las fintas, quizás el mismo que se asociara al *profesionalismo* exigido en el texto del nuevo proyecto. El desacierto individual, resultante de la omisión de la prescripción -que podía sancionarse por la superioridad-, se exponía allí para develarse componiéndose como decisión común, acreditada en la posibilidad de unificar criterios técnicos. El acierto en tal caso, pasaba a articularse en la solidaridad de decisiones del mismo tenor, interpeladas más allá de este criterio incluso.

Del *comité* (herramienta de gestión no declarada) y el *fortalecimiento* que fue.

Muchos comedores tras este trayecto FOPAR, *se abrían de la organización principal*, es decir, se separaban de las organizaciones que los habían presentado ante el programa bajo su responsabilidad de gestión. Fue el *comité* el espacio en el que debatieron las nuevas institucionalidades de los comedores en situación de desvincularse de las organizaciones que los representaron inicialmente. Para Caro *lo más cómico, ridículo, fue cuando la organización madre le tenía que dar el permiso a la otra...* riéndose se detuvo a señalándome el modo en que ella lo había construido: *abolición de la esclavitud* lo llamaba.

Desvinculación o emancipación, el hecho no fue narrado como parte, especie o dimensión del *fortalecimiento*, el mismo del que algunos renegaran por su ausencia, aquél que otros tematizaran estrictamente en clave de *manejo de cuentas* o *bancarización de los comedores*. Esa nueva formalización -como posibilidad y como hecho- a la que accedían algunos comedores en el PNUD, era el resultado de una resolución construida en la cotidianeidad del FOPAR por estos técnicos. ¿Qué pasaba si el comedor funcionaba bien pero la organización no cumplía con la rendición de las cuentas?; ¿qué de aquellos que no se ocupaban de comprar y distribuir en tiempo y forma?; ¿qué pasaba si no los acompañaban para la presentación de los *productivos*?

Surgía en esta etapa una especie de independencia respaldada, para las acciones de comedores que pudieron distinguirse del funcionamiento poco solidario -resumiremos-, e incluso corrupto, de las organizaciones responsables de su gestión ante el programa. Dado que los comedores en el FOPAR debían seguir ligados a la ONG con la que se habían presentado los proyectos, y no había ninguna posibilidad de que un comedor se desvinculara sin renunciar al aporte financiero del programa, una prohibición de antes se transformó y obligó una nueva herramienta de gestión en la formulación del proyecto PNUD, aquella regla ahora cedía, en la posibilidad de la disolución de los vínculos ante el programa; entre comedores y *organizaciones madre*.

La nueva formalización para los comedores que se desvincularon de aquellas organizaciones, les demandaba gestionar sin mediaciones, los recursos que el programa ahora les aportaba directamente, en ejercicio de la misma autonomía y responsabilidad con la que aseguraron la comida cotidiana a cientos de personas. Sin embargo, no engrosaba la significación del *fortalecimiento* para los que vieron su sustancia en la resolución del manejo de las cuentas, aún cuando estos comedores que ahora quedaban “solos en el programa”, nunca lo habían hecho dado que esa labor la reservaba la organización de la que se desvinculaban ahora; de la que se emancipaban. Esta nueva formalización y sus demandas, tampoco habitaban en el lenguaje del *fortalecimiento* mentado por los *consultores*, tras esa especie de deuda contraída en el *FOPAR*, a guisa de no haber intervenido sobre las capacidades organizacionales según insistieron.

Habilitada la herramienta operativa de la desvinculación para mediar entre comedores y organizaciones, aflojándose ese corsé del FOPAR, los *consultores* también mediaban ante la política de los políticos velada tras la acción pasteurizada de gran parte de las organizaciones de la sociedad civil, que en más de un caso no son o no funcionan, sino por el aval o apoyo explícito de un personaje político, al menos en esta geografía recorrida. Personajes o agrupaciones, cuya ascendencia en las decisiones de la gestión gubernamental del programa, nos darían pistas para entender el requisito que acompañó esta herramienta que permitía la “nueva legalidad” de comedores ante el MDS. La *organización madre* debía dejar constancia escrita, del fin de su relación (tutela administrativa financiero) con los comedores bajo su responsabilidad ante el FOPAR, para aquellos que lo solicitaran anclando sus razones en situaciones que no contribuían a su obra; a partir de allí se encargarían autónomamente de los recursos obtenidos ante el estado.

Esta demanda de los comedores, y la mediación de los *consultores* –ahora plasmada en esta nueva herramienta operativa del programa que aflojaba la regla que otrora hiciera peligrar la comida en los comedores-, refrendaban la posición anunciada por los *consultores*, cuando nos dijeran que en el ministerio representan los intereses del comedor y en el comedor los del MDS; a la vez que revelaban otras mediaciones en acto. Esa demanda de independencia de los comedores, ¿podía presagiarse en términos del *fortalecimiento* que la cotidianeidad de la ejecución del FOPAR, aseguró en esta mediación con estos *consultores*?; o en tal caso, valdrá preguntarnos ¿en qué claves ha sido leído el *fortalecimiento*? ¿Alguna vez la emergencia del hambre -en el que se sustanció el programa-, dio paso al *capital social*, que demandara la clave de *protección social* del *banco* y las dimensiones del “empoderamiento de buenos resultados” caracterizado por Katherine Bain?

Tal vez, ratificando las disputas de significación que el campo iba ofreciendo, lo que fuera el *fortalecimiento*, ya Caro me lo había anunciado: *nunca se me hubiera ocurrido ir a fijarme al manual operativo*, más cercana a una pretensión de algún significado común, advirtió: *más bien de discusiones*; porque el concepto de *fortalecimiento*, concluiría: *si hubiera sido importante a lo mejor mucha gente lo hubiera consultado*. El *fortalecimiento*, para ella podía ser leído en un espacio de construcción colectiva más que en el documento del proyecto. En definitiva, ese espacio común nos remitía al mismo que todos mis interlocutores lamentaron en su ausencia al momento de hablar sobre sus decisiones sin reglamentos; pero a su vez, el mismo que inauguró el espacio compartido para *el informe del lecciones* -es decir el momento del cierre del FOPAR-, y que se extendió al *comité* ya en el inicio del PNUD. Otra vez las capitalizaciones de este hacer advertirían su “capacidad normativa” emplazando y desplazando espacios, herramientas, reglas. Por eso, la formalización de los comedores como organizaciones independientes de otras que no respondieran suficientemente a sus intereses cotidianos, volvía a poner la “consultoría al servicio de los menos pensados”.

El *comité* daba un espacio para legitimar las acciones en esa dirección, sin embargo ese mismo *comité* constituía una herramienta no formalizada en la estrategia operativa enunciada en el *documento del proyecto PNUD*. Este haz de relaciones para la decisión, renovada estrategia operativa, entramaría un colectivo, temáticas, voces -autorizadas o no-, estableciendo y desdibujando los límites del discurso privado y público presente en la construcción de una política en acto, informando las parapólicas públicas de lo social.

Ese *comité* era un hecho más del programa, cual una *visita* o un *informe técnico*; una arena más donde jugar y concretar reglas, nunca una herramienta operativa descrita en aquel documento escrito cual hubiera sido pertinente. Estrictamente anclado en la lógica propia del hacer y sus avatares “no se dijo”, no se enunció, no se escribió en el documento, permaneciendo en especie de doxa de la técnica del propio fortalecimiento.

De cómo alimentar lo *no alimentario* (más del *fortalecimiento*)

Este espacio anduvo sus limitaciones; *había cosas que se dejaban afuera que eran interesantes, pero no se podían presentar en el comité –era una de las reglas- a pesar de que creo haber presentado*. Las razones dadas insinuaron los sentidos puestos en juego para mirar el programa: *qué sé yo, por ejemplo una parroquia que hacía fútbol (...) los sábados y los domingos para distintos pibes... y, ahí había merenderos y sin embargo no era el merendero en sí lo importante: era el tema del fútbol, de la cosa... Que eso habría que haberlo tenido en cuenta para los servicios comunitarios...*

El documento *PNUD* aclaraba: *Los servicios comunitarios regulares se definen como servicios que son prestados por la institución a la comunidad al menos 5 días a la semana con una duración horaria mínima de al menos tres horas diarias. La tipología definida incluía Centros de atención (para niños pequeños; hogares de día; de apoyo escolar e integración a la comunidad) (pp. 6 y 9)*

Cinco o dos días, era un criterio más que ilógico ante algunos *consultores* cuando finalmente se trataba de descartar estas pequeñas acciones relevadas en los merenderos para *al revés, tomemos los comedores que son fuertes, qué sé yo, porque supuestamente esos son los necesarios, porque la gente se tiene que alimentar ahí, si o si*. La lógica de la comida seguía prevaleciendo, confirmaría Osvaldo frente a nuestra pregunta, y agregaría entonces: *pese a que estábamos apuntando a lo otro; es decir al decrecimiento de la prestación alimentaria en provecho del apoyo a lo comunitario pautado en el PNUD*. Pues eso *otro* simbolizaba el nuevo objetivo en el *PNUD*: *la transformación de los comedores (...), en instituciones que brinden servicios sociales integrales, a través de la diversificación de la asistencia que brindan a la comunidad*.

¿Se trabajaba pensando en la consigna de diversificación de la oferta de servicios que brindaban los comedores? Fue Caro quien respondió mi interrogante, tras pensar bastante dijo: *no, estábamos pensando en dejar los comedores más importantes digamos, el criterio era ese*. Los que aseguraban más comida a más gente sinteticé, y ella completó: *y que lo*

hacían bien; que la calidad de la comida era buena, que el comedor rendía bien lo que correspondía, que era claro en sus cuentas, que los beneficiarios eran la cantidad que ellos decían; eso, básicamente. Síntesis nativa de aquello que “anduvimos” cuando indagamos el *seguimiento*.

Estamos frente a la lógica de FOPAR alimentario pensé, y ella lo confirmaría al tiempo que aclarara que habían intentado *lo otro, porque había un lineamiento: tratemos de fortalecer también a algunos que den otro tipo de servicios*. El ejemplo del caso de una escuela de adultos, nos explicaría que esos *otros servicios* funcionaban como *un contrapeso ante una falencia dentro del cumplimiento con el FOPAR*; las evaluaciones *para entrar en el PNUD* jugaban esos *servicios como un valor adicional para forzarlo a excepciones...*

Las *falencias* nombran allí un requisito del programa que los comedores no cumplían, por caso la cantidad de prestaciones; o *el co-financiamiento*, aunque para algunos *consultores* su inexistencia no funcionara como obstáculo para apoyarlos con el programa. Parte de las *excepciones* que el *comité* se avenía a considerar y *forzar* en tal caso. Así, lo que se escribía como requisito -en el documento-, se jugaba en los *contrapesos* a considerar en los hechos autorizados cual *excepciones*, en este espacio colectivo constituido a “la vera del documento”, una alteración programática en acto.

El componente calificado aquí como *contrapeso*, ¿evidenciaba alguna omisión del FOPAR? Más de un interlocutor acordaría en la sentencia *lo alimentario nos chupaba*. A pesar de haber tenido al *fortalecimiento* como un lineamiento del FOPAR, un área ad hoc -*el ALEFO (Área legales y fortalecimiento)*-, habían centrado su labor en *lo alimentario*, generando algo así como una “deuda”.

La prevalencia del **FOPAR alimentario hecho**, nacido en la urgencia, fue una impronta difícil de desandar. Lo alimentario habitó protagónicamente el programa durante los dos primeros años del *PNUD*, tan consonante con su justificación de origen –en el texto del proyecto y en las *visitas* de los *consultores*-; cuanto con mi “dar y controlar”, que asumiera como título del programa algún interlocutor que negara la eficacia del trabajo para el *fortalecimiento*. El mismo que se la negara al *PNUD*, y que como alguien más sentenciara: *cuando lo alimentario tenía que ser una cosa más entre todas las otras cosas, nos agarrábamos de lo alimentario*. ¿En qué sentido ese “agarrarse” funcionaba cual excusa del “fortalecimiento que no fue”?; ¿en qué sentido esa no era una respuesta “políticamente correcta” para un observador participante y conocedor de estas acciones?, es decir: ¿le diría lo mismo a cualquier otro investigador que no reconociera como técnico de ese campo?

Pensando en las demandas renovadas al PNUD, Caro evaluó el MDS: *desarrollo nunca se hizo cargo de eso, es el primer antecedente creo... por eso cuesta abordarlo, tomarlo como programa, (...) los que hace doce años que están ahí no tienen ni la más puta idea de lo que es abordar ese tema* dijo, refiriendo la vinculación entre el nuevo objetivo de *transformación de los comedores* y la experiencia de los compañeros con más trayectoria en el FOPAR.

Nuestra historia comienza hace algo más de una década, anuncian los integrantes de la región NOA en un blog que crearon en 2006³⁷. Y continúan presentándose allí: *En el marco del Fopar y, actualmente de Abordaje Comunitario, las organizaciones de la Región NOA tuvieron importantes mejoras en aspectos materiales, como infraestructura y equipamiento, y atravesaron un amplio proceso de aprendizaje social.*

Independientemente del análisis de estas frases, que algunos quizás demandarían preguntándose por la cantidad, calidad, calificación o categorización de las organizaciones a las que refieren; o bien que otros interpelarían en términos de contenidos, productos, e incluso nominaciones; entendemos que estos actores toman la palabra aquí para hablar de su labor, de su trabajo, en definitiva de su obra -en el marco institucional que denominan rigurosamente asumiendo los distintos tiempos de la gestión: *Primer Encuentro de Comedores* para septiembre de 2005, *Encuentro de organizaciones comunitarias* dicen promediando 2007-.

Librándonos incluso de la constatación de la naturaleza de aquellas expresiones en la presentación del blog –absolutamente consonantes con los documentos del programa y la nominación disciplinada institucionalmente en la gestión de gobierno-, vale para considerar la presencia -en la palabra- de estos sujetos narrando la obra hecha. Entre *el manual* y los procedimientos, el *acta* o el *formulario*, incluso entre los discursos de los políticos que nombran políticas; detrás y antes de los documentos de proyectos que aprueban los organismos -Banco Mundial, PNUD-, jugando con y entre variadas normas está la obra: propia y compartida *del programa*. El blog anuncia: *Las organizaciones se han fortalecido*, desde su *historia*, replicando a la compañera que les negara experiencia: *Los equipos técnicos de la Región hemos acompañado a las organizaciones en este proceso* agregan, mientras concretan su presencia en el *proceso de aprendizaje social* asimilable al *apoyo a lo comunitario* demandado en el PNUD.

³⁷ NOA Blog es un espacio creado por la Región NOA del Proyecto PNUD ARG/06/001, para el encuentro y el intercambio de experiencias, información y recursos. Es un nuevo modo de estar juntos, de acortar distancias, compartir nuestras experiencias y mantenernos Comunicados. Disponible en marzo de 2008.

Representación de una práctica valorada en la acción del desarrollo social, múltiples sentidos del *fortalecimiento* constituirán deudas para algunos y logros para otros. El fortalecimiento no es más que una palabra, pero también se trata de una “consigna” adentro del programa podríamos decir (Bourdieu, 1997), una categoría que funcionó en la construcción de la realidad colectiva *programa*. Entre la descripción y prescripción autorizada del *fortalecimiento*, “ficción orientadora”, “palabra clave” en el pródigo “discurso del desarrollo”, existen múltiples “invenciones” cotidianas para llenar de contenido esa palabra en el programa, en su ubicua autoría.

Base del consenso sobre el sentido que trasciende lo alimentario -habitus del programa-, por acción u omisión el *fortalecimiento* se inventó -en la esfera del discurso del desarrollo ciertamente-, pero al amparo de las realidades “visitadas”, mediadas, a las que estos actores otorgaron la categoría de lo real del fortalecimiento.

Preguntas con y sin retórica: ¿un organismo que agoniza?

“Deshacer el organismo nunca ha sido matarse” (Deleuze y Guattari; 2006)

Al programa lo hicimos nosotros es una sentencia que se enfrenta a los manuales y documentos, a normas y procedimientos escritos en la pureza de los términos guía, que compromete las ficciones orientadoras que las políticas de organismos de desarrollo y políticos gobernantes pretenden, y que estos actores -adjudicatarios de una forma institucionalizada de capital cultural articulada con el poder económico y político- ponen “arriba de la mesa” en cada comedor, a diario.

Cuando Caro y Ricardo recorren la obra de Merce, ¿qué pasa con la propia obra?, ¿qué pasa cuando el financiamiento del proyecto productivo “se estira” hasta llegar a la infraestructura para el gas que nunca contempló como *gasto elegible*? Y ¿qué pasa allí, donde el merendero advierte sus *contrapesos* y es considerado para proseguir su financiamiento?; O bien, ¿qué es lo que se filtra cuando el número de las prestaciones crece, y el proyecto presentado y aprobado -según manuales- muta (co)respondiendo?; ¿a quién atribuir la obra cuando *blanquearon* situaciones?, y no fue sólo para “autorizarlas”, justamente no porque eso ya estaba saldado, venían sosteniéndolas. ¿Qué autoría autorizante establece la independencia de determinados comedores como una herramienta de gestión antes negada, *enlatada*? ¿Qué pasa con la significatividad de la obra de los *consultores* en el programa, cuando ciertas ONGs debieron aceptar la petición de autonomía de algunos de *sus* comedores?, o bien ¿cómo se

filtra el *fortalecimiento* hecho, cuando aquellos comedores demandaron o fueron alentados a constituirse autónomos? ¿Qué autoría autorizada atribuir cuando apoyaron la labor del municipio, aún cuando el programa trabajara en estricta vinculación con las organizaciones de la sociedad civil, excluyendo al estado?; ¿cómo se representa el lugar propio, del *consultor* en el estado, en un programa “sin estado”?

Cuando *el acta* -propia de los *consultores*-, reemplaza un *formulario* -herramental aprobado por *el banco*-, para terminar emplazándose como instrumento que “apunta la *visita*”, ¿de qué manera juega la autoría de la obra? ¿Es solamente la masividad de la labor del *seguimiento*, la que justifica la apropiación instrumental del *acta*? cuando ni *el banco* ni el MDS pueden dar respuestas, porque los *consultores* no alcanzan para tantas *visitas* –mucho menos llenando *sus formularios*-, ¿se activa una manera de justificar “sus formas”? ¿Serán las licencias que se asumen, justo en la complejidad del hacer –masivo y urgente del hambre–, las que tejen otras venias para su obra? Las anuencias, enredadas entre los inventarios de comensales y los menús suspendidos, los números que permitieron más platos en la mesa, las “gambetas” en pos de otros recursos *no elegibles*, el “cuerpo a cuerpo a los desembolsos” en el circuito burocrático, y mucho más de lo “aprobado” y “desaprobado”, ¿será lo “(con)sentido” -sentido y significado en y con los comedores- aquello que permite decir propia la autoría del programa?

Sin poder efectivizar *la vuelta a comer en casa* -a guisa de que *el riesgo* permanece en 2006- ¿de qué manera se cimentaría la transformación de los comedores ya en el marco del PNUD? Cómo elaborar el programa del crecimiento *de lo comunitario* en desmedro de *lo alimentario*, cuando los anclajes siguen estando en el hambre que narra el comedor?, porque, los *consultores* lo han visto a la espera del PNUD, mientras que no hay desembolsos la gente no come, y ese parece un escenario poco fértil en *el PNUD* para trabajar sobre *lo comunitario*, mismo para representar el lugar de *los productivos* o *la infraestructura*, complementando o completando *lo alimentario* -siempre urgente-. Siempre en *riesgo*, sin condiciones para *la vuelta a comer en casa*, vuelve a ser irremediamente el comedor, el lugar del *comiendo juntos*; ¿dónde acaso “tan juntos”?

Al programa lo hicimos nosotros (de autores colectivos)

Al programa lo hicimos nosotros sentencia actores y autores colectivos, al tiempo que indetermina, se hace múltiple y fluye entre significados de eso mismo que anuncia como

programa. Invocación del discurso privado para la autoría, también enuncia el desafío de su positividad en la apropiación.

Los manuales, los documentos *son del banco* o *son del PNUD*, el nombre de autor no es un nombre propio pero sus contenidos prescriptivos devienen en estricta relación con el rol que juegan en el discurso del desarrollo, en sus funciones clasificatorias, en sus delimitaciones y exclusiones; en su estatuto social finalmente, capaz de prescribir normativamente la corrección de las acciones domésticas.

Pero los antagonismos no terminan entre ese *nosotros* y estos *otros* de la política en los organismos. “Política social: una propuesta de implementación 2002-2003” y “La Bisagra” nombran con nombre propio dos libros cuya autoría corresponde a dos ministras.

“La Bisagra” inaugura a todo color sus cancelaciones en blanco y negro. La portada del *libro de la ministra*, cuyo título rápidamente ubica la gestión de Alicia Kirchner en un quiebre entre lo que fue y lo que vino con su labor, es sugestiva en este sentido. La imagen colorida se despliega marcando *las políticas sociales en acción* -en la parte superior, datando el periodo 2003-2007 sobre las imágenes de personas trabajando; en la parte inferior, en blanco y negro, aparece una imagen que “documenta” *la asistencia* para el periodo 1976-2002.

Componiendo violentamente una escena única para el periodo iniciado justamente en el golpe del '76, un arbitrario de violencia simbólica es capaz de registrar el terrorismo de estado entre políticas sociales, y es capaz de prescindir de la bisagra de la democracia en 1983, como clivaje histórico para nuestra identidad política (Segato, 1999).

Resulta sugerente que hasta el momento del golpe al estado, este mismo ministerio, por esos días dedicado al *bienestar social*, era un reservorio de armas y un lugar de torturas³⁸, antecedentes claves del genocidio posterior que impone el período señalado iniciando en 1976; arbitrario violento para entramar anclajes de la obra de nuestros actores. El efecto del discurso escrito niega o impone, y ahí arriesga la obra.

El discurso, antes de ser objeto de apropiación tal como señala Foucault (1999), era básicamente un acto, que en la medida que se advirtió un riesgo de transgresión requirió del sistema jurídico de propiedades. Un acto colmado de riesgos entre la obra lícita e ilícita, se

³⁸ Incluso, ya en estos tiempos hemos podido saber que hay "constancias acerca de la compra de armamento al extranjero a través del Ministerio de Bienestar Social", indicó el juez federal Norberto Oyarbide a cargo de la causa de la Triple A , en el Diario Clarín, del 16 de enero de 2007.. Recientemente, el mismo diario del día el 18 de marzo de 2008, informa que la Cámara Federal ratificó que los crímenes de la Triple A deben ser juzgados como "de lesa humanidad", a lo que Oyarbide sumó que debe ser así puesto que para cometerlos se usaron fondos, estructura y personal del Estado.

recrea en cada escena del programa para este discurso del desarrollo, en el anonimato de sus verdades -siempre demostrables en el orden discursivo que le es propio-, allí donde los sujetos desaparecen; operación compleja de construcción del autor entonces, de ese ser de razón que se devela en los diversos signos de los textos.

El desarrollo, en su instauración de discursividad, conlleva una especie particular de mixtura con la fundación de cientificidad. La extensión de la discursividad del desarrollo en su trama horizontal, se abre a un infinito número de situaciones donde aplicarlo, en una eterna heterogeneidad para sus transformaciones posteriores. El discurso del desarrollo no se relaciona con la ciencia sino por obra de la ciencia misma, apelando a esta instauración discursiva cual coordenadas primarias, jugando el juego perpetuo del “regreso al origen”.

¿Cómo pueden pensarse los sujetos en este orden? ¿Qué lugar pueden ocupar?, ¿qué sentidos construir, cuáles contrariar? Y por fin, ¿a quién corresponde la autoría?

Cualquier indiferenciación del autor, ha dejado una zona de reinscripciones en este espacio discursivo. Cuando el sujeto que escribe no deja de desaparecer en el discurso del desarrollo, cuando muere en su individualidad frente a esta especie de trascendencia que impone ese desarrollo tan esencializado cuanto obligado; en esta especie de a priori histórico de toda intervención en “lo social”, ¿qué y quiénes quedan al margen?

¿Qué clase de autor precede estas obras? ¿Serían capaces los *consultores* de atribuirse la obra de un comedor? Independientemente de las respuestas posibles a esta pregunta, nos interesa señalar que hemos asistido a la ahistorización del trabajo propio de estos actores. La impronta fundacional de un gobierno niega la obra –el FOPAR, proyecto en su trayecto-, pretendiendo quién sabe qué tipo de cuestión -estimamos propia de la lógica político-partidaria-; y avanza sobre una política pública hecha por estos actores. Entre la primicia del político y la práctica histórica, *está la gente* nos dejará decir Serrat.

Mientras una autoría clausura su génesis histórica, divide y ordena violentamente; los otros autores colectivizan y dialogan en “la invención de lo cotidiano” que condensa el enunciado *al programa lo hicimos nosotros*.

Procurando independizarnos por un momento de los riesgos de ficción que siempre amenazan, y registrando que lo propio del autor se altera en los intercambios y las tensiones que hacen a sus condiciones de posibilidad, preguntaremos: ¿constituyen las grietas o los márgenes de los actos discursivos tácticos de nuestros actores -“haciendo el programa”-, un plafón histórico para los nuevos emplazamientos en los que construir algo más que lo prescripto en el orden del desarrollo social? Esquivando, desplazando y jugando las

panoptizaciones en el campo -inscriptas o no en “constelaciones hegemónicas” al decir de Escobar (1998)-, las nuevas palabras, los nuevos actos, nombran prácticas y subjetividades híbridas re-inventando el desarrollo social en una nominación disciplinadamente técnica, pero ciertamente política para estos “*consultores* entre los pobres”.

La continuidad del sentido construido para el programa, anclado en la labor con/en los comedores avanzando desde *lo alimentario*, ¿requiere la afirmación, la objetivación de estos actores/autores? ¿En qué sentido valdría reconocer/recuperar la experiencia construida, como andamiaje simbólico -donde *lo alimentario* permanece con toda su fuerza-, cuando lo que se pretende (según el nuevo proyecto) son *instituciones que brinden servicios sociales integrales* consonantes con el detrimento de las prestaciones alimentarias?

Nos preguntamos entonces si detenerse a objetivar la propia labor; si los espacios de diálogo, de reflexión compartida -cuyo reclamo constatáramos en el campo compartido de *las lecciones aprendidas*, que continúa en el *comité* para la “co-misión”, que se revela incluso en el mencionado blog por caso-, hubieran significado una oportunidad en pos de un virtuoso anclaje para los *servicios comunitarios* alentados. Ese *comité* que significara una voz colectiva, ¿pudo constituirse a espaldas o en pro de las nuevas demandas?; pudo ser otra cosa que la puerta común afirmando la extendida y familiar preocupación enclavada en *lo alimentario*? Por caso, su accionar descripto para los *casos excepcionales*, no lo enunció en el protagonismo de las mismas cuestiones?, no lo ciñó sino a aquello que los absorbía definiendo asuntos estrictamente sujetos a lo alimentario? Porque mucho de lo productivo, de los *proyectos asociados a comedores*, consistió en emprendimientos de *panaderías* y *huertas*. ¿De qué manera “la urgencia de la ejecución” anclada en el hambre, se había instalado en este colectivo, direccionando el espacio del *comité* también según este sesgo? ¿Cómo impactaba ese sentido capitalizado al momento de vincularlo a los *productos* demandados en la nueva etapa PNUD?

Entendemos que cualquier construcción del sentido para la intervención de una política pública anclada en comedores, no puede sino incorporar lo alimentario como eje estructurante de las relaciones que se establecen en ese espacio que la comunidad destinó a tal fin y enseñó a nuestros técnicos. Después de todo, “ninguna obra existe por sí misma, es decir al margen de las relaciones de interdependencia que la vinculan a otras obras” (Bourdieu, 1997; pp.56), así, el mismo comedor probablemente ofreciera suficientes lecciones. Entonces: ¿a partir de qué realidad *visitada* en el *seguimiento de los comedores*, pueden estos actores

habilitar/construir el sentido del retraimiento de *lo alimentario* anunciado en el nuevo programa?, y ¿no es el mismo *documento del PNUD*, cuya autoría les pertenece, el que ratifica los anclajes cuando da cuenta del *riesgo alimentario* para emplazar la *Justificación del Proyecto*?

Y más: ¿qué clase de *riesgo social* es exclusividad de los sujetos nombrados como *comedores* por el desarrollo social? La situación social crítica que anuncia el texto del PNUD, no es sino la que estos *consultores* regularmente *visitan* en su labor de *seguimiento*; la misma a la que le labran *actas*; aquella sobre la que informan e inscriben en la red burocrática -entre *convenios* y *expedientes*, que tal como aseguran trazan la *historia del comedor*-. Esta situación que justifica el proyecto ¿no los asuela?; ¿qué clase de nominación del *riesgo social* los omite sujetos “racional y relacionamente”?, cuando pareciera que -como señala Bourdieu- “no tienen más remedio que ser sensibles al ‘efecto de demostración’ ejercido por el capitalismo corriente” (ibídem; pp. 31/2).

Describir el contexto de surgimiento del FOPAR *en dos o tres párrafos*, tal como pedía el *banco* para *el informe de cierre*, no restaría al *riesgo alimentario* visto y sentido, “seguido”. No perdemos de vista que aquellos *comedores desfinanciados* -sin comida- del interminable inicio del PNUD, pueden haber afirmado la positividad del protagonismo dado a las acciones de *lo alimentario*, invirtiendo el *detrimento* indicado, desplazando, aplazando o estrechando justamente lo que debía afirmarse y extenderse según *el PNUD*. El nuevo programa reenfocaba *lo comunitario*, como en un eterno regreso al origen del FOPAR (recordémoslo: dirigido a *proyectos comunitarios*) que ahora tenía este PNUD cual *estrategia de salida*.

Consultores vulnerando las obligaciones de la institucionalidad, capaces también de convivir con esa “deuda del *fortalecimiento* que no fue”, al tiempo que no lo definieron; definición que si hubiera revestido importancia, no hubiera sido mirando documentos escritos, sino *de discusiones*, anunciaba constructiva la voz del campo.

Tecnologías del yo develándose y tensándose, después de todo el desarrollo pertenece a las “religiones de salvación”, y en su dogma -aquí situado sobre *lo social*-, existe el deber de profesar y cumplir sus obligaciones de verdad. Gobierno y gobierno de sí, articulándose en esta obra, conjurando y no, los peligros de las representaciones rectoras del juego, que históricamente situadas, amenazan tanto cual se reinventan -una y otra vez-, en aquello que Bourdieu nombra junto a Foucault “campo de posibilidades estratégicas” cuando refiere el

“‘sistema regulado de diferencias y de dispersiones’ dentro del cual se define cada obra singular” (ibídem, pp.56)

Ese poder simbólico de afirmación, a propósito del cual el gobierno despliega su poder de constituir los objetos de su política –más allá de la superficie de las nominaciones-, no expone un único lugar de enunciación sino una multiplicidad, quizás caótica incluso. Por eso me pregunto qué clase de razón trascendental de estado se despliega allí; al tiempo que nos inquieta el espacio de la positividad de la acción generativa liminal de estos actores de la política social. Sujetos liminales, híbridos, deslizándose entre las asignaciones reguladas y sus ambigüedades, conviven en una comunidad de sentido donde “hacer el programa” explica también el modo en que se sobreponen a las imposiciones institucionales ordenadas. Ese colectivo construye sus espacios de autonomía en un repertorio de prácticas que se afirma peculiar en el programa, dando sentido a lo que podríamos leer también cual “agentividad programática”, después de todo el principio generativo de este poder como posibilidad, se inscribe en el mismo campo que constituye esta trama de poder simbólico -visiones y divisiones- entre organismos y antagonismos.

¿Qué lugar construyen estos actores, en esa cotidianeidad jugada entre acontecimientos y azares; en las pequeñas luchas que lanzan una y otra vez en el perenne juego de la dominación, cuando estos “vulnerables” de la acción de política pública se juegan la reescritura de sus normas?

Si el acontecimiento aquí puede verse cual una relación de fuerzas en la historia, y la historia no se constituye cual relato de encadenamientos mecánicos, sino que se dirime en prácticas de lucha; y si a su vez cada suceso interpretado constituye la expresión de de la apropiación de un sistema de reglas para “hacerlo entrar en otro juego, y someterlo a reglas segundas” -según Foucault (1992: pp.19)-; entonces -ya parafraseándolo- una relación de fuerzas puede ser invertida, un poder puede ser apropiado, y aún más: un vocabulario puede ser retomado y vuelto en contra, puede ser incluso que una dominación se debilite, se envenene a sí misma polucionando sus dispositivos.

Negar la obra “fundando”, ¿puede leerse en clave de acontecimiento en que se interpreten los significados atribuidos a las propias decisiones y compromisos construidos?; ¿no es una pretensión de inhabilitar toda agencia? Porque si todo se inaugura, ¿qué clase de sujeto es este responsable de una “nada” antes; o de lo que no sirvió, hasta de la herencia denostada: lo

hecho descalificado “en blanco y negro”? ¿Con qué clase de cancelación deben lidiar las subjetividades de este hacer?

La cuestión misma de definir el acontecimiento y su sentido, vuelve a una lucha interpretativa que emplaza múltiples poderes, y que de hecho no omite al lector aquí. Nos interesa, más allá de cualquier cuestión, marcar las señales de lo posible en una singularidad histórica que emerge cual ventana a un campo de posibilidades que reificando, el estado y sus políticas, cuesta reconocer.

Permite el acontecimiento historizado -suceso interpretado y arena de lucha- un espacio para preguntarnos sobre lo que sean estos programas descomponiéndolos desde su gran escala de enunciación? Si nos permitiéramos pensar que el acontecimiento no es necesariamente el magnánimo del mayo francés, si en su lugar entronizáramos la presencia de los sujetos - puesto que finalmente lo que sea que signifique es resultado de una lucha por las apropiaciones-; si no sólo aquellos grandes sucesos fueran pasibles de consagrarse, ¿asistiríamos a la afirmación de esta obra (que positiviza la desreificación de una política pública)? ¿Son los pequeños actos de la cotidianidad de las ejecuciones, los que construyen un programa? y no será que estos actos -que podemos interpretar cual acontecimientos- son los que nos permiten analizarlos cual plafón de las experiencias posibles? también al modo en que se enfocaron aquellos grandes sucesos del relato histórico. En tal caso, podría ser que sólo a guisa de esos grandes acontecimientos -justo en esa virtualidad permanente que establecieron en nuestra huella común-, los pequeños hechos se transformen en tales positivities. ? Cada situación singular de interpelar o sortear reglas, puede verse cual actualización de esa y otras virtualidades instituyentes, probablemente.

¿Cómo, en qué condiciones de posibilidad habitan los sujetos el discurso del desarrollo social?

Ensayos especializados en analizar políticas sociales dicen *los programas son...* Sin embargo, los programas como el FOPAR -que sin duda puede ser caracterizado en múltiples categorías ad hoc por los especialistas en políticas sociales- se hacen. Eslabonamiento del orden discursivo del desarrollo, no cancela la historia en una especie de eslabón puro y universal de -para este caso- *los fondos de participación social*. El FOPAR/PNUD juega la autoridad de su obra en ese hacer, que también recupera el juego de los comedores con el mismo sentido. Así, mientras los comedores muestran su hacer autorizante, ese encuentro también provee los

riesgos de las categorías ordenadoras del mismo programa; praxis socioculturales se construyen en múltiples cruces de actores, proyectos e historias (Blaser, *ibídem*).

Este programa **se hizo** alimentario y creció en ese sentido luchadamente interpretado, estructurante en su transformación; en “una miríada de sucesos entrecruzados; lo que nos parece hoy ‘maravillosamente abigarrado, profundo, lleno de sentido’ lo han hecho nacer, y lo habitan todavía en secreto” (Foucault, 1992; pp.22). Pero la cuestión de lo alimentario en el FOPAR, es importante -a nuestro juicio- porque muestra la impronta de unos actores identificados en ese hacer, estableciéndole autoría a una obra de política pública. En el anonimato del murmullo -que augurara Foucault para renovar sus preguntas acerca del autor independizándose del valor de quién hubiere hablado-, cuando en esa indiferencia valga interrogarnos acerca de los modos de existencia del discurso del desarrollo en la política social por caso, cuando interese saber acerca de los espacios reservados para posibles sujetos, cuando podamos interesarnos en los que más que función de autor anuncien las de sujeto actor -otras subjetividades que se producen en estas luchas coproduciendo el campo-, para decir finalmente ¿qué importa quién habla? Si finalmente “El gran juego de la historia es quién se amparará en las reglas, quién ocupará la plaza de aquellos que las utilizan, quién se disfrazará para pervertirlas, utilizarlas a contrapelo, y utilizarlas contra aquellos que las habían impuesto; quién, introduciéndose en el complejo aparato, lo hará funcionar de tal modo que los dominadores se encontrarán dominados por sus propias reglas”. (Foucault, *Ob.cit.* pp.18)

Final de obra, con sus autores (consultores).

Las políticas sociales, ¿son o se hacen?, es eminentemente la pregunta que he querido responder a lo largo de estas páginas. Ciertamente es una provocación, para la reflexión básicamente. Decir *políticas sociales, desarrollo, programa*, dice mucho en cada enunciación, y de tanto que despierta, tal vez nos deje entre sus polisemias e intencionalidades, casi como en las mismas sinuosidades de la pregunta atrevida.

Probablemente cuando en ámbitos gubernamentales como los que estudiamos aquí, hablamos de políticas sociales, mezclamos una forma estatal: el modo de dirigirse al *desarrollo social*, forma de gobierno; con una experiencia histórica que advierte tensiones respecto de los mismos principios definitorios/rectores de esas políticas. Si intentamos emplazar analíticamente estas dos dimensiones: forma estatal y experiencia histórica del acontecimiento, tal vez logremos aproximar respuestas a la pregunta inicial, aún a sabiendas de más desbordes posiblemente.

El programa en su experiencia cotidiana, norma y nombra lo normado; pero al tiempo que acontece -y es nombrado-, recrea operatorias y denominaciones; oculta su nombre y lo añora. El hacer de personas concretas, pone al FOPAR como una forma –contrario o contraparte del *fondo* que nombra dinero para *la inversión social*–, forma identitaria para este hacer de las políticas sociales entramadas en/con comedores. Por eso nuestra pregunta que ironiza entre el “es” y el “se hacen”, desdobra ese enfrentamiento en sus correlatos: la evidencia, propia de la semiciencia oficial que registra al programa como “*datum*, dato empírico independiente del acto de conocimiento y de la ciencia que lo propicia, hechos representaciones o instituciones que son *producto de un estado anterior de la ciencia*, en fin, que se registra a sí misma sin reconocerse” (Bourdieu, 1995; pp.178. cursiva en el original); o bien la experiencia histórica de construcción social colectiva.

Los efectos de decidir por uno de los lados de nuestro interrogante, implican definiciones del sentido de la construcción social de las políticas sociales en sus efectos; porque según se entienda que “sean” o “se hagan” -al modo en que hemos interrogado-, la producción científica alrededor de las políticas sociales impactará permitiendo y posibilitando anclajes para otras construcciones, otros objetivos, otras realidades. La pregunta abre los sentidos de responderla.

Analizar más allá de la formalidad, al programa en sus obras, implicó un proyecto diferente para pensar políticas sociales.

Hemos procurado las relaciones entre actores y fuerzas de este campo, entre mandatos programáticos y actos, contingencias y sujetos políticos; los hemos objetivado en comedores cual obras, describiendo impactos de otras obras y otras subjetividades en sus mediaciones; advirtiendo que la disputa de múltiples sentidos de la política -en la obra de la política ejecutando el programa-, construye la política al tiempo que resignifica lo público. Y en esas luchas, las relaciones de poder que constituyen este campo de políticas públicas perturban la constitución del campo, tanto como a sus prescripciones rectoras. Una singularidad hecha programa, advierte una trama de pautas y efectos, tan inducidos, cual turbulentos y múltiples, tan imprevisibles cual sistematizables, tan estructurales cual coyunturales.

La experiencia de este programa vuelve sobre nuestra pregunta principal, para sin pruritos responder destronando dicotomías; las políticas sociales no son ni se hacen impersonalmente, sino que las hacen, y las hacen personas concretas, y sólo desde allí son, “resisten” calificaciones, los juicios que las pseudodefinen, tanto como “los rieles que las soportan”.

No solamente hay personas cuando las diseñan en exhaustivas programaciones y prescripciones, “jugosos papers” para informes o evaluaciones autorizadas que harán festín a especialistas (¿“communis doctorum opinio”?). El “FOPAR hecho” concreta difusas políticas sociales en personas como Victoria, Ricardo, Osvaldo, Susana, Caro, y muchos otros “consultores del programa”; pero también en Merce, Marta, Esther, Tutti, y tantos más en comedores, en los barrios, en las ONGs. Del mismo modo que se define en sus prácticas dialogando, andando este microcampo en una multiplicidad de encuentros y mediaciones..

Entendiendo que se hacen -y así son-, comprometemos actores sociales en nuestras comprensiones. La tematización de la agencia para las políticas públicas direccionadas a los *vulnerables*, viene a poner a esos *vulnerables* en circunstancia de verse tan sujetos activos allí, cual los sujetos consultores, interpelándolos incluso; porque entendemos que: “los individuos no son empujados o expelidos por fuerzas externas a la manera de partículas de hierro en un campo magnético. Por el contrario, los individuos seleccionan y construyen acciones con rumbos significativos y con ello contribuyen de forma activa a determinar aquellos mismos factores sociales que los mueven” (Wacquant, 2005; pp. 163).

La relación analítica entre estructura y agencia no puede omitir sujetos, la agencia prevalece interpelada por otras agencias y otras estructuras entonces. En tal caso, la estructura eficaz y estas capacidades de agencia, socialmente encarnadas, desbordan el programa; ¿qué fue si no,

el *igual es un gris* que vio para sí Victoria –para su seguimiento–, cuando interpelaba, reinventaba o moderaba sus controles en los comedores?

El “FOPAR hecho”, su singularidad, advierte de límites, pero también de potencialidades de la recreación de estas acciones que a veces se esencializan universalizando, en operatorias transnacionalizadas. La máscara no puede ver sus máscaras multiplicándose analógicamente.

La disyunción dicotómica: *asistencia-promoción, control-seguimiento, carta- formulario, acta-informe*, y tantas más aquí, no se han dirimido tales, ni sólo en el terreno profesional autorizado. Además de “este lado”, naturalizado para su potencia definitoria/clasificadora, *los comedores* tienen lugar en esas disquisiciones, incluso antes de constituirse tales. Los comedores antropomorfizados son interlocutores del diálogo definitorio, habida cuenta de nuestra génesis histórica para la inclusión y sus exclusiones; esto es: lo son, en el mismo marco que los enuncia en un espacio de prácticas particulares, para definirlos y distanciarlos de otras formas (*comederos*, por caso). Porque las personas que andan la pobreza en esos comedores, portan una historia de conquistas y negaciones, luchas propias: ancladas económica, política y socioculturalmente en Argentina, y en sus maneras de representar al estado y los derechos.

En la visita de Carola y Ricardo, hemos visto el modo de encarnar la palabra del comedor en sus voces y actos, inscriptos en la misma comunidad imaginada difundiendo los límites, más lejos de arrogarse el poder de hablar por otros. No sólo es “alguien que los escucha”, a la manera de la publicación del banco; sino que se afirma práctica “parapolítica” –aún en *gris*–, desandando ideas rectoras del desarrollo social, así como la misma norma allí enclavada. Por eso tal vez, pudimos componer eso de que en el comedor representaran al desarrollo social del estado, y en el ministerio representaran al comedor. Por eso, el *acompañamiento* –que prefirieron para *llenar* su labor, frente al mero *control* impuesto en el *seguimiento*–, no se decía en informes puesto que al programa no le interesaba, según nos dijeron para decir lo que no escribían pero hacían allí –ni *acta* ni *informe*–; potente en su obra, participando en las obras de *sus* comedores, en las “gambetas” al programa.

El programa, en su institucionalidad generativa de este hacer político de política pública, históricamente situado, juega el ejercicio de su poder colectivo en los encuentros de los autores/actores de estas obras, desde sus diálogos con múltiples escenarios e interlocutores. El encadenamiento institucional que anuncia ir “de la misión a la nación/ de la nación al comedor”, más que de jerarquías –o dominaciones del engranaje–, nos ha advertido de una

densidad de idas y vueltas, de cruces y tensiones, de prioridades y subsunciones, multiplicándose y cambiando de lugar el poder de hacer y nombrar.

El FOPAR/PNUD, no puede verse de un solo modo, lado o plano; una obra de política pública no puede verse sino en el centro de las relaciones de interdependencia que la vinculan a las obras que pretende o a las que se dirige, desde donde se las representa y norma. Entonces, estudiar el programa desde los puntos de intersección o articulación con esos organismos que lo nombran y lo norman, aparece tan estratégico como el modo político que asumió el *seguimiento* hecho y los minuciosos controles pautados –por el programa, el banco, el PNUD, el MDS–, en manos de estos actores en los comedores.

La productividad política de los actos del encuentro relacional, Banco Mundial/MDS; MDS/programa: MDS/FOPAR o MDS/PNUD; a su vez entramado en otros encuentros, programa (en su identidad construida, independiente de las nominaciones oficiales)/ comedores u organizaciones; pertenece a esos encuentros, a sus mediaciones significativas, considerando las continuidades y las rupturas en esas multiplicidades de situaciones y actores, entre la contingencia y las tensiones estructurales. Justo allí, cuando podemos interpelar el desarrollo y el estado en la gran mesa de sus negociaciones gubernamentales; pero también en la de trabajo del programa, tanto como en la del comedor; entre consultores que –como *alguien que los escucha* – tensan la programática de las ideas clave -rieles de las políticas-, en el sentido práctico de la delegación estatal que los omite actores/autores, pretendiendo portavoces lineales de objetivos transnacionalizados en un programa de desarrollo social. La “parapolítica” en “las gambetas”, las “independencias declaradas técnicamente” ya de los políticos -jugando la distribución de programas en el nivel local-, ya en las ONGs de los políticos (de partidos o de movimientos sociales) –arbitrando la distribución de compras o desembolsos a nivel barrial-; “gambetas” en el involucramiento con los problemas comunitarios suscitados por el programa –para apoyarlos cuando el hábito de conseguir comida se diluyera junto al cierre del FOPAR que no terminaba nunca de abrir nuevos desembolsos en el PNUD; “parapolítica” en el acompañamiento y contención de otras necesidades del hacer de los comedores, para plasmarlos en nuevas operatorias y aprobaciones, para formalizarlos “legislando”, simplemente porque algunos vieron que ahí había “otra cosa”, indecible estaba allí para aquellos que las aprobaran justamente, los mismos que reconocieran que aún entre ellos –los consultores–, había quienes *no entendían nada*.

Recién concluyendo, entendí que mucho de lo que me conmoviera para estar ahí, en ese microcampo, fue lo que llamara la “discrecionalidad de los técnicos”; de alguna manera pensaba, había mirado; que sus espacios de libertad en la cotidianeidad, eran una dimensión significativa para mi trabajo de recoger *lecciones aprendidas* durante esos últimos seis meses de FOPAR.

Y fue en el modo que llamamos “parapolítica pública” en el primer capítulo, que el cauce de la voluntad oficial anduvo redefiniéndose a partir de estos actos jugándose en un escenario múltiple que advertimos en la política de la *visita* y las obligaciones impuestas: de la política - en sus reglas- y de la visita -en sus mediaciones-. El acontecimiento, abigarrado de sentidos, volvía (vuelve) sobre algún tipo de inmutabilidad trascendente del desarrollo interpelando, para aparecer cual capitalización; una identidad y un saber propio -en sus *buenas prácticas* probablemente, en el pronunciamiento *al programa lo hicimos nosotros*-, haciendo a otras institucionalidades para la producción política de estas políticas en sistemas prácticos históricamente inscriptos.

Si el comedor debe estudiarse etnográficamente, cual campo de prácticas superpuestas; estudiar “un programa” también requerirá recaudos para la antropología que ande allí. El comedor ya no es el mismo, “con programa” o “sin programa”: constituye otra categoría para los comedores. La política social, demandada tecnología de gestión, no cristalizó sino resignificando la Vulgata del *empoderamiento* o *promoción del capital social*; y hasta la misma tecnología de gestión interpelando la *consultoría entre los pobres* nos lo ha dicho. Consultores, consultoría; también constituyen otras categorías cuando estos sujetos visitan *vulnerables* -“excluidos”, “marginados”, “asistidos” -, y justo esos actores - “los pobres de la relación”-, les acreditan una capacidad para justamente certificar el trabajo hecho por esos consultores. Consultores que, visitados por *los comedores* en el MDS, exponen su relación y las observaciones que surgen de ella tanto a pares, cuanto a las autoridades allí. Más de los encuentros donde “asistencia” o “promoción” quedan suspendidas en el paréntesis del estado en emergencia, en sus múltiples rutinas y contingencias intersubjetivas. Encuentros donde la capacidad de agencia de las Merce, han precisado el lugar del gobierno en las disyunciones sujetas a las nominaciones rectoras, justo allí donde la capacidad de agencia de Caro y Ricardo también se expresan en ese diálogo que labra las (des)sujeciones respecto de esas definiciones. El poder produce, se produce y los produce, en estas tramas de significación -de los peculiares encuentros-, que desbordan la norma y las categorías.

Unas mismas palabras, pierden sus nexos con las inmanencias del desarrollo trasnacional, que una vez se inscribieran. Los deslizamientos semánticos que son riesgo para unos, lo son también para los otros: las ficciones orientadoras que desmaterializan los anclajes del desarrollo capitalista para imponer su violencia de significación rectora, aparecen tan riesgosas cuan las dislocaciones de sentido que el sentido práctico juega en el campo de mediaciones simbólicas que emplaza el programa. Por eso, cuando se trata del hacer el desarrollo, en el mundo próximo del día a día del FOPAR, se intiman las sentencias trascendentes, las palabras clave, sus institucionalidades, el juego de saber y poder vuelve a ser lucha estratégica, entre sus prescripciones y las restricciones (representadas y actuadas) está la gente, con más saber en su hacer. Así, “estudiar un programa”, implica al estado y al desarrollo en dimensión concreta, singularidad donde se articulan los poderes y los saberes, en el régimen propio de su lenguaje, en los mecanismos que los actores juegan en estas institucionalidades que reinstituyen habitando y capitalizando las instituciones, allí donde se delimitan las acciones del poder en tanto trama y relaciones, allí mismo donde el riesgo es posibilidad para mensurar –y medir– la eficacia del “gran orden” del discurso.

Por eso, ante el enunciado, *al programa lo hicimos nosotros*, había mucho más que actos de discrecionalidad. Que el merendero advirtiera o no sus *contrapesos*, para ser aprobado en la prosecución del financiamiento nombraba ese *nosotros*, tanto como a las representaciones de la dirección de la política oficial en esas manos colectivas. Del mismo modo que ese *comité*, estratégicamente omitido en las operatorias, ayudó a *blanquear* las situaciones: bien la oficialización del incremento de prestaciones que el comedor implementó y ese *nosotros* “aprobará”; bien la independencia avalada para comedores respecto de las ONGs que oportunamente los representaran ante el programa, bien la aprobación de lo pequeño (comedor o merendero) que la lógica grandilocuente de nación gambeteara.

El juego de lo dicho y lo no dicho, se revela constante y estratégico en esa obra identitaria (con)densada en la fórmula: *al programa lo hicimos nosotros*. Nombrando actores y autores colectivos, indeterminaron al programa fluyendo entre acciones que –normadas, formateadas en sus aparatos de saber–, se avenían a modos y significados múltiples en sus manos. Entre sus documentos: el FOPAR o PNUD escrito, el *manual del programa*, sus *informes para afuera* (obras propias y ajenas); y sus obras rutinarias; el *programa* nombraba el desafío de su productividad colectiva singular; la positividad de la apropiación subjetiva que imponía la sentencia para decir el invento cotidiano, afirmar otros desafíos para su abordaje. Así las

cosas, el FOPAR andando el campo comedor, tampoco es aquello que se escribió posible en sus prescripciones rectoras del desarrollo social en los '90.

En Argentina, *al banco* no le interesaba meterse con el hambre, era el *empoderamiento* un contenido que andaba sus planes y reñía –desdeñando la asistencia– con comedores en los 2000; por eso la *reorientación* del programa fue resultado de una espinosa disputa que el MDS resolvió técnica y políticamente, diremos diferenciando planos y actores de discusión, negociación y gestiones. La misma reorientación que convirtiera a los comedores en *objeto de financiación*, aparecía cual justificación exhaustiva de los cambios para el FOPAR anunciando *estrategias de salida*, en la publicación que objetivara el empoderamiento encuadrando las acciones del Banco Mundial en América Latina y el Caribe, tal como vimos en el capítulo tres. En cada una de estas “sentencias técnicas”, podemos relevar actores tensando las acciones para las políticas: el gobierno nacional conquistando la financiación de comedores con plata del banco mundial, negociando el objeto del préstamo al sentido impuesto por el banco a sus objetos en la región, en nuestro país.

Mismas palabras, otras cosas; las *estrategias de salida* fueron mutando según las gestiones políticas y las condiciones de ese hacer desde el gobierno; mientras que anunciarlas fue la manera de labrar el distanciamiento del banco con este espacio al que inexcusablemente debió acercarse en algún momento de “colapso social y político” y “sin precedentes en la historia del país”, tal como describieron esos autores –no estrictamente pertenecientes al mundo de las definiciones políticas de gobierno, sino los que juegan sus voces en la política pública a modo técnico–: consultores del banco, agentes del estado nacional. Volver a casa, salir del comedor; estrategia política de unos, vivencia y cotidianeidad de urgencia de otros, queda por saber cómo esas imposiciones fueron construyéndose para llegar a convivir con otras gambetas al hambre, por estos días de tarjetas³⁹ (nuevas “gambetas públicas” para la falta de salidas).

³⁹ La *Tarjeta Social Alimentaria*, o la *Tarjeta Alimentaria*, viene a reemplazar los bolsones de alimentos, y la provincia de Buenos Aires, la anuncia con palabras de Daniel Arroyo (viceministro de Alicia Kirchner, durante todo el periodo de gobierno de Néstor Kirchner), en declaraciones a Radio Provincia: "Vamos a anunciar un conjunto de cambios en la política alimentaria a partir de febrero, que tiene que ver con ir reemplazando de a poco la entrega de alimentos de parte del gobierno provincial a un sistema de tarjeta". Este "reemplazo del reparto de alimentos por una tarjeta de crédito del Banco Provincia para comprar comida por un valor mensual de 100 pesos" forma parte de la noticia del diario Página 12, cuyo titular fuera: "Scioli tiene un plan para bajar la pobreza" y no omitir la autoría: "CREADO POR DANIEL ARROYO, QUE SERA SU NUEVO MINISTRO DE DESARROLLO SOCIAL PROVINCIAL". Ciertamente los valores asignados a la tarjeta redentora del asistencialismo, garantía de transparencia y eficacia estatal, según dichos de Arroyo y Scioli, distan mucho de concretar la comensalidad doméstica, dejar el comedor en la provincia que más comedores en el FOPAR/PNUD registra.

Por su parte, el INFORME TARJETA ALIMENTARIA PLAN NACIONAL DE SEGURIDAD ALIMENTARIA decía para diciembre de 2006 que "En la provincia de La Pampa, el Plan Nacional de Seguridad Alimentaria [PNSA] cuenta con 13.329 núcleos familiares beneficiarios hasta el mes de diciembre. El número (...) se incrementa mensualmente desde la implementación de la Tarjeta Alimentaria, ya que se incorporan progresivamente las localidades (...). El importe depositado por tarjeta alimentaria es entre \$ 80 y \$

La relación analítica entre estructura y agencia, advierte la mutua constitución componiendo el todo de la experiencia social hecha FOPAR. Sólo analíticamente procede pensar dicotómicamente dos componentes, y entonces la posibilidad de alguno prevaleciendo sobre el otro, tal vez en el tiempo (cual sucesión indeclinable), o en el peso “específico” de una sobre otra (cual condicionamiento del hacer). No obstante, parece inapelable ese peso, cuando el poder institucionalmente concentrado y articulado impone *estrategias de salida*. Aunque concretarlas o no, resulta efecto de las relaciones sociales que advertimos en las luchas del campo social precisamente.

Al programa lo hicimos nosotros. La afirmación colectiva de esta obra, procede desreificando una política pública y un organismo de crédito trasnacional/ trasnacionalizante. Así, el “FOPAR hecho” exhorta a otro abordaje, nuevos estudios, y por qué no, a otras maneras de pensar la gestión, planificación, evaluaciones expertas también.

La enunciación colectiva, juega de alguna manera, otra manera de ver cómo podemos pensar en nombrar y hacer el mundo del desarrollo, puesto que aún en su orden, las individualizaciones identitarias –en un programa oficial–, difunden lecciones de paradojas de poder y saber. Sus *buenas prácticas* hablan de sus individualizaciones en su campo de intervención, siendo que *el que conoce el comedor es uno*; así, lo singularmente propio calificó un hacer y una obra en un orden del discurso que admitía tensiones para los sentidos rectores. Tal como lo vimos es la lógica del programa hecho, entre cuentas y seguimiento; gestión conocida y valorada en el programa, tanto como en la “evaluación técnica” individual y la misión común puesta en común, asegurando la comida al comedor. Sus capitalizaciones definiendo la nueva estructura orgánico-administrativa del *proyecto PNUD*; forma que albergó todos los sentidos que construyeron, en el FOPAR, incluso tensándolos; para cristalizarlos según sus “haceres” en ese nuevo marco institucional para el trabajo con comedores. Ese comité en el PNUD, situaba formalmente una de sus lecciones aprendidas cuando definía un lugar institucionalizando para el tratamiento de los conflictos y las negociaciones de sentidos que, paradójicamente, interpelaba la cotidianeidad de aquello que se salía de lo común. Lección aprendida, de lo que se dice y no, aunque se haga; práctica sin enunciado en la pauta escrita de la operatoria, *comité* lo llamaron para formalizarlo en sus hechos; incluso gambeteándolo en la pauta, el comité hizo “participar” autoridades de gestión política del MDS, convalidándolo ritual de aprobación y desaprobaciones.

100” según el criterio de focalización de cada núcleo familiar”. Valdrá rescatar el informe que alumbrara la justificación del proyecto PNUD que aquí tratamos, como continuidad del FOPAR, para advertir los contextos sociales, económicos y políticos de estas intervenciones gubernamentales y sus pretensiones desancladas de las condiciones materiales de la existencia de millones de personas en Argentina.

Lo que se dice y no entre *acta* e *informe* para el expediente, plasmando allí la *historia del comedor*; comedor y comida llamando a expedirse rápidamente, tanto como para propugnar el *paraguas* para acotar circuitos administrativos y enorgullecerse contando los pocos pasos conquistados. Persistencias y treguas, con la *carta* informada por el *formulario* de los políticos que no las leen, pero que son interpelados en sus códigos para pedir su ayuda apoyados por consultores que –desde esos contenidos–, convencen a otros (probablemente lectores técnicos) que las reciben y procesan administrativamente, según los lineamientos de los mismos políticos en el gobierno, performando otra forma de política pública desde el estado, aún en su tecnología de gestión.

Continuidades “legislativas” en las rupturas, un saber-poder dialoga y tensa –incluso propios saberes profesionales, incluso lógicas de las políticas de los políticos–, múltiples experiencias, en múltiples identidades de los sujetos, el mismo campo en contingencias múltiples.

Lecciones de continuidades, la asistencia no desplazó la promoción; Ricardo, irrumpiendo en otra de las dicotomías, nos ha enseñado la efectividad de su asistencia, para la actividad de promoción social que encarna Merce; lección para aprender si somos capaces de reconocer usos y apropiaciones del programa social para ella y otras mujeres y hombres en/desde los comedores. No sólo los observadores especialistas de las políticas sociales, y/o de los pobres, constituyen la autoridad para habilitar la disyunción asistencia-promoción que otrora se resignificara en el mismo marco de la gestión social. El consumo que los actores resuelven en el campo, aun sin intencionalidades demasiado expresas, juega el juego de la lógica de los programas tensando también esos significados para revisitar la cuestión social y su abordaje. Atendiendo a que el mismo programa no desplaza la promoción en su asistencia, advertimos sus multiplicidades, subjetividades y prácticas superpuestas; y *fortalecimiento* o promoción, algo ha hecho sin nombrarlo probablemente, cuando de la urgencia saldada en el desembolso mensual, se pudo pasar a la apuesta: que en el comedor constituyó intenciones y acciones cada vez más ambiciosas, más diversas, pegadas o desmarcadas de las prescripciones gubernamentales, incluso de la pauta de *fortalecimiento* que el mismo desarrollo social pretendiera en el programa, cuando enunciara los otros *servicios*, cuando lanzara *los productivos*.

La identidad del FOPAR/PNUD juega la autoridad de su obra en ese hacer, como *buenas prácticas*, para las propias y singulares. En el reconocimiento o reestablecimiento de la autoría colectiva, esa obra construye una política pública concreta. Y no se trata de

subjetivismos intencionalmente activados, pero sí del funcionamiento práctico de los habitus allí; así como se trata de que el juego del campo no puede acreditar esos habitus como los propios del programa solamente; Ricardo –sólo considerando su historia profesional–, tiene más de un habitus para convocar y llenar de sentido en y para el FOPAR, para llenar su trabajo allí.

Tampoco procede pertinente, entender el juego de los habitus únicamente para los consultores del programa, Merce –como un prototipo de responsables del comedor, en los comedores–, construye su encuentro permanente con el FOPAR, tanto desde su historia, cuanto desde sus diálogos desde el comedor: con el barrio, con los políticos, con otros políticos, con las ONGs, con los medios de comunicación, con otros actores estatales. Las multiplicidades y las interacciones desbordan, en un trabajo de construcción complejo e incesante, desplegado en el *programa de nación*; la voluntad oficial redefine sentidos en este microcampo que, de algún modo, manipula –y aviva– en el misterio del ministerio. Personas y trayectorias, experiencias capitalizadas, devenires; recalifican, resignifican, dinamizan la experiencia social del programa oficial y de los comedores en este diálogo, en el encuentro que ofrece el juego del microcampo en su propia constitución histórica.

La forma FOPAR, advierte capitalizaciones, que juegan una multiplicidad de estrategias construyendo contradiscursos, aún desde la autopreservación reproductora del estado si se quiere. El poder concentrado, que se emplazaba inapelable cual condicionamiento del hacer, juega entre los agentes dotados de un sentido práctico; sus principios de visión y división se activan en sus potencias del sentido de la jugada, construir las *estrategias de salida* para los comedores, anticipaban la propia salida del campo de los comedores cual el futuro del juego; su trabajo (con o sin bien común). La invención de las ideas que juegan lo público como bien común, “son inseparables de la invención de las instituciones que fundan el poder de la nobleza de Estado y su reproducción” (Bourdieu, 2003; pp. 114). Reclutar profesionales, ha sido para el desarrollo, parte de sus garantías de dominación; ese cuerpo profesional debe reproducir al estado para reproducirse, decía el autor, al tiempo que explicaba el sentido dinámico de la dinámica de la reproducción, adversa a las simplificaciones propias del “*rumor intelectual*”, “*ex auditio*” (ibídem), de los que hacen hablar a un autor, sin otro contenido que el de los eslóganes. Pero “profesionales”, también puede jugar cual eslogan si no hacemos lo mismo que Bourdieu nos enseñó para pensar al científico por ejemplo; y con esto pretendemos recalcar la multiplicidad de campos que habitan estos sujetos del desarrollo

profesionalizado en tecnologías de gestión, que a la vez, no prescinden de otras relaciones con otros campos y habitus.

Comprender esta obra, el “FOPAR hecho”, es abrirse a su campo de producción y a sus actores, al poder productor de nuevas realidades y nuevas subjetividades. La práctica discursiva, enunciada trasnacionalmente en “el esperanto del desarrollo”, se enfrenta a la práctica localizada, singularizada en el campo en el que se produce cuando se hace, ofrece otra obra en su uso activo, en clave propia.

Las palabras clave son las que los agentes arriesgan: el *comedor* o el *comedero* o la *organización*, el *fortalecimiento* o la *capacitación*, el *FOPAR* o el *proyecto*, la *evaluación técnica*, la *estrategia de salida*, el *banco* o el *pnud*; y andan en nebulosas de significado, dispuestas para ser jugadas; aún como lema o eufemismo, que finalmente procede tan correcto cual polivalente.

Las operatorias se vulneran, el *comité* o las *listas de beneficiarios*, las *prestaciones* en número o condición de cena o merienda; *aprobar o no*, pone a sus evaluaciones técnicas “legisladas” en la operatoria aprobada bajo el *paraguas banco*, por sobre los embates y avatares de la política partidaria, afianzando sus capitales. Los organismos internacionales se usan a conveniencia, cuando sirven para “frenar políticos”, o hacen de *paraguas* burocrático, administrativo y financiero, frente al malicioso circuito de expedientes y tiempos de la administración nacional, adversos al tiempo de los comedores; las estrategias se reconstruyen en el sentido del juego, en sus jugadas y anticipaciones.

El programa, su operatoria, sus técnicas “aprobadas”, sus maneras de saber-poder, organizan el tratamiento del problema aislado –construido en aquel mismo régimen, “sociologizado” también –: los *proyectos*, los *comedores*.

El discurso del desarrollo dicta y crea un mundo, pero los salvajes del tercer mundo escribimos con faltas de ortografía y el esperanto nunca sirvió. La desnaturalización de los términos de ese orden, no procede linealmente tampoco; por caso, como vimos, el *fortalecimiento institucional* y su prescripción de verdad acerca de la valiosa transformación de la realidad, se topa con prioridades y nuevos sentidos, no necesariamente “aprobables”, mucho menos compartidos o consensuados. Victoria lo decía: *no voy a decir que era fortalecimiento, porque ni siquiera estoy segura de qué es*. Logro o deuda, en el programa fue “otra cosa”. Alguien más lo anunció: *qué sé yo, por ejemplo una parroquia que hacía fútbol (...) los sábados y los domingos (...) y, ahí había merenderos y sin embargo no era el merendero en sí lo importante: era el tema del fútbol, de la cosa...*

La verdad del régimen discursivo del desarrollo social se crea/recrea en su dinámica local, por eso no puede, ser considerado en estudios que ignoren posiciones y relaciones, cruces; frentes de su misma ejecución conflictiva cuando se hace en/entre comunidades imaginadas de diverso orden (imaginando órdenes diferentes); el comedor, el gobierno, los expertos, los políticos, los movimientos, el *banco*, el *PNUD*, los *consultores*, la administración burocrática. La membresía a una u otra, no explica las tensiones de sentido entre unas y otras tampoco; es justamente la adscripción problemática, superpuesta incluso, para intervenir en un campo no menos problemático, lo que explica que el discurso encuentre límites en las mediaciones de sentido del campo de estas políticas hechas, justo cuando el poder y el conocimiento son “actualizados”, “acontecimentalizados”, produciendo y produciéndose en ese campo. Su fundamental significación, tal como es concebida por el orden hegemónico, construye problemáticamente también el contradiscurso mientras dice haber aprendido la lección.

Conciencia práctica, potencia significativa en el saber hacer, sus *buenas prácticas* tal vez, asegurando una identidad para las actuaciones, las relaciones. Si el desarrollo puede estudiarse a partir de su régimen discursivo, entramando un régimen de representación del otro, hay unos otros invisibilizados en sus potencias políticas, que constituyen y juegan en el campo de los sentidos prácticos de su hacer en ese “gran orden”. La diferencia arbitraria entre técnico y político, deviene necesaria y naturalizada en ese orden discursivo, replicando la relación de inscripción dependiente, construida por otro en otro orden, a su imagen y prescripción de posiciones.

Cuando los políticos, en sus gestiones gubernamentales “fundan” renominando, reclasificando, clausuran violentamente trayectorias de las obras; al tiempo que asignan un lugar a las potencias de estos actores, habilitando e inhabilitando, jugando entonces las tensiones que lógicamente resultan de esas imposiciones de sentido.

La invisibilización recupera la neutralidad del discurso incuestionable, aún en sus mutaciones de significado, la idea fuerza del desarrollo, “carril del pensamiento”, ha perdurado inmune (e impune). Esa elusión construye una oclusión clave. Disputar el régimen de representación del desarrollo implica sujetos actuando, no de más esencias; y entonces, implica actores políticos que no prescinden de sus saberes profesionales cuando toman a cargo y cuenta, las relaciones de saber-poder que los atraviesan. Por eso, la marca consultoría o la membresía técnica, que pulcramente fuerzan la distancia de estos sujetos respecto de la politicidad de sus prácticas haciendo el programa; se avienen a una construcción social particular de lo que cuenta y vale como “político/a” en la política social hecha; en el dominio que ejercen de normativas escritas

y tácitas de instituciones, se inscribe una práctica profesional que entendemos, debe ser considerada en su dimensión propiamente política y politizante del campo.

El actor subjetivado en esta obra, pone en escena capitales diversos: su formación profesional misma, no es sino un modo analítico de enunciación de un capital bourdieuano, que nos obliga a su propia constitución múltiple, enclavada y entramada en otros capitales. Por eso, los actores aquí, no necesariamente activaron los mismos haberes profesionales del mismo modo, sino subjetivamente inscriptos, en una economía política particular.

Por su parte, la identidad del programa también está atravesada por esas subjetividades y sus historias allí. Comunidad de sentido, se enfrenta a otras “intervenciones” semejantes que enfocan políticas alimentarias, cuando añoran el nombre desplazado, o cuando al nombre FOPAR le sobrescriben el del *plan*, Plan Nacional de Seguridad Alimentaria, otra cosa. La asignación coercitiva se enfrenta a la identidad del microcampo en su originalidad, su autoría se enuncia en la identidad FOPAR, en sus continuidades simbólicas, mismo en las cristalizaciones que legislaron en nuevos hechos, escritos o no en el documento del proyecto PNUD.

La dimensión del poder recorre nuestro relato, concentrado –en organismos, ministros–, en su apariencia y concreción coercitiva; o difuso –entre comedores y consultores–; estructurado y espontáneo, también el poder puede ser desdoblado para entenderlo en el juego⁴⁰. La política hecha por estos consultores -convocados desde su posibilidad de jugar tecnologías de gestión, en el microcampo que hemos estudiado, entre la política de los comedores-, no se escinde en ese hacer de la macropolítica imponiendo coercitivamente sus demandas; coexiste en sus obras, en y desde sus diálogos. ¿Concreción llana o disposición perenne? La cotidianeidad, las rutinas, la contingencia compleja –(en)clave de desarrollo o en clave de hambre–, donde la potencia enunciativa/normativa de nuestros actores, jugando las argucias del débil -frente a las estrategias del poder fuerte y concentrado-, se atrevía a *hacer las manganetas posibles para ajustarte a la realidad de lo que era el comedor*. Ese vigor significativo del saber hacer, del comedor “conocido”, no necesariamente constituye un poder débil. No si por caso, nos detenemos en el modo en que impactó el contenido que llenara la categoría “consultor” desde

⁴⁰ Unas veces Bourdieu, otras Foucault –coincidentes y discrepando–, ayudándonos a entender ese juego y sus gambetas, extrayendo reglas para construir el propio objeto, como lo dijo el primero refiriendo palabras del segundo, cuando tematizara el uso activo de la lectura y los autores (2003; pp.13). Una síntesis conceptual respecto de semejanzas y diferencias entre estos autores para el tema, puede ser la que ofrece Waquant refiriendo al “poder como efecto de homologías estructurales” (2005; pp. 168-174).

los '90 hasta estos días, pero entre ellos, en sus haceres y enseres, con lo que ellos quisieron – y no– llenar su trabajo.

Los pequeños actos de la cotidianeidad de las ejecuciones, construyen un programa, “obran allí”, tanto como el plafón de experiencias posibles, otras obras en nuestra historia. La sobredefinición del orden del desarrollo transnacionalizado en programas como estos que aquí estudiamos, no deviene sin “fisuras”; ningún orden discursivo es una cristalización tan “dura”, que aún en “sus universales” no pueda ser interpelada en la cotidianeidad de los sujetos, en la economía política de sus prácticas. La invención del tercer mundo y del desarrollo en sus versiones para lo social, “experiencia históricamente singular que no fue ni natural ni inevitable sino el producto de procesos históricos bien identificables” (Escobar, 1999); es también invento cotidiano y singular manera –forma con fondo y trasfondo–; porque en esta parte del mundo, donde revelamos tensando los enunciados rectores en múltiples contingencias, enclavadas en una historia labrada aún en sus regímenes de verdad; la política del desarrollo social en Argentina aún “inoculada” transnacionalmente, se construye en ese mundo que se emblematicara en Colombia allá por los '50. Pero ese invento, tiene sus peculiares '50 en la Argentina de la inclusión, en las performances de las respuestas a las necesidades y los derechos desde el gobierno mismo en esos años; en las subjetividades históricas peleando sus derechos en adelante.

La política hecha lleva esas marcas históricas, y construcción subjetiva, es subjetivante; este poder produce estos sujetos aquí, ese campo juega sus marcas entre sus habitantes profesionales. Aún en contingencias fragmentadas del “gran orden”, es el sujeto el que marca y sujeta, y entonces es el sujeto que juega a desmarcar en otras marcas, sujeto que des-sujeta, que se desmarca.

¿Podremos pensar al estado en su versión nacional aquí –aún en su definición transnacional conflictiva de políticas sociales–, como un conjunto de subjetividades históricas jugando sus potencias entre políticas de gobierno, que a la vez se constituyen correlato inexorable de sujetos?

Esencializar las políticas, calificarlas y descalificarlas, procede más que pertinente para un orden sin estado, como otrora vimos para los servicios privatizados que auguraran la atención completa a las políticas sociales y de salud de los '90.

Cuando mi relato propuso las representaciones sobre la política y el poder, la economía de lo público, las estructuras del deseo interactuando entre obras e imaginaciones; también pretendí fisuras en el modo en que se tematizan estas políticas, entendiendo que de alguna manera “apuntan notas” en los discursos del “gran orden”, el capitalismo y sus versiones del desarrollo económico y social, teorías científicas legitimadas y legitimantes. Las cristalizaciones teóricas nos juegan demasiadas trampas, el tema es suficientemente serio, y la antropología puede apostar otras respuestas, aún en sus tensiones con el tema del desarrollo⁴¹. Si el programa es en la lectura de acontecimientos, y es una construcción singular y particularizante de un espacio social político, la lógica de la posibilidad germina ante los ojos de los detractores de lo público (del estado también). La lógica de la posibilidad no se ata a las alternativas difusas, espontáneas, sino que habla de las diferencias en un lugar a construir diferente en tal caso, una práctica política en un modo de gobernar lo público.

Cierto es que en nuestra experiencia etnográfica, hemos optado qué versión producir para las múltiples versiones del microcampo estudiado; lo que he llamado “parapolíticas” se manifiesta de maneras múltiples, y ello implica exponer más luchas, que juegan los actores, además de las que he jugado aquí, en mi objetivación participante y en la decisión política que lleva lo enunciable. Así, implica entonces las que no han contado.

El carácter que asume la indagación, lleva en sí la impronta observable en la calificación conflictiva y reproductora de estas políticas, toda la carga que las impugna científicamente, las propugna de mil maneras reproduciéndolas; reimprimiendo la pugna de la nobleza de estado para calificarlas con o sin anclajes en sus intervenciones; por eso al momento de estudiarlas, cabe (re)emplazar los grupos de poder que se juegan los mismos objetos según sus campos. Las tensiones del campo de la política pública, anuncian las conjeturas sociológicas que –aún discutiéndolas–, ni Bourdieu resistió cuando presagiara, “si le es permitido, por una vez, a un sociólogo hacer previsiones, es sin duda en la relación cada vez más tensa entre la grande y la pequeña nobleza de estado, donde reside el principio de los grandes conflictos del futuro: todo permite (...) suponer que, frente a los egresados de las grandes escuelas de Francia (...), que tienden cada vez más a monopolizar fuertemente todas las grandes posiciones de poder, en la banca, en la industria, en la política; los detentores de títulos escolares de segundo orden, pequeños samurai de la cultura, estarán obligados, sin duda, a invocar, en sus luchas por la ampliación del grupo de poder, nuevas justificaciones universalistas (...)” (2003, pp.124).

⁴¹ Tomaré el tema en el siguiente título.

Develar el potencial real de otros grupos de poder, aparece sustancial tarea de desnaturalización, más cercana al conocimiento antropológico. Recuperar la capacidad de agencias múltiples, en el centro mismo del estado, jugando el análisis en el nexo de las instituciones que reafirman la reproducción del capital económico y político que alberga el desarrollo capitalista, permite el diálogo con el poder difundándose al interior del campo.

La dominación simbólica procede conflictivamente al interior de la nobleza del estado; el poder, efecto de relaciones sociales se inscribe en los sujetos que habitan singular, conflictiva y multidimensionalmente, estas políticas desde este estado aquí y ahora, desde el anonimato del murmullo del que nos hemos hecho eco estando allí.

Del compromiso entre antropología y desarrollo: la respuesta dobla la apuesta.

Tal vez en este trabajo hayamos logrado dar una respuesta antropológica para nuestra pregunta principal. A su vez, podría ser que alguien, torciera la pregunta sobre nuestro trabajo pretendiendo una respuesta antropológica, para interpelarnos sobre el posicionamiento en la apuesta.

Hemos llegado al final omitiendo la discusión tensa para la ecuación antropología-desarrollo; habiendo naturalizado posicionamientos desde la partida, es en este momento donde nos preguntamos desde dónde respondimos; si desde una antropología para el desarrollo o bien, desde una antropología del desarrollo. Arturo Escobar (1997) aclara estas “dos corrientes de pensamiento”; la primera como “aquella que favorece un compromiso activo con las instituciones que fomentan el desarrollo en favor de los pobres, con el objetivo de transformar la práctica del desarrollo desde dentro”, mientras que la segunda: “prescribe el distanciamiento y la crítica radical del desarrollo institucionalizado”. Sin adentrarnos en las tensiones que representan estos dos modos de compromiso con el desarrollo que documenta el autor en su trabajo, apuntaremos las contribuciones que la antropología para el desarrollo reconoce para sí, cuando rescatando los puntos de vista y los proyectos locales, “situando las comunidades en contextos más amplios de economía política” (ibídem), se implica en “la teoría del desarrollo y en su impacto en estrategias particulares y proyectos concretos”. Asimismo, atendemos a los aportes propios de la antropología del desarrollo, más cerca de la propiedad disciplinar justamente, puesto que desentrañar el lenguaje pretendidamente neutro del desarrollo performando la realidad social, como posibilidad de cercar el dominio de las representaciones del desarrollo “estando allí”; forma parte de “una tarea que se situó siempre en el centro de la antropología, aunque en pocas ocasiones fue llevada a cabo: 'desfamiliarizar' lo familiar” (ibídem).

Los lazos posibles entre una y otra posición, nos acercan otros autores que -advirtiendo una relación conflictiva para antropología y desarrollo, y probablemente impactados por la crítica apocalíptica o inmovilizante-, asumen que la relación entre la gestión y los estudios antropológicos críticos de políticas de desarrollo, llaman a una tercera posición digamos, cuando advierten que: “si los antropólogos pretenden hacer contribuciones políticamente significativas a los mundos en los que trabajan deben continuar manteniendo una conexión vital entre conocimiento y acción. Ello significa que el uso de la antropología aplicada, tanto dentro como fuera de la industria del desarrollo, debe continuar jugando un papel, aunque de un modo distinto y utilizando paradigmas conceptuales diferentes de los que se han utilizado hasta el momento. (Gardner y Lewis, 1996: 153)” según cita Escobar.

El trabajo etnográfico que apostó a responder aquí, procuró de continuidades y rupturas entre las dos posiciones rectoras que justamente al final de los '90 enfocaran las discusiones. Por un lado, este trabajo cuando contesta, lo hace asumiendo potencialidades –entre actores e instituciones–, para mejorar los programas, según las condiciones permitan; se trataría de reconocer si “son o se hacen” apuntalando la versión que propone ayudar a mejorar la situación de las personas desde proyectos de desarrollo social; entendiendo entonces que estos proyectos contribuyen al desarrollo de los grupos sociales a los que se dirigen, según esos “beneficiarios”/ beneficiados entienden importante, valioso, prioritario; estaríamos así, más cerca de la primera de las perspectivas.

Ahora bien, si las políticas sociales, ¿son o se hacen?, ya posicionados en construir respuestas críticas desde la antropología del desarrollo, pone a la pregunta volviendo sobre sí desde la menos sutil ironía que el sentido común devuelve cuando la enunciamos. Ejemplos que pueden ayudar nuestro razonamiento aquí: “¿sos o te hacés el vivo?”; o bien, “¿sos o te hacés el bobo?” son los casos más sencillos que podemos retratar, para poner la pregunta frente a la avidez de nuestras clasificaciones cuando los comportamientos ajenos nos despistan. “Sos o te hacés”, antecediendo una clasificación y una calificación –como en “vivo” o “bobo”–, juega imponiendo ese ser que prevalece sobre el hacerse, de este modo alguna especie de esencia definitoria prevalece predominando sobre la existencia que compone el ser que nombramos en las cosas. Manera efectiva de desacreditar al interpelado, cuando descalifica más en la pregunta misma, que en cualquier tipificación que predique para ese ser o hacerse. Manera de marcar al otro y el lugar para ese otro.

Saber si son o se hacen, desde la perspectiva de la antropología del desarrollo, fue una inquietud que me involucró con las instituciones –más allá de los “beneficiarios” y sus necesidades más o menos respetadas socioculturalmente–; así como con los otros “beneficiarios” de aquellas, quienes trabajan en los proyectos haciendo y rehaciendo el mundo del desarrollo. Incluso interpelando el modo en que hemos construido aquí el surgimiento de lo que se produce como problema social, nos hemos involucrado en un mundo de negociaciones “nativas” para definir y encarar problemas, programas y proyectos, pero procurando ir más allá, con múltiples situaciones impactando y excediendo el programa, sus líneas rectoras y sus operatorias; ir más allá de los mismos destinatarios “naturales” (los comedores, los comensales), advirtiendo el juego entre otros capitales y actores, nuestros protagonistas aquí (los “consultores de comedores”), cruzándose en una particular comunidad de sentido: con gobernantes “autores/autorizados” para nombrar y hacer la política pública, con consultores de rango internacional de los organismos “más autorizados” para nombrar y hacer el desarrollo, con los “otros internos” del MDS ajenos a que en ese expediente habitaba un comedor; con los políticos (de los partidos, anuentes y no); con la iglesia (tan sensible al tema del hambre, y con diversas maneras de aproximársele según diferentes circunstancias político-gubernamentales); con (pocos) hombres y mujeres (muchas) del comedor, pero también de las organizaciones (en “pequeñas o grandes” ONG para impactar el espacio público; tanto como en universidades, anuentes y no a las políticas públicas en marcha); con pares en otras institucionalidades del estado a nivel local; con los líderes de movimientos (en diferentes circunstancias político-gubernamentales).

Una trama relacional compleja para preguntarnos, casi como volviendo a empezar: ¿podremos, con “ojos antropológicos”, identificar en las políticas públicas -signadas por el mundo desarrollo- prácticas constituyendo la expresión de los mojones de construcción de alternativas propias sin descartar actores? Apuntar a ver en los movimientos la expresión de lo diferente y socialmente significativo como alternativa, descarta estos actores y sus acciones enlazadas con aquellos en las que las enfocan. ¿Podremos pensar que algunos de los actores aquí –comunidad de sentido, que se piensa y que se siente-, llevan en sí la impronta de la posibilidad en su singularidad para la articulación positiva de alternativas?, ¿inclusive la misma que la antropología del desarrollo parece encontrar básicamente en movimientos sociales? Pero, si se trata de una mirada antropológica proponiendo revelar “los marcos locales de producción de culturas y de identidades, de prácticas económicas”, como indica Escobar (ibídem), habrá que pensar que esas prácticas no se hacen sin estos actores en el mundo del desarrollo social que ellos hacen y nosotros anduvimos en estas páginas. Habrá

que pensar que ese develamiento, debe proceder para las prácticas que estos actores del desarrollo inventan, producen, reproducen y coproducen.

Analizar la relación conocimiento-poder implica, tal como plantea la antropología del desarrollo analizar a los especialistas, a los que lo ponen en marcha, a las instituciones del desarrollo, antes que a los “beneficiarios pobres”; sin embargo ese enfoque oblitera las relaciones que subjetivan a estos otros de la política social, actores en el campo del hacer de ese orden y régimen de verdad. Hay así, un poder que niega al otro, tanto como la antropología para el desarrollo lo examinó cuando advirtió la necesidad de reconocer al “beneficiario pobre” en sus significados y necesidades adversus del avasallamiento desarrollista. Cuando el foco omite actores jugando relaciones y posiciones en el campo, suprime también subjetividades históricas coproduciéndose, coproducción del campo al fin. “Este desarrollo social” nos ha mostrado un entramado de significación donde se encuentran y tensan esas subjetividades, entre formas y relaciones de saber y poder, en instituciones involucradas con el desarrollo, en un conjunto tan pautado cuan inesperado de prácticas. Escobar cita en este trabajo que tematiza posiciones para la ecuación antropología-desarrollo, a la antropóloga Wazir Jahan Karim, para decir que “La antropología necesita ocuparse de proyectos de transformación social si no queremos vernos 'disociados simbólicamente de los procesos locales de reconstrucción e invención cultural (1996: 24)”. ¿Habremos de registrar que estos procesos de invención también se dan al interior de estos programas en el estado, a partir de la coproducción de actores en el campo?. ¿Trascenderemos para ello el “mirar desde arriba” o el “mirar desde abajo”, cuando el desarrollo es objeto de pensamiento y de práctica de múltiples actores a los que no les negaremos agencia? ¿Cómo insistir en que las formas de exclusión del proyecto de desarrollo, no omite a estos actores? ¿Cómo haremos para que no se excluyan estos otros saberes, voces y acciones, deseos y desvelos, tejidos en los diálogos, las mediaciones, emplazando la subjetividad de todos los actores del desarrollo, incluso la de “los consultores entre los pobres”.

Lo posible reta el orden del discurso, también para las dicotómicas versiones del compromiso entre antropología y desarrollo. ¿Qué puede ser más moderno que “cada cosa en su lugar”? Si cada obra porta el invento cotidiano, cada obra y cada actor en la obra es expresión del poder de inventar lo que aún no nombramos, pero ya sabemos (aunque no sepamos “dónde ponerlo, dónde va”).

Bibliografía Consultada

- Abal Medina, Juan (h) y Cavarozzi, M. (1999) “Del problema del estado al problema del gobierno, los desafíos de la nueva gestión”. En Nueva Sociedad N° 15.
- Abrams, Philip (1988) “Notes on the Difficulty of Studying the State”. En Journal of Historical Sociology Vol. 1 No. 1
- Anderson Benedict. (2000) “El censo el mapa y el museo”. En Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. Fondo de cultura económica.
- Argumedo, Alcira (2000). Los silencios y las voces de América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular. Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires. Cap. II. Las matrices de pensamiento teórico político.
- Auyero, Javier (2001) La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo. Buenos Aires Manantial.
- Benjamin, Walter. (2005). “Sobre el concepto de historia”. En Tesis sobre la historia y otros fragmentos. Edición y traducción de Bolívar Echeverría. México. Contrahistorias Disponible en http://www.bolivare.unam.mx/traduccion/indice_tesis.html
- Blaser, Mario (2004). “Life Projects: Indigenous Peoples Agency and Development.” In M. Blaser, H. Feit and G. McRae, (eds). In the Way of Development. Indigenous Peoples, Life Projects, and Globalization (London: ZED Books), pp. 211-220
- Boivin, M.; Rosato, A. y Arribas, V. (2004) Constructores de otredad. Editorial Antropofagia, Buenos Aires. (Original 1989)
- Bourdieu, Pierre.
- (1984) Homo Academicus, Paris, Minuit. Capítulo 5 “El momento crítico”. Disponible en castellano: <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/rubinich/biblioteca/web/abour.html>
- (1988) “Objetivar el sujeto objetivante” y “Espacio social y poder simbólico”. En Cosas Dichas Barcelona. Gedisa
- (1991) El sentido práctico. Madrid. Taurus (Original 1980) Prefacio y Capítulos 2 “La antropología imaginaria del subjetivismo”; 3 “Estructuras, habitus y prácticas”; Capítulo 5 “La lógica de la práctica” y 8 “Los modos de dominación” del Libro 1. y Capítulo 1 “La tierra y las estrategias matrimoniales” del Libro 2
- (1997) Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción. Barcelona Anagrama.
- (2000a), "Sobre el poder simbólico" En Intelectuales, política y poder. Buenos Aires, UBA/ Eudeba
- (2000b) “Lo que significa hablar”. En Cuestiones de sociología. Madrid, Istmo.
- (2001) “Los investigadores y el movimiento social”. Discurso pronunciado en Atenas Disponible en: <http://www.forum-global.de/soc/bibliot/b/bourdinvestig.htm>
- (2003) Capital cultural, escuela y espacio social. Buenos Aires. Siglo XXI.
- (2005) “De la casa del rey a la razón de estado. Un modelo de la génesis del campo burocrático” y “El misterio del ministerio. De las voluntades particulares a la ‘voluntad general’”. En Wacquant, L. (coordinador) El misterio del ministerio. Pierre Bourdieu y la política democrática. Barcelona. Gedisa
- Bourdieu, P. y Wacquant, Loui.
- (1995) Respuestas por una Antropología Reflexiva, México. Grijalbo.
- (2000) "Una nueva Vulgata planetaria". En: Le Monde Diplomatique, Buenos Aires.

Camou, Antonio (1997) “Los consejeros del príncipe. Saber técnico y política en los procesos de reforma económica en América Latina”. En Rev. Nueva Sociedad N° 152 Noviembre-Diciembre

Castel, Robert (1997) La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica de asalariado. Buenos Aires Paidós

Chatterjee Partha (1997) “El estado nacional” en Rivera Cusicanqui Silvia y Barragán Rossana (comp.) Debates Post coloniales: Una introducción a los estudios de la Subalternidad. Traducción de Ana Rebeca Prada del capítulo "The National State". En: The Nation and its Fragments. Colonial and Postcolonial Histories. Princeton: Princeton University Press, 1993, pp. 200-219. Editorial historias/ Bolivia disponible en URL <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/estnac.pdf>

Corrigan, P. y Sayer D. (1985) The Great Arch. English State Formation as Cultural Revolution. Oxford, GB: Basil Blackwell. Introducción y Conclusiones.

Crozier, M. (1990). “El sistema de organización burocrática”, en Crozier, M., El fenómeno burocrático, Buenos Aires, Amorrortu,

Da Matta, R. (1997). “Carnavais, paradas e procissões: reflexões sobre o mundo dos ritos”. En Religião e Sociedade. V.01, nº01

De Certeau, Michel. (1996) La invención de lo cotidiano Artes de hacer Universidad Iberoamericana, México. Introducción

Dagnino, Evelina (2004) “¿Sociedade civil, participação e cidadania: de que estamos falando?” En Daniel Mato (coord.), Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización. Caracas: FACES, Universidad Central de Venezuela, pp. 95-110. Disponible en <http://www.globalcult.org.ve/pub/Rocky/Libro2/Dagnino.pdf>.

Deleuze, Gilles. (1996) Conversaciones 1972-1990. Valencia Pre-textos. [original 1990]

Douglas, Mary.

(1973) “La profanación secular”. En Pureza y peligro. Siglo XXI, Madrid. (Original: 1970)

(1996) Cómo piensan las instituciones. Madrid. Alianza Universidad, (Original: 1986)

Dubet, F. (2006) El declive de las instituciones, Barcelona, Gedisa, Introducción, capítulo 1, 2, 10 y conclusión.

Durkheim, Emile.

(1966) Lecciones de Sociología. Física de las costumbres y el derecho. Buenos Aires Schapire. Lecciones: cuarta y quinta.

(1993). Las formas elementales de la vida religiosa. Buenos Aires. Alianza

Durkheim, E. y Mauss, M. (1996) “Sobre algunas formas primitivas de clasificación”. En: E. Durkheim: Clasificaciones primitivas. Barcelona, Ariel. (Original 1903)

Escobar, Arturo.

(1996) Planificación. En Sachs, W. Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder. Perú. PRATEC Disponible en: <http://www.ivanillich.org.mx/Lidicc12.htm>

(1997). “Antropología y desarrollo”. Revista Internacional de Ciencias Sociales. 154(12). Disponible en: <http://www.unesco.org/issj/rics154/escobarspa.html>

(1998) La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo. Buenos Aires. Norma. (Original: 1996)

(2005) “El ‘posdesarrollo’ como concepto y práctica social”. In D. Mato, ed. Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización. Pp. 17-32.

Estévez, Alejandro (2001) “La consultocracia como emergente organizacional de los noventa”. Ponencia presentada ante el Primer Congreso Argentino de Administración Pública. Rosario 30-10- al 1-11 de 2001

Flier, Patricia (2006) “Las organizaciones sociales y las recomendaciones de política de seguridad social para América Latina: el caso de la conferencia interamericana de seguridad social”. En Lvovich, D. y Suriano, J.(edits) Las polits sociales en perspectivas hrca: Arg 1870-1952 . Buenos Aires. Prometeo.

Frederic, Sabina.

(2004) Buenos Vecinos, Malos Políticos: moralidad y política en el Gran Buenos Aires. Buenos Aires: Prometeo. Introducción y conclusiones.

(2006) "El ocaso del 'villero' y la profesionalización de los de los 'políticos': sobre el problema moral de la política en el Gran Buenos Aires" en Etnografías Contemporáneas

Frederic, S. y Masson, Laura (2006) “Hacer política en la Provincia de Buenos Aires”: representación y profesión política en los '90. Centro de Estudios de Historia Política. Escuela de Política y Gobierno-Universidad Nacional de General San Martín.

Foucault, Michel

(1979) “Nacimiento de la biopolítica”. Traducción de resumen del Curso en el Colegio de Francia (1978-9). Publicado en *Annuaire du Colege de France*, Paris, 1979. Pp 367-372.] En *Revista Archipiélago*, núm. 30, págs. 119-124.

(1992). *El orden del discurso*. Tusquets, Barcelona (Original:1974)

(1994) *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires, Siglo XXI Tercera parte. (Original: 1975)

(1991) “La gubernamentalidad”. En Castel Robert y otros *Espacios de poder Genealogía del Poder* N° 6. Madrid. La Piqueta.

(1992) *Microfísica del Poder*. Madrid. La Piqueta.

(1993) *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI, prefacio y cap X “Las ciencias humanas”

(1996a) “La vida de los hombres infames”. En *La vida de los hombres infames*. La Plata Altamira

(1996b) *Arqueología del saber*. Introducción y Cap. 2 “Las regularidades discursivas” y cap 3 “El enunciado y el archivo”

(1998) “Del poder de soberanía al poder sobre la vida” Undécima Lección17 de marzo de 1976. En *Genealogía del racismo*. Buenos Aires. Altamira/Nordan Comunidad.

(1999), “Qué es un autor”. Traducción de Gertrudis Gavidia y Jorge Dávila En *Literatura y Conocimiento*.

(2000) *Defender la sociedad, lecciones*. Curso en el College de Francia (1975-1976) FCE., Buenos Aires. Cursos del 7 de enero de 1976, 14 de enero y 21 de enero.

Geertz, Clifford.

(1987) *Ritual y cambio social: un ejemplo javanés*. En *La interpretación de las culturas*. Gedisa Editores, México. (Original 1973).

(1994)Centros, reyes y carisma: una reflexión sobre el simbolismo del poder. En *Conocimiento local*. Paídos Básico, España. (Original 1983).

(1994) *El modo en que pensamos ahora: Hacia una etnografía del pensamiento Moderno*. En *Conocimiento local*. Paídos Básico, España. (Original 1983).

(2000) *Bali y la teoría política*. En *Negara. El Estado-teatro en el Bali del siglo XIX*. Editorial Paidós, Barcelona.

- (2002) "«I don't do systems». An interview with Clifford Geertz (with Arun Micheelsen)", en *Method & Theory in the Study of Religion*. Journal of the North American Association for the Study of Religion, vol. 14, n. 1, Disponible en castellano en: http://www.iwp.uni-linz.ac.at/lxe/sektktf/gg/GeertzTexts/No_Sistemas.htm#01
- Gibson-Graham J.K.. (2007). "La construcción de economías comunitarias: las mujeres y la política de lugar". En W. Harcourt y Arturo Escobar, eds. *Mujer y Política de Lugar*. México: UNAM.
- Goffman Ervin (2001) *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Amorrortu. Prefacio, Introducción; cap. 1; 2 y Conclusiones
- Grassi, Estela
- (2003). *Políticas y Problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame (I)*. Espacio Editorial, Buenos Aires.
- (2003) "el asistencialismo en el Estado neoliberal. La experiencia argentina de la década del 90". En *Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, N° 4
- (2004). "Problemas de la teoría, problemas de la política. Necesidades sociales y estrategias de política social", *Laboratorio. Estudios sobre Cambio Estructural y Desigualdad Social*, N° 17, *Revista electrónica CeyDS / Facultad de Ciencias Sociales (UBA)*, Páginas 512, ISSN 15156370, Buenos Aires, Verano 2004/2005, URL: <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo.htm>
- Guimenez, Sandra (2004) "Políticas Sociales y los dilemas de la participación", en *Laboratorio. Revista de Estudios sobre cambio social*. Año IV, n° 16, 2004. URL: www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo.htm
- Godelier, Maurice. "Poder y Lenguaje. Reflexiones sobre los paradigmas y las paradojas de la legitimidad de las relaciones de dominación y opresión". En Boivin, Rosato, y Arribas. et al.
- Gonzalez, Jorge A. (1987). *Frentes Culturales: culturas, mapas, poderes y luchas*. En: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Vol. 1, N° 3 Universidad de Colima, México.
- Heyman, Josiah
- (1995) *Putting Power in the Anthropology of Bureaucracy The Immigration and Naturalization Service at the Mexico-United States Border*", *Current Anthropology* 36,
- (2004) "The Anthropology of Power-Wielding Bureaucracies", *Human Organization* (version online)
- Herzfeld, Michael.
- (1992). *The social production of indifference. Exploring the Symbolics Roots of Western Burocracy*, Chicago, University of Chicago Press, 1992 (Capítulos 1, 2 y 3)
- (1997) "Perspectivas antropológicas: perturbar las estructuras del poder y el conocimiento". En *Revista internacional de ciencias sociales*. No. 154, UNESCO, diciembre de 1997. <http://www.unesco.org/issj/rics154/herzfeldspa.html>
- Kessler Gabriel y Roggi Ma. Cecilia. (2005) *Programas de superación de la pobreza y capital social: la experiencia argentina* En Arriagada, Irma (Edit.). *Aprender de la experiencia: el capital social en la superación de la pobreza*. Libros de la CEPAL
- Lanna, M. (2001) "Sobre Marshall Sahlins e as "Cosmologias do Capitalismo". En: *Mana. Estudos de Antropología Social*. Abril, 7/1. PPGAS, Museu Nacional-UFRJ, Río de Janeiro.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1987) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid. SXXI. Prefacio (pp- vii-x). "La divisoria de aguas Gramsciana"(pp.75- 85); "Hegemonía" (pp. 155-193)

Lins Ribeiro, Gustavo. (1999) "Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica. En Boivin, M.; Rosato, A. y Arribas, V. Et al.

Lenclud, G. (2004) "Lo empírico y lo normativo en la etnografía. ¿Derivan las diferencias culturales de la descripción? En Boivin, M.; Rosato, A. y Arribas, V. Et al.

Martín Barbero, J. (1987) De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía, Gustavo Gili, Barcelona.

Masson, L. (2004) La Política en Femenino. Género y Poder en la Provincia de Buenos Aires. Buenos Aires. Antropofagia.

O'Donnell, Guillermo (1985). "Apuntes para una teoría del Estado" . En Oszlak Oscar (Comp.) Teoría de la Burocracia Estatal. Organizaciones Modernas. Buenos Aires.

Ortner, Sherry, (2005) "Geertz, Subjetividad y Conciencia Posmoderna" En Etnografías Contemporáneas I, Buenos Aires, pp. 25-54

Oszlak, Oscar.

(1979) "Notas críticas para una teoría de la burocracia estatal" En Desarrollo Económico Vol. XIX N° 74

(1980) "Políticas Públicas y Regímenes Políticos- Reflexiones a partir de algunas experiencias latinoamericanas". Estudios Cedes. Vol. 3 N° 2.

(1997) "Estado y sociedad: ¿nuevas reglas del juego?" En Revista Reforma y Democracia. CLAD. Núm. 9. Caracas, Venezuela.

(2001) El estado transversal. En Encrucijadas (Revista de la Universidad de Buenos Aires) año Uno, N° 6

Pantaleón, J. (2005) Entre la carta y el formulario. Política y técnica en el desarrollo social. Buenos Aires Antropofagia.

Pardo, Rubén. (2002). "Nietzsche y el redescubrimiento de la historicidad" En Díaz, Esther (editora), La Posciencia. El conocimiento científico en las postrimerías de la humanidad. Buenos Aires Biblos

Parekh, B. (2000) "El etnocentrismo del discurso nacionalista." En La invención de la nación. Lecturas de la Identidad, de Herder a Homi Bhabha. A. Fernández Bravo (comp.) Buenos Aires: Manantial. pp. 91-122.

Peirano, Marisa (2000). "A Análise Antropológica de Rituais". En: Peirano M. (org.): O dito e o feito. Ensaio de antropologia dos rituais. NuAP Relume Dumará. Rio de Janeiro

Prebisch, Raúl. (1981) Capitalismo Periférico. Crisis y transformación Introducción y primera parte México. FCE

Quirós, Julieta (2006) Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires. Buenos Aires. Antropofagia.

Rosato A. y Balbi F. (2003) Representaciones Sociales y Procesos Políticos. Estudios desde la Antropología Social. Buenos Aires. Antropofagia.

Sachs, Wolfgang (edit) (1996) "La Lógica del desarrollo". En Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder. Perú. PRATEC Disponible en: <http://www.ivanillich.org.mx/Lidicc.htm>

Sahlins, Marshall

(1988) Islas de historia. España. Gedisa (Original: 1985). Introducción; Capítulo 1. Suplemento al viaje de Cook; y Capítulo. 2 "Otros tiempos, otras costumbres: la antropología de la historia" y Capítulo. 5: "Estructura e historia".

- (1999) “¿Qué es la iluminación antropológica? Algunas lecciones del siglo veinte”. En: Boivin, Rosato y Arribas; et al..
- Said, Edward (2004). *Orientalismo*. Debolsillo, España (Original 1978)
- Sayer, Derek. (1992) *Formas cotidianas de formación estatal. Algunas observaciones disidentes sobre la hegemonía..* En Gilbert, J y otro. *Everyday forms of State Formation. Revolution and the Negotiation of rule in moder Mexico*. Durkham and London, Duke University Press. Traducc. Pablo Sendòn 2002.
- Scheffler, Israel (1970). *El lenguaje de la educación. "Introducción"*. Buenos Aires. El Ateneo
- Scott, James. (2000) *Los dominados y el arte de la Resistencia*. México, Ediciones Era. Prefacio, capítulo Cap I y VII
- Segato, Rita. (2002) “Identidades políticas y alteridades históricas: Una crítica a las certezas del pluralismo global”. En *Nueva Sociedad* 178.
- Shumway, N. (1993) “Preludio a la nacionalidad”. En *La invención de la Argentina. Historia de una idea*. Emecé
- Rozas Pagaza, Margarita. (2001) *La intervención Profesional en relación con la cuestión social*. Buenos Aires Editorial Espacio.
- Tambiah, S. (1979): *A Performative Approach to Ritual*. *Proceedings of the British Academy* 65: pp. 113-169. (Original 1981)
- Taussig, M. (1998). *Un gigante en Convulsiones*. Barcelona Gedisa. Cap 5 “Maleficium. El fetichismo del estado” y cap 8 “El terror como lugar común: la teoría de Walter Benjamin de la historia como estado de sitio”.
- Thomas, Nicholas (1996). “Culture and rule: theories of colonial discourse”. En: *Colonialism’s Culture*, Polity Press, Cambridge.
- Trouillot, M-R. (2001). "The anthropology of the state in the age of globalization". *Current Anthropology*, Vol. 42, No. 1, pp. 125-138.
- Turner, Víctor
- (1980) *La selva de los símbolos*. Cap. I. Madrid, Siglo XXI (Original 1969)
- (1990). “Are de Universals of Performance in Mith, Ritual and Drama?” En: Schechner and Appel (eds.) *By Means of Performance*. Intercultural studies of theatre and ritual. Cambridge University Press.
- Wacquant, Loui (coord.) (2005). *El misterio del ministerio. Pierre Bourdieu y la polít democràtica*. Barcelona. Gedisa. Prefacio “poder simbòlico y práct democràtica” y cap 1 “Indicacs sobre Pierre Bourdieu y la polít democràtica”. Barcelona. Gedisa
- Weber, Max
- (1967) “La política como vocación”. En *El político y el científico*. Madrid. Alianza
- (1985) ¿Qué es la burocracia? *El Aleph Edición en línea: Disp. en www.elaleph.com*
- (1996) *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México FCE. Primera parte: CAP III. “Tipos de dominación”; Segunda parte CAP VIII “División del poder en la comunidad: clases, estamentos, partidos” y CAP IX “Sociología de la dominación”
- Wright, Susan. (1998) “La politización de la “cultura”” En Boivin, M.; Rosato, A. y Arribas, V. Et al.

Zapata L. (2005) La mano que acaricia la pobreza. Etnografía del voluntariado católico. Buenos Aires. Antropofagia.

ZiZek, S. (2001) “Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional.” En Estudios Culturales. Reflexiones sobre el Multiculturalismo. F. Jameson y S. Žižek. Buenos Aires: Paidós.

Otras publicaciones y documentación consultadas

BANCO MUNDIAL

“El riesgo social en Argentina” Disponible En.

<http://wbln0018.worldbank.org/external/lac/lac.nsf/33340524da5477d5852567d6006ab9ba/e2d921b816b9694b85256878004ee763?OpenDocument>

ARGENTINA SOCIAL PROTECTION PROJECT 1. SOCIAL ISSUES IN ARGENTINA .Project Appraisal Document FOURTH SOCIAL PROTECTION PROJECT. Disponible En.

<http://web.worldbank.org/external/projects/main?pagePK=64817132&piPK=64817141&theSitePK=40941&menuPK=51521783&%09&conceptattcode=Argentina~82668&pathtreeid=COUNT&displayOrder=DOCNA,DOCDT,REPNB,DOCTY&sortattcode=REPNAME%20Asc&showattributesDOCNA,DOCDT,REPNB,DOCTY&startPoint=101&pageSize=50>

Bain, Katherine (2004). Introducción En: Equipo de Sociedad Civil de la Región de América Latina y el Caribe del Banco Mundial. (Edit.) Pensando en voz alta V. Innovadores Estudios de Caso sobre Instrumentos Participativos. Equipo de Sociedad Civil de la Región de América Latina y el Caribe del Banco Mundial. Oficina Regional de América Latina y el Caribe-Banco Mundial. Disponible en http://www-wds.worldbank.org/external/default/WDSContentServer/WDSP/IB/2004/11/03/000160016_2_0041103104944/Rendered/PDF/303320SPANISH0Thinking0out0loud0V.pdf

Bertranou, Fabio y Bonari Damián (coords.) (2005) Protección social en Argentina. Financiamiento, cobertura y desempeño, 1990-2003. 2005. Santiago, Oficina Internacional del Trabajo, 2005 Ministerio de Economía y Producción. Dirección de Análisis de Gasto Público y Programas Sociales. Disponible en URL: <http://www.mecon.gov.ar/peconomica/basehome/gastosocial.html>

Britos, Sergio y Costa, Ramiro (2007) “Seguridad Alimentaria y Nutricional y Políticas Públicas. El caso argentino 2001-2007” Disponible en URL: <http://www.cesni.org.ar/sistema/archivos/365-trabajo%20premio%20fao.pdf>

Carpio, J y Novacovsky I. (1999) La cuestión social de los años noventa en Argentina : una nueva institucionalidad para las políticas sociales públicas. En Carpio, J y Novacovsky I.(comp.) De igual a igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas sociales. San Pablo,Brasil. SIEMPRO/Secretaría de Desarrollo Social. Banco Mundial. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). FCE

CEPAL. (2006) La Protección Social de Cara al Futuro: Acceso, Financiamiento y Solidaridad. CAP V.

Cesilini, Sandra y otros. (2004) “Argentina: De la Emergencia a la Construcción de Capital Social” En: Pensando en voz alta V. Innovadores Estudios de Caso sobre Instrumentos Participativos

Diario Clarín, 16 de enero de 2007 “Isabel, más complicada: Oyarbide la procesó y pidió su captura por la Triple A” <http://www.clarin.com/diario/2007/01/16/um/m-01346103.htm>

Diario Clarín, 18 de marzo de 2008. “Confirman que los crímenes de la Triple A son de lesa humanidad” <http://www.clarin.com/diario/2008/03/18/elpais/p-00801.htm>

Deepa Narayan y otros. (2000) ¿Hay alguien que nos escuche? La Voz de los Pobres. Ediciones Mundi Prensa Libros S.A./Banco Mundial. Madrid, España

Doga, Ma. Nélica. (2003) Política Social. Una propuesta de implementación 2002-2003. MINISTERIO DE DESARROLLO SOCIAL-PRESIDENCIA DE LA NACIÓN

Fondo Participativo de Inversión Social (FOPAR) (2000), Manual Operativo del FOPAR, Buenos Aires, Ministerio de Desarrollo Social.

Fondo Participativo para la Inversión Social (FOPAR)- Documentos de trab

- ✓ (2002) La estrategia de intervención del FOPAR y el cambio en la situación social argentina.
- ✓ Certificación Mensual de Prestaciones
- ✓ Comanda- planilla de preparación
- ✓ Planilla de asistencia diaria
- ✓ Planilla semanal de compra de alimentos
- ✓ Sistema de procedimientos para la ejecución de los proyectos
- ✓ (2003) Manual de seguimiento alimentario
- ✓ (2004) Asistencia técnica para la ejecución de proyectos productivos asociados a comedores.
- ✓ Registro de actividades de asistencia técnica
- ✓ Ficha de registro de información del comedor

Fondo Participativo para la Inversión Social (FOPAR)- Proyecto de Protección Social IV. (2005) “Informe de cierre del componente FOPAR (PRODESO) –2005”.

Gobierno de la provincia de La Pampa. Informe Tarjeta Alimentaria PLAN NACIONAL DE SEGURIDAD ALIMENTARIA (2006). Disponible en <http://www.lapampa.gov.ar/PodEjecutivo/MBS/Novedades/ProgrFamilia/TarjAlimGestion%202006.pdf>

JEFATURA DE GABINETE DE MINISTROS

- ✓ INFORME 53 CÁMARA DE DIPUTADOS DE LA NACIÓN (2002) Programas Alimentarios. Estado de ejecución. Disponible en: <http://www.enlaceparlamentario.gov.ar/informe/Inf53/a042.htm>
- ✓ “Memoria detallada del estado de la Nación Año 2002”. MINISTERIO DE DESARROLLO SOCIAL- SECRETARÍA DE POLÍTICAS SOCIALES (2003) Disponible en: http://www.enlaceparlamentario.gov.ar/memoria/ministerio_desarrollo_social.pdf

Kirchner, Alicia

- ✓ (2007) La Bisagra. Memoria. Verdad. Justicia. Organización social. MINISTERIO DE DESARROLLO SOCIAL-PRESIDENCIA DE LA NACIÓN
- ✓ “Ser Argentino” Discurso. Disponible en: www.desarrollosocial.gov.ar/Discurso_ak.asp?idprensa=15

Kliksberg, Bernardo

- (2000) “El rol del capital social y de la cultura en el proceso de desarrollo” En: Kliksberg, B. Y Tomassini, L., (Comp.) Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo, México. BID-FCE
- (2003) La Iniciativa Interamericana de Capital Social, Ética y Desarrollo. Biblioteca Digital de la Iniciativa Interamericana de Capital Social, Ética y Desarrollo www.iadb.org/etica

Mallimaci, F. y otros (1998) Programa FOPAR. Evaluación ex-post social, económica y técnica. Buenos Aires, Sistema de Información, Monitoreo y Evaluación de Programas Sociales (SIEMPRO).

ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA AGRICULTURA Y LA ALIMENTACIÓN - FAO (2007) Memorias del seminario “Reflexión sobre la Seguridad Alimentaria en Argentina” Cap. 1 Seguridad Alimentaria.

ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO (OIT) Tesoro 6ª.ed., 2008. Disponible en: <http://www.ilo.org/public/spanish/support/lib/tools/aboutthes.htm>

PROGRAMA DE NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD) <http://www.undp.org.ar/pnud.html>

PNUD Proyecto ARG06001 En <http://www.undp.org.ar/programa/ARG06001.html>

Región NOA. Blog Disponible en: <http://www.noablog.org/?cat=3>

Repetto, F. (2000). “¿Es posible transformar el Estado sin transformar la sociedad?” en Reforma y Democracia, revista del CLAD, N.16, Caracas

Ciccocioppo, Laura y otros. (1999) Programas de Empleo Transitorio. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo - PNUD. Publicaciones del Proyecto ARG/037. La Plata.

Vinocour, P. y Halperín, L. (2004) “Descripción de los programas sociales más relevantes.” En Pobreza y políticas sociales en la Argentina de los años noventa. Santiago de Chile CEPAL. Serie Políticas Sociales N° 85.